

HQN™

Matrimonio **PACTADO**

María Fau

Finalista IX Premio Internacional HQÑ



Matrimonio
PACTADO

María Fau

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 María Fau

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Matrimonio pactado, n.º 294 - mayo 2021

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1375-680-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

A Bruno y Mayx, porque somos un equipo.

Capítulo I

La luz de la mañana entraba a raudales en la sala de estar. La señora Bradford, sentada en una silla junto a la ventana, bordaba unas zapatillas para su marido. Annie, a sus pies, ordenaba los hilos en la caja de costura, a la vez que preguntaba incansable los detalles del baile que se había celebrado la noche anterior en casa de sus tíos Dufour. Le interesaba todo, desde los asistentes a lo ofrecido en el buffet frío, pero, sobre todo, saber quiénes habían pedido bailes a su hermana mayor y cuántas veces. Para una joven de su clase social, el matrimonio era un asunto vital, y Annie, que adoraba a su hermana, empezaba a sentirse ansiosa. Helen cumplía veinte años, esta era su segunda temporada londinense y seguía sin compromiso. Para ser precisos, no es que no hubiera recibido ofertas: las había habido, pero Helen no había aceptado ninguna.

Mientras madre e hija charlaban, el objeto principal de su conversación permanecía sentada a cierta distancia, entretenida en realizar un apunte a lápiz de las dos. La escena era encantadora. Las dos poseían esa delicada belleza rubia típicamente inglesa y tanto la pose de Annie, elevando la mirada a su madre, como la de esta, inclinada hacia ella, revelaban su afecto mutuo. Helen sintió una punzada de añoranza al pensarlo. No recordaba a su madre, que murió a poco de darla a luz, y su padre se había casado con Alice Dufour antes de salir del luto. Había mucho afecto entre ella y su madrastra pero, quizá inevitablemente, no el mismo que el que existía entre Alice y sus tres hijos. Era posible que en parte la diferencia se debiera a que Helen había pasado largas temporadas con su abuelo materno a lo largo de toda su infancia. Era lógico, su madre había sido la única hija del abuelo Robinson y su temprana muerte le había dejado sin otra familia que Helen.

Levantó la vista del papel y vio que madre e hija la observaban con expresión seria; las dos desviaron la mirada hacia sus labores de inmediato, mientras un ligero rubor teñía sus mejillas. Helen suspiró. Comprendía sus sentimientos. Se preocupaban por ella, sí, pero también por Annie, que tenía ya diecisiete años. La siguiente temporada debía ser la de su presentación en sociedad y quedaría deslucida por la presencia en la sombra de una hermana mayor sobre la que pesaría el horrible sambenito de solterona. Se plantearía también una situación incómoda adicional, porque mientras que la madre de Helen, como su padre, había sido de origen burgués, el segundo matrimonio de su padre le había llevado a la frontera de la mejor sociedad. Los Dufour pertenecían por derecho a ella y solo la desesperación había llevado al padre de Alice, un segundón que había cometido la imprudencia de tener cinco hijas, a conceder la mano de la menor a Henry Bradford, cuyo padre había hecho su fortuna en el comercio. Al entrar Helen en sociedad, los Dufour habían llevado su amabilidad hasta invitarla a muchas de sus fiestas, salvo las más formales; Annie, que, al fin y al cabo, llevaba su sangre, podía esperar mucho más. No solo que se la invitara a todos los eventos que los Dufour organizaran, sino a que sus tías Dufour

la llevaran consigo cuando acudieran a las demás fiestas de la alta sociedad. La permanencia de Helen como hija soltera en la casa de la calle Berkeley iba a suponer un problema: ni podía ser incluida en esas invitaciones ni era posible dejarla de lado.

La entrada de Trewellian, el mayordomo de la familia, cortó sus meditaciones. El hombre dio un par de pasos dentro de la habitación, saludó con una inclinación y anunció:

—Disculpe, señora. El señor desearía hablar con la señorita Helen. La espera en la biblioteca.

Alice dejó la labor sobre el regazo y miró a Helen, haciendo un signo de asentimiento. Helen dejó su cuaderno a un lado, se levantó y siguió a Trewellian. Se preguntaba, no sin cierta inquietud, que podía querer decirle su padre. No le parecía que la llamada hubiera sorprendido a Alice: fuera lo que fuera, ella lo sabía. Revisó rápidamente su comportamiento de la noche anterior, pero no pudo recordar ninguna torpeza especialmente grave. Había aceptado todas las peticiones de baile, sin cometer la imprudencia de repetir más de dos veces la misma pareja. Era cierto que había bailado el vals, pero ella no era una tímida debutante, esa era su segunda temporada londinense y, además, había pedido permiso a su madrastra antes de hacerlo. Y no había bostezado ni deseado en voz alta retirarse. ¿Qué podía ser esta vez?

Encontró a su padre de pie junto a la ventana, ojeando un libro, seguramente recién comprado, tan viejo que parecía que se desharía entre sus manos.

—¿Una nueva adquisición, papá? —se interesó Helen.

Casi logró su objetivo. El rostro de su padre se animó al acercarse a enseñarle el volumen. Un segundo después, sin embargo, recordó el motivo por el que la había llamado y se frenó, cerró el libro y lo dejó sobre la mesa.

—Sí, una nueva adquisición. En otro momento te hablaré de ella. Ahora hay otro asunto que tenemos que discutir, hija. Siéntate.

Helen tomó asiento en una de las sillas enfrente del escritorio de su padre. Él, sin embargo, siguió de pie. Estaba nervioso y le era difícil exponer su pensamiento.

—Tienes ya veinte años, Helen, y hace dos que alternas en sociedad. No en la que yo hubiera deseado —precisó con cierta amargura Henry—, pero sí a la que tu madre y podíamos abrirte las puertas.

Su gesto se había endurecido. Helen le miró con ansiedad. La única ambición de su abuelo Bradford había sido que su hijo fuera aceptado en sociedad, y no había ahorrado esfuerzos para conseguirlo. Lo había mandado a estudiar a Harrow y a Oxford para permitirle tratar con jóvenes caballeros de su edad y había invertido buena parte de su fortuna en una propiedad en Leicestershire a la que pudiera invitar a cazar a sus nuevos amigos. Henry hijo se había codeado en Oxford con jóvenes aristócratas arruinados deseosos de beber y divertirse a su costa y de cazar el zorro con él en Bradford Park, pero una vez en Londres se encontró con que sus alegres compañeros de antaño apenas le dirigían una inclinación de cabeza si se cruzaban por la calle. Enamorarse y casarse con Hannah Robinson no le ayudó, y ni siquiera su segundo enlace con una Dufour había mejorado las cosas. Lo que en su padre había sido una ambición se había convertido en obsesión para él. Su único objetivo era integrar a sus hijas y, sobre todo, a su hijo y heredero, en el selecto grupo de la alta sociedad. Helen sabía por experiencia que, cuando de lograr ese objetivo se trataba, su padre perdía toda sensatez.

—En estos dos años —prosiguió Henry—, has recibido varias ofertas de matrimonio, algunas de ellas muy respetables. Arthur McMillan, por ejemplo, es un joven de excelentes cualidades, y su padre posee una fortuna respetable. Y sir Francis Morton... es un *baronet*.

Helen se mantuvo en silencio. Mejor no renovar discusiones pasadas recordando que una de

las pocas cualidades de las que el joven Arthur carecía era la del amor a la higiene personal y que sir Francis tenía casi cincuenta años. Hasta su madrastra, que también deseaba verla casada dentro de la nobleza, se había mostrado en contra de ese enlace.

—Siempre he respetado tu voluntad al respecto. Reconozco que me ha preocupado ver que dejabas pasar esta segunda temporada sin mostrar preferencia aparente ni animar a ninguno de los jóvenes que han mostrado interés por ti. Pero quizá —añadió Henry con una ligera sonrisa— no fui suficientemente observador, porque esta mañana he recibido, no una, sino dos visitas de caballeros que han solicitado mi permiso para hacerte una proposición de matrimonio.

A Helen le dio un vuelco el corazón. Dos pretendientes a la vez y ella no era capaz de imaginar quienes podían ser. Con mucha discreción, había pasado toda la temporada desanimando a los jóvenes en los que percibía el mínimo interés romántico y no se había dado cuenta de que dos de ellos persistían en él. ¿Podía ser tan torpe? Debía serlo si Alice se había dado cuenta y esperaba esas visitas.

Afortunadamente, su padre no notó su desconcierto. No la miraba a ella, sino a la mano con la que tamborileaba sobre el escritorio. Cuando por fin levantó la vista, su rostro se había endurecido.

—He tenido mucha paciencia, Helen, pero ya no caben más dilaciones. Cualquiera de estos caballeros es un pretendiente más que aceptable: ¡un barón y un futuro vizconde! —Se le escapó una sonrisa maravillada al recordarlo—. Sir Thomas Ruton vino a las diez. Afortunadamente no nos comprometí con él, me limité a decirle que contaba con mi permiso para dirigirse a ti. Porque no hacía media hora que se había ido cuando llegó Ashley Cadoux.

El señor Bradford se frotaba las manos sin darse cuenta de ello. La sonrisa embelesada que transformaba su cara se desvaneció cuando advirtió el gesto de horror de Helen. Volvió a su expresión pétrea inicial.

—Sir Thomas Ruton vendrá mañana a las once a presentarte sus respetos. Ashley Cadoux lo hará a las cinco de la tarde. Les recibirás y aceptarás a uno de ellos. No negaré que tengo mis preferencias, pero no voy a forzar tu decisión entre ellos.

—Papá, por favor, ¡yo no quiero casarme con ninguno de los dos!

—¡Basta, Helen!

Henry dio un golpe en la mesa que hizo caer el vaso de cristal en que había estado bebiendo. Helen calló, asustada. Su padre hizo un esfuerzo evidente por controlar su enfado y volvió a hablar, ahora en un tono frío pero sereno.

—El destino de una joven es el matrimonio y la familia. Tu abuelo te ha consentido en exceso y eso te ha llenado la cabeza de tonterías. Elegirás a uno de los dos caballeros que te han hecho el honor de fijarse en ti.

Helen temblaba, pero se obligó a sí misma a levantarse del asiento y a mantenerse erguida ante su padre.

—En lo único en lo que se han fijado es en el dinero de la dote de mi madre —dijo con amargura—. Ni siquiera recuerdo haber visto nunca a ese Ashley Cadoux. Y sir Thomas... todo el mundo sabe que está lleno de deudas. Ninguno de los dos me hubiera mirado siquiera si no fuera por eso.

La dote de su madre, según las estipulaciones matrimoniales que en su momento se firmaron, pasaba íntegra a su descendencia. Era una cantidad muy importante, cien mil libras, y, aunque casi nadie en Londres estaba enterado de ello, apenas suponía un pequeño adelanto de la inmensa fortuna que Helen heredaría de su abuelo Robinson. Henry prefería mantener oculto a su suegro,

un industrial de Mánchester sin apellidos ni educación que se había hecho a sí mismo y se burlaba de las aspiraciones de su yerno.

Henry sabía que la queja de Helen era cierta. Por supuesto que las ofertas que le llegaban a su hija se debían a su dinero, pero aunque escucharlo de sus labios le incomodó, eso no hizo disminuir su enfado, al contrario. Se acercó a la ventana y, sin mirar a Helen, insistió:

—Recibirás a los dos y mañana a la noche me comunicarás tu decisión.

—No voy a verlos y, si me obligas a hacerlo, les rechazaré.

—Sube a tu cuarto —ordenó Henry sin volverse—. Permanecerás allí hasta que hayas reflexionado y recuperado la sensatez. No saldrás para nada ni recibirás visitas. Diremos que estás enferma, y realmente lo estás, de soberbia. Solo eso puede explicar que una hija se atreva a oponerse a la voluntad de su padre como tú lo estás haciendo.

Capítulo II

Agnes entró sigilosamente en la habitación y depositó la bandeja en la mesilla junto a la cama. Su señorita seguía profundamente dormida y por un momento dudó en despertarla. Lo más probable era que la noche anterior, como las previas, no hubiera conciliado el sueño hasta altas horas de la madrugada. Suspiró, era inevitable. Sobre la bandeja, junto a la taza de chocolate humeante, había un sobre y, como bien sabía ella, los que llegaban de Mánchester tenían prioridad absoluta para su ama. Se volvió y descorrió lentamente las cortinas, dejando que la luz del sol avanzara paso a paso desde los pies de la cama hasta la almohada.

—¡Agnes! —se quejó Helen, echándose la sabana sobre la cabeza.

—Buenos días, señorita. Carta de Mánchester.

Helen se desperezó, se sentó en la cama y extendió la mano para cogerla.

—Es de Brownie —anunció innecesariamente, al tiempo que abría.

La señora Brown, el ama de llaves del señor Robinson, había visto crecer a Helen desde la cuna y supervisado su cuidado y educación, convirtiéndose en el terror de las sucesivas niñeras e institutrices, en las largas temporadas que pasaba con su abuelo. Agnes era su sobrina y se había convertido en la doncella personal de Helen por mediación suya, así que se quedó esperando junto a la cama a que esta le resumiera las noticias de Mánchester. El rostro de Helen, naturalmente pálido, estaba lívido, y sus pupilas ocupaban todo el iris cuando elevó la vista de la carta.

—El abuelo ha sufrido un ataque. Está en la cama, apenas puede hablar ni mover el brazo izquierdo. ¡Tengo que ir!

Saltó de la cama y se quitó el camisón. Ayudada por Agnes, estuvo vestida en diez minutos y se sentó al tocador para peinarse. Cuando Agnes intentó hacerse cargo de la tarea, la alejó con un gesto de impaciencia.

—¡No! Tú corre abajo y dile a mi padre que me espere, que tengo que hablar con él.

—Pero... señorita...

—¿Qué?

—¡Tiene prohibido bajar! ¡Está castigada!

Helen lanzó una exclamación de exasperación, ¿cómo podía Agnes pensar en esa tontería en una situación tan grave? Luego, recapacitó: no era buena idea poner de mal humor a su padre si esperaba que le cediera su carruaje de viaje para correr al lado de su abuelo.

—Ve y dile que le pido por favor que suba a verme, que tengo que hablar con él.

Cuando Henry Bradford entró en el dormitorio diez minutos después, esperaba encontrar a una hija humilde y dócil, dispuesta a excusarse por su comportamiento y cumplir sus deseos. En lugar de eso, halló a Helen alterada, blandiendo una carta de la gobernanta de su suegro y

exigiéndole que engancharan a su carruaje de viaje sus cuatro mejores caballos. Su reacción fue una negativa rotunda. Helen le contempló, incapaz de creer lo que oía.

—¿No lo entiendes, papa? ¡El abuelo se puede estar muriendo!

—Eres tú la que no entiende que estás castigada. No vas a salir de aquí hasta que reformes tu conducta.

—¿Dejarás que el abuelo muera sin despedirse de mí? —preguntó Helen con los ojos arrasados de lágrimas.

Henry tragó saliva. No era un hombre cruel, ni su hija le era indiferente, pero no podía ceder. Helen le debía respeto y obediencia. Permitir que se saliera con la suya trastocaba toda su concepción de su papel en la familia. Él era el padre, el dueño y señor, debía ser obedecido.

—Si eso sucede no será por mi voluntad, sino por tu soberbia y terquedad. Y de esos dos defectos tuyos tiendo a considerar a tu abuelo responsable en buena medida.

—Papá —intentó negociar Helen—, déjame ir a verle y luego volveré y me quedaré en mi dormitorio todo el tiempo que quieras, sin decir nada.

—Sigues equivocándote, yo no quiero que te quedes en tu dormitorio. Quiero y exijo que me obedezcas.

Henry se dio la vuelta. Helen alargó una mano para detenerle, pero él se la sacudió y alcanzó la puerta. No llegó a salir, un golpe sordo le hizo volverse. Su hija estaba desmayada en el suelo. Agnes corrió a arrodillarse junto a ella, le puso la cabeza sobre sus rodillas y miró al padre, con expresión aterrada.

—Ve a buscar a un criado que te ayude a subirla a la cama —ordenó Henry, con una frialdad fingida—. Y avisa a la señora Bradford para que pase a verla.

Salió de la habitación y de la casa sin pararse a hablar con nadie y no volvió hasta poco antes de la hora de la cena. Subió directamente al dormitorio de su mujer, llamó y entró casi sin esperar respuesta. Alice estaba sentada frente al tocador, arreglándose las uñas mientras su doncella la peinaba. Al verle entrar, su esposa hizo un gesto a la sirvienta para que se retirara.

—¿Cómo está Helen? —preguntó Henry en cuanto se quedaron solos.

—Estoy muy asustada, Henry. Recuperé el conocimiento, pero no habla, no nos mira. Está sentada en una butaca, quieta y pálida, mirando por la ventana como si se le hubiera ido el alma por ella.

—Ya reaccionará —dijo Henry con una confianza que no sentía—. A Helen le hemos permitido demasiada independencia, sobre todo su abuelo. Está muy equivocada respecto a cuál es su sitio y su obligación para con su familia.

—Su obligación para con su familia —repitió Alice, en un susurro.

La conversación le traía lejanos recuerdos. A ella también su padre le había recordado en su momento cuál era su obligación: olvidarse del joven capitán de dragones del que estaba perdidamente enamorada y casarse con un viudo que no solo la aceptaba sin dote, sino que estaba dispuesto a hacerse cargo de algunas de las más apremiantes deudas de su suegro.

Henry engoló la voz, como siempre que se sentía incómodo, y paseó lentamente por la habitación mientras exponía su discurso.

—Tú sabes cuál es el origen de mi familia: mi padre empezó como contable en la Compañía de las Indias Orientales e hizo su fortuna allí. Volvió con la salud quebrantada por la malaria, y desde que se asentó aquí dedicó todos sus esfuerzos a hacer progresar a la familia. No solo en el plano material, también en el social. Quería que nos codeáramos con lo mejor de la sociedad, la gente más selecta. Guiada por él, mi hermana Fanny se casó con sir Hugh Lomas: ¡su hijo será

un *baronet*! ¿No debo yo hacer lo mismo por nuestras hijas? ¿No debe Helen, la mayor, facilitar el camino a sus hermanas?

Por primera vez, Henry se detuvo y miró a su mujer a los ojos.

—Todas esas novelas románticas que has permitido que lea Helen le han hecho mucho daño. Una joven de su edad no tiene capacidad de discernir qué es lo mejor para ella. Esa es mi responsabilidad. Intenta hacérselo entender.

Salió de la habitación inmediatamente después. Alice se quedó inmóvil, mirando sin ver su reflejo en el espejo, inmersa en sus recuerdos. Volvió a la realidad con una decisión tomada: Henry esperaba que compartiera su convicción de que tenía derecho a imponer su voluntad a su hija. Esperaba también que convenciera a Helen de que era su obligación obedecer. Alice, que había asumido esa obligación en su momento y para ella misma, resolvió que no iba a exigirle el mismo sacrificio a su hijastra.

La cena discurrió en completo silencio. Ni Alice ni Annie levantaron la mirada del plato más que para dirigirla subrepticamente hacia Henry con expresión horrorizada, mientras que en él, la ira y el remordimiento se mezclaban con la autocompasión. Era el *pater familias*, sus hijos le debían respeto y obediencia. No había exigido más que lo que le era debido, ¿por qué le trataban como si fuera un monstruo? La cena volvió prácticamente intacta a la cocina y, cuando Alice y Annie se levantaron de la mesa, Henry gruñó que no le esperaran para el té, que iría a White's y volvería tarde.

El pequeño comedor de mañana estaba desierto cuando, a la mañana siguiente, bajó a desayunar. Al parecer, las mujeres de la familia habían madrugado. Mejor, se dijo, estaba harto de malas caras y prefería con mucho desayunar tranquilo. No llegó a hacerlo. A los pocos minutos de sentarse a la mesa, Trewellian se acercó con la misma expresión de reproche que el resto de los habitantes de la casa.

—Señor, la señorita Helen le ruega que suba a verla cuando le convenga.

—Gracias, Trewellian. Devuelva estas tostadas a la cocina e indique a la cocinera que no son comestibles. —No era justo y lo sabía. Las tostadas estaban recién hechas y crujientes, pero Trewellian se merecía un rapapolvo por su impertinencia, y seguramente la cocinera, a la que no sabía si había visto alguna vez, también.

Se alargó a propósito con el desayuno, solo para demostrar a todos ellos que los caprichos de su hija mayor no le afectaban, y cuando subió las escaleras eran casi las once. Llamó a la puerta y entró. Su hija estaba sentada junto a la ventana, mirando al exterior. La impresión le detuvo en la puerta. En un solo día el cambio había sido devastador. Helen no era la más bella de sus hijas, Annie y Eliza tenían facciones más regulares y la rubia delicadeza de su madre, pero Henry siempre había considerado secretamente a su primogénita la más atractiva. No era alta y su figura algo amuchachada no respondía al gusto del momento, pero su expresivo rostro, de grandes ojos verdes y naricilla respingada, la ligereza de sus movimientos y su carácter vivaz y afectuoso hacían que no pasara inadvertida. Todo eso había desaparecido. La cara que volvió hacia su padre era completamente inexpresiva, los ojos habían perdido la luminosidad y esa risa que parecía esconderse en ellos, a punto de escapar a la menor oportunidad. Henry sintió que su hija se había retirado, que estaba refugiada en el centro de sí misma y que lo que a él se le permitía ver era solo una cáscara. Tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la apariencia de serenidad.

—Creo que querías verme.

—Sí. Haré lo que ordenas.

Helen habló con un tono indiferente y frío, casi comercial. Miraba a su padre sin la menor emoción, como a un árbol. Henry no estaba preparado para eso. Esperaba, en el peor de los casos, llantos, quejas o ruegos; en el mejor, poco probable, una humilde aceptación del error y petición de perdón. Pero no había previsto, no podía haber imaginado, la frialdad.

—¿Aceptarás la proposición de uno de los dos caballeros?

—Sí.

En el mismo tono podría haber aceptado una taza de té. Era una rendición absoluta, pero Henry no sentía satisfacción, sino una opresión cada vez mayor en el pecho.

—Les comunicaré a ambos que puedes recibirles.

—Lo mejor sería verlos cuanto antes, para poder viajar a Mánchester.

Trataba la elección de su futuro marido con menos interés que la de una tela para las cortinas. Tuvo deseos de abofetearla, seguidos de un acceso de culpabilidad: ¿qué posibilidad real de elección le había dejado? Fue ese sentimiento el que le movió a ceder:

—Me basta con tu promesa. Puedes salir mañana hacia allá y los verás cuando vuelvas.

—Gracias. Eso sería muy conveniente para mí.

No parecía que hubiera nada más que decir. Se contemplaron en silencio unos segundos hasta que Henry, con una inclinación de cabeza a modo de despedida, se dio la vuelta y salió de la habitación. Aún no había llegado a la escalera cuando oyó la campanilla con la que Helen llamaba a su doncella para que la ayudara a hacer las maletas. Su hija tenía prisa por irse. Con un vuelco de corazón se dio cuenta de que, de alguna forma, se había ido ya.

Capítulo III

El carruaje se detuvo frente a la casa y el lacayo saltó del pescante para abrir la portezuela y extender los escalones. Bajó primero Agnes, con un brazo ocupado por el neceser de su ama y el otro por su capa, y Helen lo hizo inmediatamente detrás. La estaban esperando: no había llegado al pie de la escalinata cuando Trewellian abrió la puerta, y no le había dado tiempo a subirla cuando Annie cruzó como un rayo el umbral y la abrazó en los escalones.

—¡Oh, Helen! —sollozó en el hombro de su hermana mayor—. ¡Le odio, le odio y le odio!

No era necesario que dijese a quién odiaba, Helen no tenía dudas sobre de qué parte estaba Annie. Aun así, le sorprendió la violencia con que se expresaba. Le devolvió el abrazo un momento y luego las dos subieron juntas, abrazadas por el talle, hasta la puerta.

—Bienvenida, señorita Helen. Espero que el anciano señor se encuentre mejor.

—Gracias, Trewellian, se ha recuperado bastante, afortunadamente.

—La señora la espera en la sala, señorita —anunció el mayordomo. Y añadió en tono confidencial—: El señor no está en casa.

—¿Puede decirle a mi madre que iré en cuanto me haya aseado un poco? ¿Y pedir que me lleven agua caliente?

Aún abrazada a su hermana, Helen subió las escaleras hasta su cuarto. Allí se quitó el sombrero con el que se cubría y una masa de rizos oscuros se soltó del moño con que los había recogido y cayó sobre sus hombros. Con un gesto de impaciencia, se sentó ante el tocador y pidió ayuda a Agnes, que había empezado a deshacer las maletas, para volver a recogerlo. Annie se acomodó en la butaca cercana y esperó impaciente hasta que la criada que había traído el agua caliente cerrara la puerta.

—¡Mamá se ha estado informando sobre tus pretendientes! —exclamó, excitada—. Pero no ha querido decirme nada.

—Tampoco me lo dijo a mí.

Annie se sobresaltó ante el tono distante, casi despectivo, que había usado Helen.

—¿Estás enfadada con mamá? —preguntó—. Ella no ha tenido la culpa de nada.

Helen la miró con afecto. No tenía sentido decirle lo que sospechaba, que Alice estaba al tanto de las intenciones de Henry y las aprobaba. No lo creería de su madre. La pequeña Annie, tan leal, juzgaba a todo el mundo por su propio rasero. Extendió la mano para cubrir la de su hermana.

—No, no estoy enfadada —mintió—. Anda, vamos a ver qué tiene que contarnos.

Se levantó de la silla y tiró de su hermana para que se levantara también. Annie lo hizo, pero negó con la cabeza a la vez que la empujaba hacia la puerta.

—Me dijo que quería hablar a solas contigo. Corre, ve y luego me lo cuentas.

La sala de estar de Alice era su mundo propio, el reducto que había salvado de las necesidades de ostentación y lujo de los Bradford. Los muebles, mucho más ligeros que los del resto de la casa, estaban tapizados en un raso de color paja a juego con el entelado de las paredes, lo que daba a la habitación un aspecto luminoso incluso cuando, como en ese momento, caía ya el sol. Como de costumbre, Alice bordaba junto a la ventana y levantó la vista de su labor para sonreír con dulzura al verla entrar. No habían hablado antes del viaje a Mánchester. Helen, sintiéndose traicionada, lo había evitado, pero en esa sonrisa había tanta ternura y compasión que no pudo seguir desconfiando.

—¡Mamá! —exclamó, corriendo hacia ella.

—¡Mi niña!

Era tan consolador ser abrazada así, como si aún fuera una niña pequeña. Alice la sentó en el escabel junto a su butaca, apartó la labor que había dejado sobre esta y tomó asiento a su vez.

—¿Cómo sigue tu abuelo?

—Ha mejorado mucho. Vuelve a hablar y gana poco a poco fuerza en la mano. Los médicos dicen que probablemente se recupere completamente, pero que requerirá tiempo.

—¿Qué opina él de este desatino?

Helen abrió los ojos asombrada. Su madrastra no solía criticar las decisiones de su marido y mucho menos calificarlas tan duramente. Alice se dio cuenta de su sorpresa y sonrió con amargura.

—Es un completo desatino. ¡Si lo hubiera hablado conmigo antes de plantearte a ti ese absurdo ultimátum!

—Creía que te lo había dicho.

—Solo me contó que dos caballeros muy convenientes habían pedido tu mano. No me dijo quiénes eran... ¡Ni que pensaba obligarte a aceptar a uno de ellos! Dos caballeros muy convenientes... ¡Dios mío! —se exasperó Alice.

—¿No son convenientes?

—Thomas Ruton es un libertino. Se le han conocido docenas de amantes y, por mucho que haya pedido tu mano, eso no le impide seguir visitando a la que tiene actualmente. En cuanto a Ashley Cadoux... ¡Oh, Helen, creo que es culpa mía que haya pedido tu mano!

—¿Culpa tuya?

—Coincidí con lady Maynard en casa de la tía Sophia hace dos meses. Sophia le preguntó por Ashley, es su ahijado, y lady Maynard comentó que no había forma de arrancarlo de Maynard Hall. Y que las escasas veces que viene a Londres pasa los días entre librerías, conferencias y exposiciones, y se niega a hacer vida de sociedad. Parecía tan exasperada que le dije que igual me pasaba contigo, que preferías la vida del campo a la de ciudad y eras más feliz pintando o leyendo que yendo a un baile. Creo que le di la idea de que podíais encajar. ¡Lo siento tanto!

—¡Pero es una locura! Si pensaba que podía gustarle a su hijo, entiendo que procurara que nos conociéramos, que viniera ella a visitarte y él la acompañara, o nos invitara a alguna de sus reuniones... ¡No que pida mi mano sin haberme visto siquiera! ¡Debe de estar loco!

—Loco no, pero excéntrico sí que es. Sophia me ha hablado luego de él. Al parecer nació con un pie zopo, deforme, y aunque de pequeño le sometieron a infinidad de tratamientos, cada uno más doloroso que el anterior, aún debe caminar con bastón. Según Sophia ha sufrido mucho por ello, y eso le ha convertido en un solitario. Lo cierto es que, aunque es el primogénito de lord Maynard, nunca se le ve en la ciudad. A su hermano menor sí, demasiado. Pero Ashley vive

recluido en Maynard Hall, rara vez viene a Londres y, cuando lo hace, no va a los clubes ni asiste a las fiestas. Aunque, claro, no puede bailar.

—Mi padre se ha esforzado en elegir lo mejor para mí —comentó Helen con amargura.

—Él no lo sabía, Helen, recuerda que no se mueve en esos círculos.

—Podía haberse informado... tú te has molestado en hacerlo. «Y el abuelo también, y él tampoco se mueve en esos círculos», añadió mentalmente. Pero no lo dijo en voz alta. Su última conversación con su abuelo antes de volver era, por expreso deseo de este, confidencial.

Henry Bradford volvió a su casa temprano aquel día, pero no vio a su hija mayor hasta que la familia se reunió para la cena. Helen entró en la sala cuando ya Alice y Annie se habían reunido con Henry allí y, sin acercarse al grupo que formaban, saludó con el mismo tono indiferente con el que se había despedido de él un mes antes:

—Buenas noches.

Henry se encogió por dentro y la pequeña esperanza que albergaba de haber sido perdonado murió.

—Buenas noches. ¿Cómo has dejado a tu abuelo?

—Bastante recuperado, gracias.

—Me alegro. ¿Alice? —añadió Henry, ofreciendo el brazo a su mujer, que lo cogió para encaminarse al comedor.

Las cenas de los Bradford, cuando no tenían invitados, habían sido el momento más íntimo del día, aquel en que la familia intercambiaba noticias y comentarios. El padre relajaba su rigurosa autoridad y las muchachas bromeaban con él y le ponían al día de los cotilleos sociales. Desde hacía un mes, eran mucho más sobrias y silenciosas; esa noche, Helen mantuvo un flujo de conversación insulsa casi continuo, dirigiéndose a nadie en particular, y contestó a todas las observaciones de su padre con inalterable y fría corrección. Al final de la cena todos estaban deseando huir de la mesa y fue con enorme alivio que Alice se puso en pie y propuso a sus hijas pasar a la sala. Henry alzó la vista de la copa que tenía en la mano y llamó:

—¿Helen?

—¿Sí?

—Sir Thomas Ruton vendrá mañana a verte.

—Comprendo.

—Y Ashley Cadoux pasado mañana.

Helen se limitó a asentir con la cabeza antes de volverse y salir de la habitación. No iba a permitir que su padre viera sus lágrimas, pero no las escondió de Alice y Annie, una vez en la sala.

Sir Thomas Ruton tenía innumerables defectos, pero la pereza, sin duda, no se contaba entre ellos. Llamó a la puerta de la casa a las once y media de la mañana, preguntó por el señor Bradford y, tras una entrevista de menos de cinco minutos con él, este llamó a Helen a la biblioteca, le anunció que sir Thomas tenía interés en hablar con ella y les dejó solos. Helen se había quedado de pie, con la mano apoyada en el respaldo de la silla que interponía, como barrera protectora, entre ella y sir Thomas. No se había acicalado para la visita, al contrario, como amargamente había notado su padre, llevaba el viejo vestido de muselina que utilizaba para trabajar en el jardín y recogía su pelo en un tirante moño que no dejaba libre el más pequeño rizo. Toda la austeridad de Helen quedaba compensada por la estudiada elegancia de su pretendiente. Sir Thomas no tenía un físico que impresionara; de mediana estatura, con la cara

redonda y mofletes de querubín, ya a los treinta años le apuntaba una barriga de bebedor. Su ropa bordeaba peligrosamente los excesos del dandismo, sin que fuera posible sin embargo acusarlo de serlo. Llevaba una chaqueta muy entallada de un sobrio azul y calzones ajustados de color melocotón. Sus botas hessianas brillaban impecables como si jamás hubieran sido expuestas al barro de las calles londinenses, el cuello de su camisa abrazaba su garganta hasta rozar los lóbulos de las orejas y su corbata, de un blanco cegador, estaba anudada a la última moda, que requería que cayera en cascadas de volantes perfectamente ordenados sobre el chaleco de rayas.

Si la indumentaria de Helen le impresionó desfavorablemente, sir Thomas se recuperó con rapidez y se adelantó hacia ella con las dos manos extendidas y una sonrisa en los labios.

—¡Mi querida señorita Helen!

Helen dio un paso atrás y se refugió detrás de la silla.

—Buenos días, sir Thomas, espero que se encuentre bien —dijo, con el tono indiferente que estaba perfeccionando a toda velocidad.

Sir Thomas se detuvo desconcertado, pero casi de inmediato recuperó su sonrisa. La chica era tímida, había que abordarla con delicadeza.

—Muy bien, gracias. ¿Me permite que le pregunte por su abuelo? Sé que ha estado atendiéndole en su enfermedad.

—Se encuentra mejor, gracias. ¿Y el suyo?

Sir Thomas se sintió desconcertado. La entrevista no transcurría por los cauces que había planeado. ¿A aquella chica nadie le había explicado cómo se recibía una propuesta como la suya?

—Mi querida niña, mi abuelo falleció hace varios años.

—Reciba mi más sentido pésame. ¿Los dos abuelos?

—Eeh... sí.

—Qué triste para usted.

¡La maldita chiquilla se estaba burlando de él! Sir Thomas tuvo la tentación casi irresistible de abandonar en esa hora y lugar sus intenciones matrimoniales. Si sus deudas no hubieran sido tan apremiantes, sin duda lo hubiera hecho. Se hubiera despedido educadamente de aquella criatura malcriada y se hubiera marchado, pero estaba a un paso de la prisión y la dote de la chica era de cien mil libras. Podía aguantar muchos desplantes por esa cantidad y, en cualquier caso, no tendría que hacerlo durante mucho tiempo. Una vez casados, enterraría a esa burguesa sin modales ni prestancia ninguna en su casa de Redfield y seguiría llevando su vida de siempre en Londres. No, la de siempre no, se corrigió a sí mismo, porque se vería libre de los acreedores que la estaban convirtiendo en un infierno. Y podría comprarle a Suzette las perlas que reclamaba. Las pajaritas como Suzette eran deliciosas, pero sumamente costosas de mantener. Recordar sus encantos le dio fuerzas para seguir adelante. Impermeable a la renuencia de Helen, se adelantó, puso sus manos sobre las que ella apoyaba en el respaldo de la silla y, en una postura un tanto ridícula, con la butaca por medio declamó:

—Cuento con usted para que me consuele, señorita. Helen, mi adorada Helen, ¿quiere casarse conmigo?

—Soy muy consciente del alto honor que me depara, sir Thomas —declamó a su vez Helen, con el mismo entusiasmo con el que recitaba la tabla de multiplicar ante su institutriz—, pero no puedo contestarle, no conozco mis propios sentimientos... esto es tan repentino. Hace apenas dos días estaba, como muy bien ha dicho usted, a la cabecera de la cama de mi abuelo, cuidándolo en su enfermedad y pensando solo en su salud. No estoy preparada para darle la respuesta que

espera.

Al menos esta contestación era más convencional, aunque el tono no fuera el adecuado. Quizá a la chica no le habían avisado con suficiente antelación y realmente le había pillado por sorpresa su propuesta. Bueno, podía darle un tiempo para pensárselo, pero no mucho. Los acreedores se estaban volviendo muy desagradables. Tampoco pensaba que fuera a ser muy largo, era un secreto a voces que el padre estaba desesperado por casar a sus hijos en la aristocracia. Ya la presionaría él.

—Entiendo su confusión, querida Helen... ¿Me permite llamarla así, verdad? Solo le ruego que considere mi propuesta. Sería un honor para mí darle mi nombre y mi casa; de ser aceptado, mi vida no tendría otro objeto que hacer la suya feliz.

—Estoy convencida de ello, sir Thomas, y le aseguro que le estoy muy agradecida por su comprensión y que esta me hace valorar aún más su oferta —respondió Helen.

Animado por la respuesta, que le hizo suponer que Helen se mostraba más receptiva, sir Thomas tomó sus manos y se las llevó a la boca, con intención de besarlas. Helen le dejó hacer, pero cuando él soltó una para separar la silla que tanto le estorbaba, ella se soltó de la otra y dio un par de pasos atrás.

—Ahora que sé que puedo contar con su comprensión me atrevo a pedirle que se retire y me deje sola —dijo, forzándose a sonreír—. Me ha dado mucho en qué pensar.

Sir Thomas no pudo negarse y se limitó a hacer una reverencia significando su asentimiento. Helen tiró de la campanilla para llamar a Trewellian, que debía acompañar a la puerta al visitante, y el mayordomo no tardó dos minutos en llegar, haciendo evidente que había estado rondando por el pasillo. Sir Thomas, con una nueva reverencia, cruzó el umbral y se retiró. Helen subió a refugiarse en su habitación.

Capítulo IV

Nadie en la casa le había preguntado abiertamente por los resultados de la entrevista con sir Thomas. Su padre, en la cena, había evitado cualquier mención a la visita y aunque esa mañana, en la sala, los ojos de Annie la seguían interrogantes y los de Alice, fijos en la labor, se escapaban de vez en cuando hacia su rostro, tampoco ellas ponían en palabras las preguntas que les ardían en la lengua. Helen lo agradeció. No podía describirles a sir Thomas sin despertar su compasión y no hubiera sido capaz de recibirla sin deshacerse en lágrimas.

Almorzaron solas las tres, en el pequeño comedor de mañana junto a la sala, un poco de carne fría y fruta. Los sucesivos intentos de conversación iban fracasando y al final se quedaron en silencio, que se vio roto por la entrada de Trewellian anunciando a Helen que su padre la esperaba en la biblioteca.

Como el día anterior, encontró a su padre acompañado, y también esta vez él se retiró casi inmediatamente después de presentarle a su pretendiente, pero allí acababan todas las semejanzas. El Honorable Ashley Cadoux era completamente distinto a sir Thomas. De estatura media, la anchura de sus hombros y la musculatura de sus brazos contrastaban casi desagradablemente con su delgadez. La moda masculina de pantalones ajustados ponía de manifiesto la desproporción entre sus piernas, la una de muslo y pantorrilla potentes, mientras que la otra, calzada con una bota especial, parecía por comparación tan reseca como el bastón en que se apoyaba. Pero Helen apenas llegó a fijarse en esas características, toda su atención se concentró de inmediato en las facciones del joven. Era un semblante extraordinario, quizá no convencionalmente hermoso, pero de una personalidad única. El abundante cabello rubio y los ojos claros contrastaban con unas cejas oscuras y bien dibujadas. La frente era ancha y despejada y la nariz larga y de puente alto, la boca grande, de labios bien marcados, sensuales, inesperados en un rostro por lo demás espiritual, casi ascético. Y, de nuevo en discordancia, la mandíbula y la barbilla, cuadradas, fuertes, encajaban mal con todo lo demás. Por lo que Alice le había contado, Cadoux no debía de tener más de veintisiete años, pero el sufrimiento había marcado en su cara arrugas prematuras que lo hacían parecer mayor. Helen no hubiera sabido decir si encontraba ese rostro atractivo, de lo que estaba segura era de que ansiaba dibujarlo.

Los dos habían dejado pasar el tiempo sin hablar, examinándose mutuamente. Al final, Ashley sonrió levemente y dijo:

—Supongo que su padre le ha informado de mis intenciones, e imagino que le habrán sorprendido, dado que nunca nos habíamos visto antes. Creo que le debo una explicación, pero quizá sea larga y yo no estoy cómodo de pie. —Señaló con un gesto el pie enfermo y luego una silla cercana—. ¿Me permite?

—¡Por supuesto! —exclamó Helen, confusa—. Perdóneme, tenía que haber pensado...

No acabó la frase; Ashley, que se había sentado en la silla, se encogió ligeramente de hombros, desechando sus excusas, y le ofreció con la mano el sofá frente a él. Helen se sentó y cruzó las manos en el regazo. El hombre la desconcertaba. Se comportaba con una mezcla de autoridad y distante deferencia que no se ajustaba a su papel de pretendiente.

—Como le decía —reanudó él su discurso—, supongo que le sorprendería mi propuesta. No nos conocemos, nuestras familias tampoco se tratan y, sin embargo, un buen día la sobresalto con una propuesta de matrimonio. Se preguntará quién soy y debe creerme loco.

No dejaba de mirarla mientras hablaba y no le pasó desapercibido el leve rubor que cubrió sus mejillas con las últimas palabras. Sonrió de nuevo, con la misma sonrisa mínima pero expresiva que ya había utilizado. Sabía, comprendía, no juzgaba.

—No creo estar loco, pero tengo otros defectos, alguno muy notorio. —Su mirada resbaló hacia la enorme bota reforzada—. Nací con un pie deforme. Los médicos han ensayado todos los métodos conocidos para corregir esta tara, pero los resultados no han sido brillantes. Camino, y eso es de agradecer, pero poco más. Mi deformidad no me permite aspirar a enamorar a nadie, y me dificulta la vida de sociedad que, en cualquier caso, tampoco es de mi agrado. En suma, no resulto aceptable para una joven con aspiraciones sociales. Desgraciadamente, soy el heredero de mi casa y mi obligación es casarme y engendrar un nuevo heredero.

Hablaba sin amargura, exponiendo ante Helen una realidad conocida y asumida. Quizá por esa falta de emoción, por esa total aceptación de su situación, a ella le impresionó más.

—Hace un par de meses, mi madre vino a hablar conmigo, muy ilusionada. Había estado hablando con la hermana de mi madrina, con la que había coincidido durante una visita a esta. Al parecer, las dos tenían el mismo problema, hijos que no tenían el menor interés por triunfar en sociedad y que preferían vivir en el campo dedicados a la lectura, el estudio o los paseos. A mi madre le pareció que había encontrado a mi alma gemela y, sorprendentemente, mi padre se mostró completamente a favor. —De nuevo la sonrisa sin alegría—. Creo que he sido una dura decepción para mi madre, y me gustaría, al menos en esta ocasión, responder a sus expectativas.

Helen le escuchaba con sorpresa creciente. Nunca se había encontrado una sinceridad tan descarnada en un desconocido. Solo su abuelo le hablaba así, sin el menor intento de ocultar o adornar los hechos.

—Hubiera podido intentar una aproximación más convencional: conseguir que nos presentaran e intentar coincidir con usted en reuniones y fiestas y hacerme agradable. Pero estamos al final de la temporada londinense, todos están ya pensando en Brighton u otra zona de playa, si no en volver a sus residencias en el campo. No habrá muchas más oportunidades y, en cualquier caso, no me creo capaz de presentarme bajo una luz agradable en los actos sociales. Pensé que era más honrado venir y exponerle mi propuesta como lo que es: un matrimonio de conveniencia. Si es cierto que no le interesa alternar en sociedad, yo le ofrezco una vida retirada, en la que podrá dedicarse a sus aficiones libremente. Le molestaré lo mínimo posible con mis atenciones, y solo hasta que pueda presentar a mis padres un heredero. Con ese único requerimiento, tendrá total libertad para hacer lo que desee.

Ashley se revolvió en la silla, intentando encontrar una posición cómoda. Estiró un poco la pierna para que el pie zopo no estuviera totalmente apoyado en el suelo, se le cayó el bastón, se inclinó a recogerlo y jugó un momento con él antes de continuar.

—Esa es la oferta que iba a hacerle, pero ahora que la he visto, pienso que es absurda y que no le interesará. Creía que usted era mayor, una solterona a punto de quedarse en la balda para dejar paso a sus hermanas pequeñas. En cambio, es usted joven y atractiva. No va a aceptarme,

¿por qué iba a hacerlo? Puede aspirar a mucho más.

—¿Me está diciendo en serio que se considera indigno de mí? ¡Usted será vizconde y yo soy una burguesa, la nieta de comerciantes adinerados! No puedo creer que sea lo que quieren sus padres.

—En otras circunstancias, sería impensable para mi padre casar a uno de sus hijos con, como usted se ha definido, una burguesa. Pero yo no soy un hijo que cuente como tal, soy un error. Debería haber tenido la discreción de ser el tercero o el cuarto, no el primogénito. O al menos, haber muerto en la infancia. No ha sido así, lamentablemente, y supongo que el cuarto vizconde Maynard me considera el triste pero inevitable paso intermedio requerido para llegar al sexto vizconde Maynard. Posiblemente mi padre prefiriera que la madre de mi heredero fuera de la aristocracia, pero considera que ninguna joven de familia noble me iba a aceptar. Ni siquiera tengo una fortuna que ofrecer. Usted sí; por lo que sé, tiene usted una dote de cien mil libras. No dudo que eso ha pesado en el ánimo de mi padre, porque la familia está arruinada.

Ashley cambió de posición las piernas. Su dominio de su voz y su expresión era completo y solo esos movimientos delataban su nerviosismo. En contra de las convenciones, miró larga y directamente a la cara a Helen, sin disimulo alguno. Podría haber resultado insultante o agresivo, pero la misma naturalidad con que lo hizo y la amabilidad de su mirada al estudiarla suavizaron su comportamiento.

—En resumen: es usted joven, atractiva y muy rica. No veo razón alguna para que considere mi propuesta. Si yo fuera su padre, no se lo recomendaría.

—¡Mi padre! —exclamó Helen con amargura. También ella le estudió unos segundos y lo que vio la animó a continuar—. Su padre quiere dinero y herederos, el mío quiere introducir en la alta sociedad a su familia. Se casó con la hija de un lord y ahora me quiere casar a mí con otro, y lo hará con mis dos hermanas pequeñas. Si yo me caso con un noble, puedo introducir a mis hermanas en la alta sociedad, en vez de depender de la amabilidad de sus tíos. Y si mi hermano está emparentado con la nobleza, le será mucho más fácil ser ennoblecido él. Esa es la verdadera aspiración de mi padre, conseguir un título para la familia. Por eso Harry, mi hermano, no ha podido dedicarse a los negocios como quería. Ha debido ser marino, porque un comerciante, por exitoso que sea, tiene mucho más difícil que se le conceda un título que un heroico capitán.

—Pero no puede obligarla... —Ashley se interrumpió, demasiado consciente de los muchos recursos con los que era posible obligar a una joven a pronunciar la sílaba «sí» ante el altar. Apretó los labios con disgusto para después añadir—: Creo que será mejor que terminemos esta entrevista. Nadie puede obligarla si el que no le propone matrimonio soy yo.

—La alternativa es sir Thomas Ruton —dijo Helen—. Mi padre me obliga a elegir entre él y usted. Y él no va a retirar su oferta.

Ashley Cadoux no frecuentaba los salones de la alta sociedad, ni los clubes londinenses, pero su madre era habitual de los primeros y su padre y su hermano menor de los segundos. Conocía la reputación de sir Thomas.

—En ese caso, yo tampoco retiraré la mía —dijo, mirándola a los ojos—. Es innoble hablar mal de un rival, pero creo que hará bien en aceptarme.

—Gracias, seguiré su consejo —Helen extendió la mano hacia él y añadió las palabras sancionadas por la costumbre—: soy muy consciente del enorme honor que me hace, Mr. Cadoux, y acepto agradecida su proposición.

Él alargó su mano para estrechar la de Helen y la retuvo un tiempo, mientras intentaba averiguar por su expresión cuáles eran sus sentimientos sobre el extraño acuerdo que estaban

cerrando.

—Creo que, en nuestro nuevo estatus de prometidos, deberíamos llamarnos por nuestros nombres.

—Sí, eso creo. No es muy elegante empezar con peticiones, pero tú has querido dejar claros tus términos y yo querría hacer lo mismo, Ashley.

—Dime.

—Mi abuelo Robinson, el padre de mi madre... No es nada elegante, pero es mi abuelo y solo me tiene a mí. Ha estado enfermo últimamente y querría tener libertad para ir a visitarle y pasar tiempo con él.

—Por supuesto. Me parecería inconcebible negarme. ¿Algo más?

Helen dudó. Sabía que a su padre no le haría ninguna gracia que hiciera saltar a primer plano al abuelo. Luego recordó el chantaje a que la había sometido y decidió que no se merecía su lealtad.

—Sé que a él le gustaría conocer a mi marido —indicó, enrojeciendo.

—¿Dónde vive?

—En Mánchester.

—Si lo deseas, podremos detenernos allí cuando viajemos a Maynard Hall. Apenas tendremos que desviarnos. Y desde allí a Maynard hay solo cuarenta millas más, no te será difícil ir a visitarle cuando lo desees.

—¡Oh, gracias, muchas gracias! Sé que mi abuelo no es como la gente que estás acostumbrado a tratar...

Ashley la interrumpió con un gesto que denotaba incomodidad.

—Olvídalo. ¿Qué otras cosas querías decirme?

—Preferiría una boda sencilla, íntima. No es lo que querría mi padre, pero no me siento capaz de soportar un acontecimiento multitudinario.

—Estamos totalmente de acuerdo. Y a mi padre, creo, le haremos feliz. Le humillaría ver a su hijo reptando hacia el altar.

—¡No deberías hablar así de ti mismo! —se escandalizó Helen—. Es cruel y falso, ni siquiera cojeas demasiado.

—En realidad, le estaba citando textualmente. Tengo más motivos para temer que conozcas a algunos miembros de mi familia que tú de presentarme a tu abuelo. Solo espero que no termines arrepintiéndote de nuestro trato.

Capítulo V

Habían salido de Buxford después del mediodía y llegarían a casa del abuelo a tiempo de prepararse para la cena. Helen, reclinada contra la pared almohadillada, miraba sin ver el paisaje de interminables prados ondulados que atravesaban mientras recapacitaba mentalmente sobre los últimos días. Le parecía increíble el cambio que había sufrido su vida en menos de un mes.

Una vez se anunció el compromiso, todo se aceleró. A su padre le hubiera gustado celebrarlo con un gran baile, el broche de oro de la temporada londinense, pero no consiguió hacer prevalecer su voluntad frente a la de los Cadoux que, como Ashley había anticipado, prefirieron la discreción. Los encuentros entre ambas familias fueron los mínimos que requería el decoro: Helen fue presentada a la familia de su prometido en una cena a la que asistieron, además de los padres del novio, una docena de tíos y primos. El novio, por su parte, fue también presentado a la familia Bradford, y en este caso la cena resultó bastante más lucida: además de la hermana del señor Bradford, su marido el baronet y sus cuatro hijos, acudieron todas las hermanas de Alice, sus maridos y aquellos de sus hijos que ya alternaban en sociedad. Se envió, por supuesto, el correspondiente anuncio a los principales periódicos y, si bien la ceremonia fue, como era habitual, un acontecimiento íntimo y familiar, el desayuno posterior reunió a buena parte de los socios, familiares y amigos de su padre, a todos los Dufour y a aquellos de los Cadoux que se encontraban en la ciudad.

Helen no sabía qué opinión tener de su familia política. Al conocerlos, era imposible no sentirse impactada por su belleza. Salvo su marido, los Cadoux parecían haber sido bendecidos en la cuna por un hada madrina que les hubiera concedido la perfección física. Padre, hermanos, tíos y primos por igual, hacían volverse las cabezas al entrar en una habitación. Incluso las mujeres Cadoux por matrimonio, como su suegra, eran excepcionalmente hermosas. Todos ellos la habían tratado con una amabilidad que, salvo en el caso de la madre de Ashley, se le había antojado distante, y que había rozado la indiferencia en el caso de su futuro suegro. Sabía que su padre se había sentido decepcionado, aún más, ofendido: les habían dispensado la cortesía con la que se trata a un colaborador estimado, el abogado que lleva los asuntos legales o el médico de la familia. Él esperaba que lord Maynard invitara al desayuno de boda a sus amigos de la aristocracia, pero el vizconde había restringido sus invitaciones a la familia inmediata. Maynard no tenía la menor intención de incluir a la familia política de su hijo en su círculo de amistades.

Bien, eso a Helen no le importaba, mientras los Cadoux no interfirieran en su relación con su abuelo, madrastra y hermanos. Aún no había perdonado a su padre, y no sabía si lo lograría. Como cualquier muchacha de su generación, Helen había deseado un matrimonio por amor, y en cambio... Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en lo que era su matrimonio: un contrato civilizado con un desconocido que, sí, parecía amable y considerado, pero también totalmente

falto de interés en ella.

Habían salido de Londres la misma mañana de su matrimonio rumbo a Maynard Hall. Viajaban en etapas cortas, por lo que habían pasado las noches anteriores en las mansiones de dos parientes lejanos de los Cadoux, casi tan desconocidos para Ashley como para ella, que la habían tratado con cordialidad no exenta de cierta compasión. Ambos les habían procurado habitaciones contiguas y conectadas, pero en ningún caso su marido había cruzado el umbral de la que ella ocupaba. En un aparte discreto, casi sin darle importancia, le había dicho: «Creo que iniciar la vida conyugal requiere más tranquilidad de la que tendremos estos días. En Maynard estaremos más cómodos». Le había agradecido su delicadeza, pero a veces pensaba que quizá había sido un error, porque al pasar los días la tensión y el miedo crecían en su interior. Alice le había dado explicaciones básicas sobre lo que podía esperar en el lecho, más allá de los conocimientos adquiridos por una infancia en el campo, rodeada de animales. La había puesto sobre aviso acerca del dolor inicial y la sangre. Lo había hecho para evitar que se asustara, pero el miedo seguía ahí. Y, sin embargo, su principal temor no era a sentir dolor, sino repulsión. Nunca había visto el pie descalzo de su marido. Temía que le resultara repugnante y, aún más, que él se percatara de ello. Bastante rechazo había recibido durante toda su vida.

No había tardado mucho en darse cuenta de que los Cadoux veneraban la perfección física y consideraban la tara de Ashley como una lacra vergonzosa. En una sociedad a la que la guerra había devuelto numerosos lisiados y que había recibido con honores a un Nelson tuerto y sin brazo derecho, parecía una reacción exagerada, pero habían conseguido convencer al propio Ashley de que era prácticamente subhumano.

Le miró de reojo. Su marido también tenía el rostro vuelto hacia la ventana y, por su expresión concentrada, adivinó que prestaba tan poca atención al paisaje como ella. No, Ashley no era en absoluto subhumano. Puede que su rostro no tuviera la perfección convencional de los del resto de la familia, pero denotaba inteligencia y sensibilidad. Sí, aunque esta última quedara velada por su introversión, Ashley Cadoux no era insensible ni falto de imaginación. Su reacción al saberla obligada por su padre había sido caballerosa en extremo, tanto al retirarse como al ofrecerse de nuevo como mal menor. Helen sentía que su matrimonio había arruinado su vida, pero no le echaba la culpa a Ashley, él era una víctima también.

Estaban llegando a Chorlton Row y los pensamientos de Helen volaron hacia su abuelo. Él le había aconsejado elegir a Ashley Cadoux y ella lo había hecho siguiendo, no ya su consejo, sino su propio instinto. Había insistido mucho en conocerle, y ella se lo traía. ¿Qué opinaría de Ashley? ¿Y su marido, qué opinaría del viejo industrial? Diferían en todo: origen, educación y gustos, no era capaz de imaginar cómo sería su relación.

Habían llegado. Volvió la vista hacia Ashley, justo a tiempo para registrar su expresión de sorpresa.

—¿Esta es la casa de tu abuelo?

—Sí. Se mudó aquí hace cinco años para estar más cerca de la nueva fábrica. La diseñó Richard Lane.

—Me gusta.

Uno de los lacayos se adelantó para llamar a la puerta, que se abrió casi de inmediato. Helen la cruzó pasando por delante del mayordomo que la había abierto sin verle siquiera, con su mirada fija en la silueta regordeta y achaparrada que se recortaba como una sombra oscura contra el tapizado de la pared.

—¡Brownie! —exclamó, abrazando con afecto al ama de llaves.

—¡Señorita Helen! ¿Qué forma de entrar es esa? ¡Ahora es usted una mujer casada, debe dejar esos modales de pilluelo!

La señora de Brown decía lo que se esperaba de ella, pero el calor con que devolvió el abrazo desmentía sus palabras. Helen se separó riendo y se volvió hacia su marido, que acababa de dejar el sombrero y el abrigo en manos del mayordomo y contemplaba la escena con una sonrisa un poco desconcertada.

—Ashley, esta es la señora Brown, Brownie. Tú sabes que desde que era pequeña he pasado largas temporadas con mi abuelo; ha sido ella quien me ha cuidado.

Ashley inclinó ligeramente la cabeza y extendió la mano. No estaba acostumbrado a que se le presentara al servicio en las casas a las que era invitado, pero estaba claro que Helen no incluía a Brownie en esa categoría. Tampoco, por lo que había podido observar en los cuatro días de viaje, a su doncella, Agnes. Brownie la estrechó a la vez que hacía una profunda reverencia de la que le costó salir airosa.

—Encantado de conocerla, señora Brown.

—Es un honor, señor.

El mayordomo, un recién llegado que, pese a sus impresionantes referencias y el desorbitado sueldo que cobraba, vivía bajo el imperio de la señora Brown, carraspeó discretamente.

—El señor espera en la biblioteca, señora. Dijo que seguramente desearían subir a sus habitaciones a refrescarse antes de saludarle.

La cena no fue fría y formal, como Helen había temido. Al contrario, resultó mucho más amena que cualquiera de las anteriores de su corta vida de casada. James Robinson era sin duda un hombre excepcional; como hijo menor de una familia de tenderos, había tenido que buscarse la vida desde la adolescencia y se había abierto camino poco a poco, iniciando pequeños negocios, haciéndolos prosperar y vendiendo para emprender algo nuevo. Al final había acabado siendo uno de los principales fabricantes de tejidos de la región, de los primeros también en introducir las novedades tecnológicas en la industria textil. Su curiosidad se extendía a muchos otros campos y Helen estaba acostumbrada a verle recibir en su casa a estudiosos y profesores, cuyas cátedras financiaba. Robinson no había tenido formación académica, pero sus lecturas y su inteligencia habían suplido, aunque de forma desigual, esta carencia. Con todas sus inquietudes intelectuales, el abuelo no dejaba de ser, sobre todo, un hombre de negocios, y como tal había afrontado el problema del matrimonio de su nieta. Obligado a aceptar un socio que no había deseado, se había preocupado de buscar información sobre él, su reputación, sus intereses y puntos débiles y los de su familia. A lo largo de la cena demostró que sabía muchas más cosas de Ashley Cadoux que la que era su esposa. Entre ellas, que había pasado cuatro años estudiando en Oxford. Un periodo largo porque a los estudios clásicos que seguían habitualmente los hijos de la nobleza había sumado los de Historia Natural. El señor Robinson tenía amistad con dos de sus profesores y aún no había acabado el primer plato y ya estaban discutiendo apasionadamente las teorías que Lamarck presentaba en su última obra, *Philosophie zoologique*.

Helen les dejaba hablar, observándoles en silencio. Desde pequeña, el abuelo había querido que le acompañara en sus reuniones y, cuando ella se había quejado de que las conversaciones le resultaban incomprensibles, le había buscado preceptores. Su formación no era sólida, puesto que solo la había recibido en las temporadas en que residía con su abuelo, pero era sin duda más extensa de lo habitual en las jóvenes de la época. Aunque no había leído el libro, el tema, la evolución de la vida, le llamó poderosamente la atención. Le pediría a su abuelo un ejemplar. No

conocía a Ashley lo suficiente como para juzgar qué opinaría de su interés por la ciencia, pero la reacción de Henry Bradford había sido prohibirle esos libros, así que no se iba a arriesgar. Se alegró de ver que los dos hombres parecían disfrutar de la mutua compañía y, cuando al final de la cena les dejó solos y fue a esperarles a la sala, lo hizo sin temor a que se produjeran roces. Por eso le sorprendió percibir tirantez entre ambos al reunirse con ella media hora más tarde. Hubiera querido saber qué había pasado, pero tendría que esperar a estar a solas con su abuelo para preguntar. Y, o no lo conocía, o se negaría a contárselo. Si había esperado a que ella no estuviera presente para hablar de lo que fuera, no se lo contaría después.

En la cocina, la señora Brown había sometido a Agnes a un interrogatorio destinado a averiguar cuáles eran exactamente los sentimientos de Helen hacia su esposo y de este hacia ella. De lo primero, Agnes podía dar información bastante precisa, pero Ashley la tenía desconcertada. Se mostraba correcto con su mujer y atento a su comodidad, pero la trataba más como a una prima lejana que como a su esposa. De una cosa estaba segura Agnes: no había visitado su cama en ningún momento. Brownie frunció los labios en un gesto de desaprobación.

—Eso no es bueno —sentenció—. Él debe adorarla y buscarla.

—No sé si Helen desea que la busque, tía.

—Se ha casado con él y eso es irremediable. Conozco a Helen desde que estaba en la cuna, necesita el cariño como otros respirar. No puede pasar el resto de su vida junto a alguien a quien es indiferente.

Capítulo VI

Maynard Hall era la residencia de los Cadoux desde el siglo XIV, pero de la edificación original poco más quedaba que la capilla y algunas de las construcciones auxiliares. El edificio principal, más fortificación que residencia, había sido reformado y ampliado por sucesivas generaciones de la familia, ganando en comodidad pero perdiendo en belleza. Aun así, la primera vez que Helen lo vio, enmarcado por los enormes tejos que bordeaban la avenida, no pudo evitar sentirse impresionada. Las enormes piedras de la parte más antigua daban paso al ladrillo de las más modernas y detrás del tejado de pizarra de estas sobresalía la única torre que quedó en pie tras el incendio sufrido en el siglo XVII, cuando fuera sitiado por las tropas leales al rey Jacobo. El edificio resumía y materializaba la historia de Inglaterra en los últimos cinco siglos y solo por ello sobrecogía.

Llegaron el viernes a la tarde y esperaban estar solos durante el fin de semana. Bien fuera por delicadeza, bien por casualidad, el resto de la familia Cadoux había decidido permanecer en Londres unos días más, así que les sorprendió el anuncio del mayordomo de que lord Maynard estaba allí y que, aunque había salido con el administrador, volvería para cenar con ellos. Helen notó cómo su marido se ponía rígido: no era una noticia bienvenida. No le sorprendió, desde su primera entrevista había tenido claro que las relaciones de Ashley con su padre eran aún más desastrosas que las de ella con el suyo. Una doncella de mediana edad, que se presentó como Edna, acompañó a Helen a su habitación en la primera planta. Era inmensa, de muebles enormes y oscuros, y solo se salvaba de resultar sombría por la luz que la inundaba, a aquella hora de atardecer, desde dos grandes ventanales que daban a una balconada. Una puerta lateral comunicaba con otra habitación, algo menor, que servía a la vez de vestidor y tocador. Le sorprendió comprobar que tanto las alfombras como las cortinas y la colcha de la cama estaban desgastadas. Ni su padre ni su abuelo hubieran permitido que siguieran en uso; o bien los Cadoux estaban en peor situación económica de que había imaginado o le estaban haciendo un desprecio. Dos criados entraron acarreado el primero de sus baúles y detrás llegó Agnes, cargando con el neceser y dos sombrereras e imprecándoles para que tuvieran cuidado. Su habitación sería un infierno hasta que todo el equipaje hubiera sido subido y deshecho. Helen se dirigió a uno de los ventanales, lo abrió y salió al balcón, acodándose en la balaustrada para contemplar el paisaje, una sucesión de prados que amarilleaban, parcelados por muros de piedra seca, y cuya monotonía interrumpía aquí y allá un bosque de olmos. En la lejanía, hacia el norte, se alzaban las laderas de los páramos. Al este era posible seguir las amplias curvas del Ribble por el bosque de álamos que festoneaba su ribera. Era un paisaje austero y sereno que se sentía capaz de amar.

—¡Helen!

Volvió la cabeza sobresaltada al escuchar su nombre. Ashley había salido a la balconada desde otro ventanal. Comprendió entonces que la puerta que había visto en el vestidor debía comunicar directamente con la habitación de su marido.

—¡Hola! Me has asustado.

—Tú me has asustado a mí. No te apoyes en la balaustrada, no es de fiar.

—¡Ah! Gracias por el aviso.

—¿Contemplando el paisaje?

—Huyendo del campo de batalla que es en estos momentos mi habitación —rio ella.

—Ven, te enseñaré los jardines.

Ashley la condujo por una serie de pasillos y escaleras hasta salir al exterior por la fachada contraria a la principal. Se abrían ante ellos, a la derecha, una sucesión de huertas bien cuidadas, y a la izquierda, una rosaleda, algo peor atendida, en la que aún sobrevivían algunas flores retrasadas. Ashley tomó un sendero que la cruzaba y pasearon lentamente, dejando el edificio a su derecha, hasta desembocar en la amplia avenida bordeada de tejos por la que habían llegado a la casa. Caminaron por ella, disfrutando del fresco de la tarde. Como la rosaleda, los jardines de la mansión necesitaban mayor atención que la que recibían. Cerca del punto en el que una valla marcaba su final y el comienzo del parque, un camino se abría a la izquierda y llevaba, unos cientos de metros más allá, a una casa de piedra cubierta por la yedra. Ashley siguió la mirada de Helen y explicó:

—Es la Casa de la Viuda. Se construyó cuando la primera gran reforma de la residencia, en el XVII, para alojar a la madre del entonces barón Maynard. Allí fue a vivir mi abuela cuando se quedó viuda. Hace ocho años que ella murió, desde entonces nadie vive en ella.

El ruido de caballos les hizo volver la cabeza hacia el parque. Dos jinetes que se acercaban al trote frenaron al verles y les alcanzaron al paso. Uno de ellos era lord Maynard, que les saludó con un gesto de la fusta, y sin bajar del caballo, señaló con ella a Helen y dijo a su acompañante:

—Esta es la mujer de Ashley, Morrison —y dirigiéndose a Helen, terminó—: Helen, este es Morrison, mi administrador.

Roja de enfado por la impropiedad con la que había sido presentada, Helen se limitó a hacer una mínima inclinación de cabeza. Esto no era ya indiferencia, sino un claro desprecio: lord Maynard la había presentado como si fuera la nueva cocinera, no la esposa de su heredero, la futura señora de Maynard Hall. Morrison, tan incómodo como ella, farfulló algo incomprensible. No tuvo tiempo de hacer mucho más porque Maynard espoleó al caballo y salió a trote hacia la casa, llamándole para que le siguiera. Los esposos les contemplaron alejarse en un silencio que al final rompió Ashley.

—Te advertí que era más probable que yo tuviera que avergonzarme de mi familia que tú de la tuya, ¿verdad?

Después del encuentro de la tarde, a Helen la cena con su suegro no le apetecía en absoluto. Agnes la esperaba a la vuelta del paseo con agua caliente para el baño, y eso la relajó un tanto. Sin embargo, cuando vio el vestido que le había preparado hizo un gesto negativo con la cabeza. No estaba de humor para tules en tonos pastel. Abrió el armario y eligió un vestido de crepé de seda en color gris oscuro de corte severo, cerrado al cuello con un volante de encaje negro, que escandalizó a Agnes.

—¡No puede ponerse eso, señorita Helen!

—Sí puedo —dijo con firmeza.

—Ese vestido se lo hizo para aliviar el luto tras la muerte de su tía abuela Dorothy.

—Precisamente.

—¡Señorita, no puede ponerse un vestido de medio luto en su primera cena en su nuevo hogar! ¡Es casi un insulto!

—Dudo de que mi suegro lo entienda. Y, la verdad, lo siento.

Complementó el vestido con un peinado recogido atrás, tan severo y tan gris como la ropa, y se negó a llevar más joya que la alianza y un camafeo de azabache que había sido de su tía abuela Dorothy y había dejado de estar de moda antes de que Napoleón se coronara emperador. Cuando Edna pasó a buscarla para acompañarla a la sala donde le esperaban los caballeros se le abrieron los ojos de asombro. La chiquilla dulce y sonriente que había dejado en esa misma habitación horas antes se había transformado en una mujer sombría. Más aún, llegó a asegurar luego en la cocina, que la vieja vizcondesa viuda, a la que todos los sirvientes habían temido. También los dos caballeros dieron un respingo al verla, pero ninguno hizo el menor comentario.

La conversación durante la cena se limitó al aburrido monólogo de lord Maynard sobre sus intentos de incrementar el número de faisanes en sus tierras de cara a la temporada de caza cercana o las medidas que estaban tomando contra los furtivos. Dado que ni su hijo ni su nuera cazaban, poco interés podían poner en el tema, pero si Maynard lo notó, no hizo el menor esfuerzo por buscar otro que les permitiera participar en la conversación. La ira de Helen ante la grosería de su suegro, no solo hacia ella, sino hacia su propio hijo, fue en continuo aumento. Lord Maynard parecía recrearse en remarcar cómo la deficiencia física de Ashley le impedía realizar las únicas actividades que, a juicio de su padre, eran dignas de un caballero. Se levantó de la mesa con auténtico alivio y, a pesar de la nueva desconsideración que suponía hacia ella, se alegró de escuchar a Maynard proponer a Ashley que llevaran la licorera a la sala de billar y jugaran unas partidas. Aparecieron en la sala a la vez que la bandeja del té y, por la pétrea expresión de su marido y la socarronería con la que su suegro la miraba, sospechó que había sido ella el motivo de sus chanzas. Su sospecha se confirmó cuando, subiendo las escaleras para ir a acostarse, le escuchó susurrar en el recibidor:

—Nadie te juzgará si no te atreves a mandar tus tropas contra esa fortaleza, general. Parece inexpugnable —seguido de una estruendosa carcajada.

Entró en su dormitorio temblando de ira, cerró la puerta y se recostó contra ella intentando contener las lágrimas. Agnes, que la esperaba para desvestirla, corrió hacia ella, impresionada.

—¡Helen! —exclamó, volviendo a la confianza de la infancia con el sobresalto—. ¿Qué ha pasado?

—¡Odio a ese hombre, le odio!

—¿Al señor Cadoux?

—¡A Maynard! ¡Y a Cadoux también, es un pusilánime que se deja dominar por la bestia de su padre!

La voz de Helen se rompió por la rabia. Agnes la abrazó y esperó a que se calmara. Entonces, abrazándola aún por el talle, la llevó al vestidor y la ayudó a desvestirse y a ponerse el camisón. Helen se sentó en la butaca frente al tocador y, mohína como una niña pequeña, dejó que le soltara el cabello y se lo cepillara. Cuando la vio tranquila, Agnes volvió a preguntarle qué había pasado, pero Helen fue incapaz de contarle, se sentía demasiado humillada. Agnes no insistió, terminó el cepillado y le refrescó la cara con agua de rosas. Solo quedaba el gorro de dormir, de la misma delicada muselina que el camisón, y adornado con encajes y bordados a juego. Ató la cinta en una lazada bajo la barbilla y se alejó dos pasos para contemplar el efecto. Con las mejillas aún sonrojadas por el enfado y los espesos bucles negros escapando del gorro, Helen

estaba, o así se lo pareció, encantadora. Si Ashley Cadoux se dignaba aparecer esa noche se le iba a quitar de una vez por todas su estúpida cara de palo. Siguió a Helen hasta la cama y la arrojó en ella antes de desearle buenas noches, apagar de un soplo la vela de una palmatoria que dejó sobre la mesilla de noche y salir con otra encendida en la mano. Le hubiera desanimado saber que Helen se levantó cinco minutos después y fue a pasar el cerrojo de la puerta que comunicaba su tocador con el dormitorio de su marido.

—Solo por si acaso llegaras a reunir valor —susurró con desprecio. Y volvió a la cama.

Estaba en el primer y profundo sueño cuando una mano giró el picaporte de esa puerta y la empujó. No se despertó cuando, al no abrirse, la mano volvió a empujar con más fuerza. No oyó el toc-toc del bastón al alejarse lentamente de la puerta aún cerrada y siguió dormida cuando, media hora después, se abrió una de las hojas del ventanal. Solo se despertó cuando la misma mano se posó en su hombro con suavidad. Se incorporó con una exclamación de sobresalto; Ashley retiró la mano y retrocedió un paso.

—Tenemos un acuerdo —recordó. Y esperó.

Helen se quedó quieta, intentando adivinar sus rasgos en la oscuridad. Tenían un acuerdo y, hasta el momento, él había cumplido escrupulosamente su parte. Estaba a punto de llorar, pero contuvo las lágrimas y se recostó de nuevo sobre la almohada. Relajó el cuerpo y dirigió su mirada hacia la ventana, intentando no pensar en lo que ese hombre, su marido, hacía con él. Todo fue misericordiosamente rápido, las manos que abrían su piernas, el peso de él sobre su vientre, su respiración entrecortada, los instantes de dolor. Apenas unos minutos y todo había acabado. Ashley se separó de ella y, con suavidad, cubrió sus caderas con el camisón y le echó las sábanas por encima. «Lo siento», murmuró. Y, apoyándose en el bastón, caminó lentamente hacia el tocador y recorrió el pestillo de la puerta para pasar a su dormitorio.

Capítulo VII

Al día siguiente, Helen se hizo subir a su dormitorio una taza de chocolate caliente y pan con mantequilla para evitar coincidir en la mesa del desayuno con su suegro y su marido. Después se vistió y anunció a Agnes que pasaría la mañana dibujando en el jardín. En otras ocasiones habría tenido que discutir con ella, porque Agnes, aleccionada por Alice, estaba convencida de que la costumbre de Helen de pasar largas horas pintando al sol era ruinosa para su cutis, pero esta vez la muchacha asintió en silencio. La cara ojerosa de Helen cuando le llevó el té de la mañana y, sobre todo, la atmósfera de inmenso desamparo que la envolvía, la habían sobrecogido.

Nadie la detuvo cuando salía ni pareció interesarse por ella. Pasó toda la mañana dibujando a la sombra de un olmo gigantesco que se levantaba majestuoso cerca del lago hasta que, empujada por el hambre, volvió a la casa a almorzar. No pensaba que nadie hubiera advertido su ausencia y esperara su regreso, pero cuando entraba, Burton, el mayordomo, apareció como el muñeco de una caja de sorpresas.

—El almuerzo está servido en el comedor pequeño, señora.

—¡Oh! No estoy segura de tener hambre.

Burton respondió con una inclinación y se retiró. Helen subió a su habitación, se quitó el sombrero y lo dejó sobre la cama. Se sentó frente a la mesa de tocador y se estudió en el espejo. Le parecía que era una nueva Helen, muy distinta de la Helen Bradford de la calle Berkeley que era hacía solo tres meses. Había sido una ingenua, se había creído libre de elegir, como había hecho su madre, al hombre con el que compartiría su vida. Pero Hannah Robinson había tenido un padre excepcional y el suyo no lo era. Tenía que asumir su destino, no era distinto del de la mayor parte de las jóvenes de su edad. Había aceptado a Ashley Cadoux, estaba casada con ese hombre, iba a pasar su vida a su lado. Lo que la noche anterior le había dejado aterido el corazón se haría costumbre, como suponía que le había pasado a Alice, y dejaría de importarle. Y, cuando llegara el heredero, tenía su promesa de no acercársele más. Ella tendría un hijo, y su pintura y sus libros. Debía aprender a ser feliz con eso. No quería odiar a Ashley por lo que había hecho la noche anterior, era lo que habían pactado, la única razón de su matrimonio para él.

Llegó Edna con agua caliente y Helen se lavó manos y cara. Agnes entró con el objetivo aparente de dejar un traje recién cepillado en el armario y observó a su señora por el rabillo del ojo. La mañana en el jardín le había devuelto el color y parte al menos de su serenidad. Satisfecha, se acercó por detrás y, con unos pocos y expertos toques, recompuso el recogido del pelo. Helen se levantó y se dejó conducir por Edna al comedor pequeño. Allí, sobre una mesa, habían dispuesto carnes frías, queso y frutas. No había nadie más en la habitación, pero cuando ya acababa la colación, Ashley apareció en el umbral y, con unos buenos días calmados y casi indiferentes, se sentó frente a ella y cogió un melocotón del frutero. Mientras lo pelaba, inició

una conversación impersonal, más propia de conocidos casuales que de marido y mujer, pero que Helen podía seguir sin esfuerzo y que devolvió una apariencia de normalidad a su relación. Hablaron del tiempo, de la maduración de los frutos del huerto y de los lugares de interés de la región. Ashley mencionó la existencia de los restos de una villa romana a menos de cinco millas y eso consiguió despertar el interés en Helen. Él propuso dar un paseo en coche de caballos hasta allí cuando bajara el calor. Helen dudó; habría podido rechazar la propuesta, pero no tenía sentido. Aceptó.

Salieron a las cuatro y media, bajo un sol todavía excesivo. A Helen le sorprendió la elección de vehículo, un carrocín de los utilizados por los denominados corintios, los dandis londinenses que habían convertido el deporte en pasión. Lo tiraban dos bayos de buena estampa que Ashley refrenaba con mano firme mientras un criado ayudaba a Helen a subir a su lado. El trayecto hasta el emplazamiento de la antigua villa le bastó para darse cuenta de que su marido era un auriga nada despreciable. Como sabía que su defecto físico le impedía la caza y que, a caballo, apenas podía permitirse algo más que paseos sedados, imaginó que la maestría en la conducción era su forma de compensar sus deficiencias en otras habilidades que eran consideradas imprescindibles en un caballero.

Los restos de la villa romana habrían pasado desapercibidos a cualquier visitante que no hubiera contado con un guía que los conociera, pero presentados por Ashley revivían y se convertían en la villa casi lujosa que fueran miles de años atrás. Helen se alegró de haber ido, y sintió no haber llevado con ella sus cuadernos. Daba igual, regresaría en otra ocasión para pintar. Cinco millas no eran una distancia excesiva. Volvieron en un silencio amigable, interrumpido por comentarios sueltos sobre lo que habían visto, pero al llegar a la casa, la cercanía de la cena y de la noche hizo que Helen se sintiera de nuevo angustiada. Subió a su habitación a cambiarse sintiendo como crecía la opresión en su pecho, se puso el vestido que Agnes había elegido sin prestarle atención, y dejó que la peinara sin mirarse en el espejo, perdida en los recuerdos del día anterior. Solo cuando Agnes, al acabar, le retiró el peinador, se vio. Llevaba uno de los vestidos que Alice había encargado para su *trousseau*, el que mejor le sentaba, de gasa sobre raso verde agua, con pequeñas mangas abullonadas y un escote amplio y bajo que mostraba su piel perfecta justo hasta el límite que permitía el buen gusto. Los oscuros bucles quedaban recogidos en un moño bajo, rodeados por una banda del mismo raso del vestido, que dejaba libre, enmarcando su cara, unos cuantos rizos. El descanso tras el almuerzo y el día pasado al aire libre habían hecho desaparecer sus ojeras y devuelto el color a sus mejillas. En casa de su padre, junto a su madrastra y hermanas, nunca se había considerado bella, pero allí, al verse inesperadamente, se descubrió al menos, usando una expresión de su hermano Harry, «condenadamente atractiva». Tras ella, en el espejo, vio a Agnes, que la miraba temiendo su reacción. Cruzaron la vista, espejo por medio, durante un instante. Luego Helen sonrió y asintió lentamente. Era una sonrisa amarga, de comprensión mutua. Los Cadoux debían aprender a admirar a Helen, *née* Bradford.

Cuando entró en la sala descubrió que no iban a cenar solos. Nadie la había advertido de que tendrían invitados, pero había una dama de cierta edad y rostro bondadoso sentada en la mejor butaca, atendida por Ashley, en tanto que un caballero de edad similar y un joven, seguramente su hijo, charlaban con lord Maynard junto a la ventana. Todos se volvieron hacia ella cuando entró, y las conversaciones se cortaron. Vio en Maynard el asombro que deseaba, pero la expresión de Ashley le resultó inescrutable. No así las de los visitantes, que expresaban franca admiración. Ashley avanzó hacia ella, la tomó del brazo y la condujo hacia la butaca ocupada por la vieja dama.

—Permítame que le presente a Helen, mi esposa —dijo—; Helen, te presento a lady Rayton.

Helen hizo una reverencia de la que se levantó sonriendo. La dama respondió con otra sonrisa e hizo seña al que evidentemente era su marido de que se acercase. Sir Edward Rayton y su hijo John fueron a su vez presentados. Burton entró en ese momento para anunciar que la cena estaba servida y todos pasaron al comedor.

La cena fue esa noche mucho más agradable que la anterior. Helen, sentada entre sir Edward y John Rayton, la dedicó a hacerse encantadora para ambos. La cortesía la obligaba a ocuparse preferentemente de sus dos vecinos de mesa, así que supuso que no extrañaría a nadie que prácticamente no cruzara palabra con su suegro. Sin embargo, cuando ella y lady Rayton dejaron a los caballeros y volvieron a la sala, la dama le tomó la mano y dijo, con tono afectuoso:

—Fui yo quien se empeñó en esta visita, querida. Soy amiga de Mary Maynard desde que éramos niñas y ella me escribió, preocupada por usted. Pensaba que podía serle incómoda la convivencia con Maynard sin otra mujer en la casa. Creo que acertó, ¿verdad?

A Helen se le nublaron los ojos y, aunque se enfadó consigo misma por ello, resultó la respuesta más clara y discreta que podía dar. Lady Rayton estrechó con fuerza su mano y siguió hablando, con una sinceridad descarnada que sorprendió a Helen.

—Algernon Maynard es una mala bestia. Lo ha sido siempre, lo era su padre antes que él y lo es ya, incluso peor, su hijo Edgar. Son egoístas, libertinos y brutales, carecen de compasión y están convencidos de que es suyo todo lo que puedan tomar. Los otros chicos, Ashley, Richard y Anthony, salen a los Gordon, la familia materna. Ashley, desgraciadamente, también heredó de ellos ese pie.

Lady Rayton lanzó una fugaz mirada al rostro de Helen. Le hubiera gustado saber cuáles eran los sentimientos de la joven hacia Ashley. Sabía que se trataba, como tantos otros, de un matrimonio de conveniencia y que los novios apenas se conocían al contraerlo, pero no si Helen había llegado a él de buena gana o se había visto forzada a aceptarlo. Con su atractivo y la fantástica dote que le había dicho Mary, seguramente había sido obligada. ¿Qué muchacha en su situación elegiría al heredero tullido de una familia arruinada? Lo sintió por Ashley, porque una mujer a la que le importara algo habría podido sacarlo de la caja de hielo en la que se había recluido.

—Vivimos a quince millas de aquí. Espero que venga a menudo a vernos, será siempre bien recibida. Mary Maynard es una mujer excelente, ella cuidará de usted.

Esperaba sinceramente que fuera capaz de hacerlo. Mary era pura bondad, pero vivía aterrada por su marido. Había hecho lo posible por proteger a sus hijos, y especialmente a Ashley, de su destructor desprecio, pero Sarah Rayton tenía serias dudas de que lo hubiera logrado.

La llegada de los tres caballeros puso fin a sus confidencias. John se acercó de inmediato a Helen y enseguida los dos, casi de la misma edad, estuvieron inmersos en una animada conversación. Lord Maynard monopolizaba a sir Edward hablándole de caza, así que Ashley fue a sentarse junto a lady Rayton y le preguntó por sus lecturas. Al llegar el té, Helen lo sirvió y John acercó sus tazas a su madre y a Ashley.

—La señora Cadoux me comenta que le encanta cabalgar, Ashley —dijo al entregarle su taza—. Yo suelo salir todas las mañanas, podría acercarme y acompañarla en su paseo, si te parece buena idea.

Antes de que Ashley pudiera contestar, lord Maynard se interrumpió en mitad de una anécdota y lo hizo por él.

—No es posible, no tenemos en los establos monturas adecuadas para una dama, ni sillas

tampoco. Mi esposa hace años que no monta a caballo y no hay otra mujer en Maynard.

—Yo estaría encantada de poner la mía a su disposición —intervino lady Rayton—. Es un animal tranquilo y fiable.

—¡Bah! ¿Y John tendría que venir cada mañana con la yegua del ronzal? No, es absurdo.

—Tiene razón, lord Maynard, sería absurdo obligar así al señor Rayton —respondió Helen—, pero no será necesario. Mi padre estará encantado de hacerme llegar las dos monturas que tengo en Bradford Park. Pueden estar aquí en unos días.

Maynard la miró con aversión. Era cierto que no había monturas ni sillas adecuadas en los establos, pero la principal razón de su negativa no había sido otra que evitar que Helen tuviera amistades que no podía controlar. Tenía difícil negarse a acoger los animales de su nuera y buscó una salida dirigiéndose a Ashley con fingida jovialidad:

—Bueno, muchacho, imagino que preferirás ser tú el que acompañe en sus paseos a tu mujercita.

—Estaré encantado de hacerlo siempre que ella lo desee, señor, pero creo que sería un compañero frustrante para una amazona experimentada —respondió Ashley con serenidad.

Sus palabras crearon un silencio incómodo. Lord Maynard dio la espalda a su hijo y retomó la conversación con Rayton. Su gesto expresó lo que opinaba sin necesidad de palabras: Ashley era un tullido incapaz de dar satisfacción a los caprichos más triviales de una mujer.

Capítulo VIII

El domingo siguiente llegaron lady Maynard y el pequeño Anthony y, muy rápidamente, la vida de la nueva pareja se acomodó a unas rutinas tan marcadas que a Helen le parecía imposible llevar casada menos de un mes. Seguía desayunando en su habitación y dedicando las mañanas a pintar en el jardín y en el parque. La primera hora de la tarde la reservaba a la lectura, generalmente en su dormitorio, pero a veces en la sala de lady Maynard, a la que le gustaba que le leyera en voz alta mientras bordaba. Donde quiera que estuviera, al bajar el calor Ashley la buscaba para dar un paseo en carruaje. Eran excursiones de dos o tres horas y Helen las disfrutaba, al menos hasta que llegaba el momento en que emprendían el camino de vuelta. Cada milla que la acercaba a Maynard la dejaba más callada, más encerrada en sí misma. Llegaba la parte amarga del día: lord Maynard convertía en un infierno las cenas, salvo que hubiera invitados, y a veces incluso ante ellos, dedicaba la mayor parte de su conversación a menospreciar e injuriar a su mujer y su hijo mayor. Con suerte, se retiraba luego a la biblioteca y no aparecía más que para tomar el té, a veces tampoco entonces. Pero ni siquiera en su ausencia podía Helen vivir esas últimas horas con serenidad, sabiendo que eran el preludio de las que pasaría en la cama, primero esperando la visita de Ashley y, después, intentando superar el vacío desolador que sentía, tanto cuando él iba como cuando no lo hacía.

No veía a Ashley en todo el día hasta la hora del paseo. No sabía en qué se ocupaba: no se lo comentaba ni ella preguntaba. Tampoco él se interesaba por lo que Helen hacía. Acostumbrada a la compañía continua de su madrastra y hermanas, el aislamiento en que parecían vivir los habitantes de Maynard Park la sorprendía. Lord Maynard llevaba su propia vida y eso era un alivio para todos, incluida su esposa; y lady Maynard, que sin duda amaba a sus hijos, sin embargo y siguiendo la costumbre de su clase social, tenía muy poco trato con ellos desde que dejaban la *nursery*. También Anthony, muy separado en edad de sus hermanos mayores, crecía prácticamente solo. En aquellos momentos se estaba preparando para ingresar en Eton y sus días pasaban entre lecciones con el vicario del pueblo y, siempre que se podía librar de este, correrías por el bosque cercano. Sus padres no consideraban a los chiquillos del pueblo compañía adecuada para su hijo, pero Helen sospechó desde el principio que se encontraba con ellos en el bosque y sus sospechas se vieron confirmadas muy pronto, una tarde en que una brisa que atenuaba el calor del mediodía la animó a salir a pasear después de comer. A la vuelta de un recodo del sendero que recorría encontró un claro en el bosque y en él, al pie de un roble gigantesco, un par de chiquillos que la contemplaron con horror. Dos minutos después, cayó al suelo desde una rama del roble el que hacía el trío: Anthony. Llevaba las puntas de la camisa recogidas con una mano formando una bolsa que protegía con la otra, lo que hizo de su salto al suelo una proeza de equilibrio. Cuando se incorporó y vio a Helen su gesto se hizo muy similar

al de sus amigos.

—¿Estáis recogiendo huevos? ¡Cómo me acuerdo de cuando íbamos a buscarlos mi hermano Harry y yo!

La expresión de los tres chicos cambió del temor al asombro.

—¿Tú ibas a robar huevos?

—Tenía que esperar abajo. —El pesar con que lo decía no era fingido—. Es casi imposible trepar a los árboles con enaguas.

La imagen que les proponía hizo que los tres chicos soltaran la carcajada. Helen se acercó y miró curiosa la carga de Anthony.

—¿Me dejas verlos? —Anthony abrió su hatillo y le mostró su contenido: media docena de huevos azul verdoso y cinco de color blanco punteados de marrón rojizo. Helen los fue cogiendo uno a uno e inspeccionando—. Estos los cogiste ahora, ¿verdad? Son de papamoscas. Pero estos otros no son de aquí, los colirrojos prefieren las grietas de las rocas para anidar.

Después de esa exhibición, su aceptación estaba asegurada. Los acompañó de un lado a otro del bosque, fue informada de la ubicación de madrigueras y nidos y escuchó las hazañas de captura y domesticación de todos ellos por turno. Si algunas de ellas le parecieron de veracidad dudosa, no lo dejó entrever. Cuando ella y Anthony se separaron del resto, todos la tuteaban y era una más de la pandilla. Se había dejado distraer por sus propios pensamientos y no atendía a la charla de Anthony hasta que la mención a su marido la devolvió a la realidad:

—... supongo que por eso te casaste con Ashley, ¿verdad?

—Perdona, Anthony, no escuché bien qué decías al principio.

—Que seguramente te casaste con Ashley porque a los dos os gustan tanto los animales.

—En realidad me enteré luego.

—¿Sí? Oye, Helen —dudó Anthony—, sería mejor no mencionar en casa a mis amigos.

—Por supuesto que no.

—¡Gracias! —exclamó Anthony conmovido por su rápida comprensión. Y añadió generosamente—: A Ashley se lo puedes decir, él no es un chivato.

—Quizá a Ashley le interesaran los huevos.

—¡Oh, esos son muy corrientes, los tiene ya! Pero a veces consigo alguno que no tenga y entonces me da hasta un chelín por él. Y una vez cogimos vivo un aguilucho pálido que había caído en una trampa y nos dio una corona.

Llegaban a la casa por uno de los caminos laterales y lady Maynard, procedente de la rosaeda, se reunió con ellos. En el brazo cargaba un enorme ramo de dalias y, sobre estas, algunas rosas y lirios tardíos. Vestía un traje de muselina marrón gastado por el uso, sobre el que había anudado un gran delantal de basto tejido verde, y sonrió con dulzura al verlos juntos.

—¿Habéis estado paseando? Me alegro de que fueras con tu hermana, Anthony. El parque es seguro, pero prefiero saberla acompañada.

No les dio tiempo a contestar porque lord Maynard, que iba hacia las cuadras acompañado de uno de los mozos, se detuvo al ver el pequeño grupo y se dirigió a él.

—¿Es necesario que se exhiba con esa vestimenta, señora? —incredulo a su esposa—. Pago a seis jardineros para evitar que mi familia tenga que hacer esos trabajos.

—Me gusta elegir yo misma las flores para los jarrones —musitó su esposa, enrojeciendo.

—Entonces quizá pueda elegir flores con un atuendo que no lleve a confundirla con una sirvienta. O, si no puede evitarlo, intente entrar en la casa por una de las puertas de servicio. —Lord Maynard dio por cerrado el asunto y pasó a lo que en realidad venía a comunicar—.

Seremos uno más en la cena, viene Edgar.

Su audiencia recibió la noticia sin entusiasmo perceptible, pero a él no pareció importarle. Se volvió, hizo una seña al mozo de cuadra, que esperaba respetuosamente alejado, y siguió su camino con él. Ashley apareció en aquel momento en la puerta principal. Al ver a su padre, se detuvo sin bajar las escaleras hasta verle entrar en el patio de cuerdas. Entonces descendió y se unió al grupo.

—Viene Edgar —anunció Anthony sombrío.

—Ha venido otras veces y hemos sobrevivido.

—¡Oh, Ashley! —protestó débilmente lady Maynard.

—Alguien tiene que mantenerse optimista en esta casa, madre. Quizá sea tarde para salir, Helen, ¿prefieres renunciar hoy al paseo?

—Helen ya ha paseado hoy —informó Anthony, con aire importante—. Conmigo. Hemos estado en el bosque.

Ashley examinó en silencio el estado de los pantalones y la camisa de su hermano y luego trasladó su inspección al vestido de su esposa.

—Pasear con Anthony por el bosque puede ser como participar en la caza del zorro... siendo el zorro. Espero que no te haya agotado.

—¡Claro que no la he agotado! —negó el chiquillo indignado—. A Helen le gusta ir a buscar huevos. Sabe tanto de pájaros como tú.

—Helen es una fuente continua de sorpresas para mí. —El tono de Ashley no permitía adivinar qué opinaba de los intereses de su esposa.

—Me ha encantado el paseo. Y pienso repetirlo, tan frecuentemente como Tony me quiera acompañar.

—¡Oh, a nosotros nos encantará que vengas!

—¿A nosotros? —se extrañó lady Maynard.

—Nos llevamos a Spot —improvisó a toda prisa Helen—, pero el muy travieso desapareció en cuanto nos acercamos a la casa. Creo que no quiere volver aún a la perrera.

—Al contrario —dijo Ashley—, habéis debido agotarlo, porque al pasar frente a ella lo vi echado en su caseta. Es un perro excepcionalmente inteligente, no sé cómo habrá aprendido a abrir la cancela.

Helen miró a su esposo de reojo y le sorprendió mirándola con una chispa de diversión en los ojos. Casi inconscientemente le sonrió en respuesta. Ashley estaba al tanto de las correrías de su hermano pero, como este había dicho, «no era un chivato».

—Qué cosas dices, hijo. Se la abriría cualquiera de los mozos, si le vio rondando la puerta. ¡Dios mío, son las seis ya! Tengo que avisar a la señora Johnson para que preparen el dormitorio de Edgar y a Burton para que ponga un cubierto más.

Agnes contempló escandalizada el estado en que se encontraban el vestido y los cabellos de su señora.

—¡Señorita Helen! ¿Qué ha estado haciendo? ¡Parece que se hubiera metido en la madriguera de un conejo!

—Es casi lo que he hecho —respondió Helen con una carcajada—. Estuve paseando por el bosque con Anthony. Hemos visitado todos los nidos y todas las madrigueras, al menos por fuera.

Agnes iba a añadir algún reproche más, pero la alegría con la que Helen hablaba y que se

reflejaba en su rostro la hizo callar. Era así como la recordaba desde la infancia, pero su vivacidad había desaparecido en los últimos meses; si para que la recuperara tenía que pasarse unas horas limpiando el barro de sus trajes, sería un tiempo bien empleado. Insistió en que se diera un baño caliente y Helen, de muy buen humor, se dejó convencer. Reclinada en la gran bañera, con los ojos cerrados, se preguntó a sí misma por la causa de su alegría. En parte, sí, se debía al paseo por el bosque, pero sobre todo, se confesó, era el resultado de haberse sentido aceptada dentro del grupo, tanto el de los pilluelos del pueblo como, luego, el familiar. «Excluyendo, desde luego, a lord Maynard», se recordó, «Y parece que también a Edgar». Pero no quería dejarse guiar por la aparente animadversión de Anthony y Ashley. Iba a juzgar a Edgar por sus palabras y actos, no por las de los demás.

Le sorprendió la elección que había hecho Agnes para esa noche: un vestido blanco de seda, ceñido bajo el busto y rematado en el escote y los brazos por una tira de encaje que dejaba los hombros desnudos. Era un vestido apropiado para una debutante, que Alice había encargado para su primera temporada londinense y que no parecía encajar con su estatus actual de mujer casada. Iba a hacer un comentario al respecto cuando su mirada recayó sobre su reflejo en el espejo. Su cuerpo, ligero y esbelto, seguía siendo el de una adolescente y, a pesar de la protección de sombreros y parasoles, las mañanas pasadas al aire libre habían teñido de un leve dorado su tez. El vestido le sentaría mejor de lo que le había quedado nunca. Se dejó vestir y peinar, con un sencillo moño alto del que escapaba una única guedeja rizada que caía sobre su hombro derecho. Agnes adornó el recogido con dos capullos de rosa blancos y finalizó rodeándole el cuello con la gargantilla de perlas que su padre le había regalado al cumplir dieciocho años.

—No —dijo Helen, evitando que la abrochase—, esta no. El *pendentif* del abuelo.

Sin decir palabra, Agnes devolvió la gargantilla a su estuche y sacó de otro el colgante. La joya era muy sencilla, una cadena de platino de la que pendía, engarzada en una montura de diminutos diamantes y zafiros, una única y espectacular perla en forma de lágrima. Lo cerró sobre el cuello de Helen y se alejó un par de pasos para juzgar el efecto. Perfecto, o casi. Sustituyó uno de los capullos de rosa por un lirio azul tomado del jarrón inmediato y sacó de un cajón de la cómoda un finísimo chal de Paysley, en tonos blancos y azules, que colocó dejando que cayera sobre los antebrazos de su señora. Ahora sí, perfecto.

Helen había cogido la costumbre de esperar hasta el último minuto para entrar en la sala donde se reunían antes de pasar a cenar, lo que le evitaba el riesgo de encontrarse a solas con lord Maynard. Esa noche, de nuevo, entró en último lugar e, intentando no interrumpir la conversación que lord Maynard y el segundo de sus hijos mantenían, se acercó sin ruido al sofá donde se sentaba su madre política. Su discreción quedó anulada por el espontáneo comentario de su suegra:

—¡Helen, querida, estás preciosa!

Los ojos de todos los presentes se dirigieron hacia el sofá, impenetrables los de Ashley, apreciativos los de los otros dos hombres. Edgar se apresuró a acercarse a ella y, con una reverencia, le tomó la mano que ella no había extendido y besó la punta de sus dedos, reteniéndola unos segundos más de lo necesario antes de soltarla.

—Encantado de reencontrarte aquí, Helen.

—Yo también me alegro de volver a verte —murmuró una Helen confusa y muy consciente de haberse ruborizado.

Solo había visto antes a su cuñado, cuyo regimiento estaba apostado fuera de Londres, en el desayuno de bodas y, entre las múltiples y fugaces impresiones que guardaba de aquel día

desolador, estaba la de un joven muy apuesto, incluso para los estándares de los Cadoux. Seguía siéndolo, pero lo que no había percibido entonces y la desconcertaba ahora era su fuerte atractivo sexual. Edgar exudaba masculinidad. Era una versión corregida y mejorada de su hermano mayor, con un cuerpo atlético y un rostro en el que los mejores rasgos del de Ashley se repetían, ganando en armonía aunque perdiendo en complejidad. No había atisbo de espiritualidad en Edgar, era un animal joven y sano, diseñado para disfrutar. Sin el menor intento de reanudar la conversación que había estado manteniendo con su padre, se sentó en una silla junto a Helen y su madre y las entretuvo con los últimos cotilleos de la buena sociedad. Cuando anunciaron la cena, se puso en pie y, sin dudarle, ofreció su brazo a Helen. Ella lanzó una mirada subrepticia a Ashley, pero este, sin mirarla, ofreció su brazo a lady Maynard. Helen pasó la mano bajo el de Edgar y se dejó conducir al comedor.

Las convenciones obligaban a Helen a sentarse a la derecha de lord Maynard, lo que había convertido todas sus cenas anteriores en una tortura silenciosa. Esa noche, sin embargo, Edgar se sentó a su otro lado y la divirtió con su charla, solo a veces interrumpida por los ácidos comentarios de lord Maynard criticando a los miembros de la alta sociedad que este mencionaba. Helen casi sintió que llegara el momento en que las damas se retiraban; le parecía que, por unas horas, se le había abierto una ventana hacia un mundo que ya creía perdido.

Solo Ashley apareció en la sala antes de que trajeran la bandeja del té. Se sentó a leer el periódico junto al fuego y anunció que su padre y su hermano estaban jugando al billar. Lady Maynard suspiró con una mezcla de consternación y alivio.

—Sé que no es muy correcto por parte de Edgar, siendo la primera noche que pasa en casa, pero querido, no puedo menos que pensar que todo ha ido razonablemente bien.

—Edgar puede ser encantador cuando está de buen humor.

—¿Crees que habrá ganado en las carreras? —preguntó lady Maynard, esperanzada—. Eso le tendría de buen humor durante días, y también a tu padre. Lo único que hace que se enfade con Edgar es tener que pagar sus deudas.

—Dudo que Edgar se dejara caer por aquí si tuviera los bolsillos repletos. Creo que su comportamiento de hoy se debe más bien a su deseo de agradecer a Helen.

La conversación quedó interrumpida por lord Maynard y su hijo, que entraron pidiendo té, pero cuando Helen se acercó a lady Maynard para ayudarla a servirlo, su suegra la miró con preocupación y susurró:

—¡Oh, Helen, querida! ¿Tendrás cuidado, verdad?

Por su tono parecía que lady Maynard hubiera visto a su nuera acariciando a un tigre. Helen sonrió sin contestar, porque Edgar se acercaba a recoger su taza.

—Yo la llevaré, Helen —dijo, malinterpretando la advertencia de su madre—. Son las tazas preferidas de mi madre, si rompes una caerás en desgracia para siempre.

Tanto él como su padre parecían de muy buen humor y el resto de la velada, hasta que las damas se retiraron, estuvieron discutiendo los méritos y defectos de la última camada de la perra de caza favorita de lord Maynard.

Capítulo IX

Helen levantó la vista de la acuarela en que estaba trabajando, sobresaltada por los gritos de Anthony. El chiquillo apareció unos segundos después y ella solo tuvo que verle la cara para tranquilizarse: era evidente que traía buenas noticias.

—¡Helen, ven! ¡Corre, deja eso, ven!

La agarró de la mano y tiró de ella, obligándola a seguirle, hasta llegar a la entrada de las caballerizas, donde se habían concentrado, no solo los mozos de cuadra, sino también todos los varones de la familia, admirando dos magníficos caballos, un pura sangre de gran alzada, negro como la noche, y una yegua de raza árabe y color castaño. Con una exclamación de alegría, Helen corrió hacia ellos, rodeando sus cuellos con los brazos. Los dos animales frotaron sus cabezas contra ella, relinchando suavemente.

—¡Cómo la reconocen, señorita! —dijo el mozo que los llevaba del ronzal—. Se nota que la han echado de menos.

—Y yo a ellos, Simpson —respondió Helen—. ¿Cómo ha dejado a todos en casa?

—Todos bien, señorita Helen. Su padre me ordenó que me quedara aquí hasta que los animales se familiarizaran con su nueva casa. Ya sabe que South no suele querer tratos con extraños.

Como para corroborar sus palabras, el purasangre relinchó apartándose de Edgar, que se había acercado para acariciarle.

—¿Este caballo es tuyo, Helen? —preguntó incrédulo—. Es un caballo de caza, no el más adecuado para una dama.

—Los dos son míos. Y sí, South es un caballo de caza, pero te equivocas al decir que no es adecuado para una dama, conmigo es muy dócil. Claro que lo tengo desde que era un potrillo, y he participado en todo el proceso de doma.

Lord Maynard y Edgar la contemplaron con desaprobación. Ashley, unos pasos más atrás, esbozó media sonrisa.

—En cualquier caso, un caballo así está desperdiciado en una mujer. Te buscaremos un caballo de paseo —decidió lord Maynard.

—Gracias, pero prefiero a South. Es posible que conmigo esté desaprovechado, pero es un regalo de mi abuelo y pretendo conservarlo. Además, usted dijo que no tenían caballos adecuados para una dama, y South está acostumbrado a mí.

Lord Maynard enrojeció y dio un paso hacia ella. Sin dudarle, Simpson avanzó para interponerse. Lord Maynard hizo un visible esfuerzo por controlarse. Cuando habló de nuevo, las palabras parecían salir a la fuerza por entre sus dientes apretados:

—Si es un regalo de tu abuelo, por supuesto, debes quedártelo. Solo Dios sabe cómo puede

ocurrírsele a un hombre en sus cabales regalar semejante ejemplar a una muchacha. Solo espero que no te cause problemas.

Con estas palabras, dio media vuelta y se alejó hacia la casa. Edgar miró a Helen unos segundos en silencio y luego le siguió.

—Enhorabuena. Has ganado la primera batalla... pero no bajas la guardia, aún no has ganado la guerra.

Se sorprendió al ver que Ashley se había situado junto a ella, acariciando a Flame, que lo aceptaba con tranquilidad.

—¡No puede quedarse con South, es mi propiedad personal! Según las estipulaciones matrimoniales, mis bienes y objetos personales son de mi exclusiva propiedad y puedo decidir libremente sobre ellos.

—Conoces bien las condiciones de nuestro acuerdo matrimonial.

—Papá me las leyó —Helen creyó advertir repulsa en el comentario de su marido y añadió, irguiendo la cabeza con orgullo—. No me importa si entender de asuntos económicos no es propio de una dama, soy hija y nieta de tenderos y no me avergüenzo de ello.

—No lo hagas, creo que has ganado mucho con ello. Y yo también, necesito una esposa con la cabeza sobre los hombros, dado que yo no la tengo.

Helen le miró con desconfianza, pero no pudo detectar ironía en sus palabras. Aparentemente al menos, su marido valoraba que tuviera capacidad para los negocios. Eso le convertía en una rareza; ni siquiera a su padre acababa de gustarle su interés por ellos; solo su abuelo se había preocupado por hacerle entender cómo funcionaba la bolsa de valores y explicarle conceptos financieros básicos.

La cena de aquella noche fue muy diferente a la del día anterior. Lord Maynard disimulaba con dificultad su enfado y, aunque no fue insolente con Helen, su mujer y su primogénito no se libraron de injurias más o menos solapadas. Ni siquiera Edgar, su favorito, quedó a salvo de sus mordaces comentarios, y al final de la cena él también parecía a punto de estallar. Las dos señoras se retiraron a la sala cruzando una mirada de angustia antes de salir: las dos sospechaban que, de plantearse una confrontación, la primera víctima de la misma sería Ashley. Este, sin embargo, parecía indiferente al peligro que corría; cuando cruzaban el umbral le vieron alargar la mano hacia la fuente de nueces y partir una de ellas con concentrada atención.

No tardó mucho en caer la tormenta sobre él. En cuanto se retiraron también los criados, lord Maynard se sirvió oportuno y lo apuró de un trago, dejó la copa en la mesa y anunció:

—Ese purasangre es totalmente inadecuado para una mujer, Ashley, es demasiado grande, demasiado vigoroso. Es un peligro. Supongo que harás algo al respecto.

—Lo he hecho ya, señor.

—¡Ah! —exclamó lord Maynard con aprobación—. Bien, muchacho, bien. Supongo que querrás deshacerte de él. Puedo ocuparme de que se venda en Tattersall's.

—Sería una lástima malvenderlo —intervino apresuradamente Edgar—. Y absurdo, señor, cuando ayer le decía que necesito una nueva montura. Thunder tiene ya veinte años y se le notan. Helen podría quedarse con él.

—Esa es una solución excelente —asintió lord Maynard—. Edgar se llevará a South y Helen puede quedarse con Thunder. Es mayor, pero tiene energía más que de sobra para pasear a una jovencita.

—Creo que no me hecho entender —respondió Ashley—: Helen va a quedarse sus dos caballos.

—Pero... dijiste...

—Dije que había tomado las medidas necesarias para asegurarme de que mi esposa no correrá peligro. Esta misma tarde ha estado montando a South en el prado; he podido asegurarme de que es una amazona excelente y con un dominio completo del animal. Además, South ha sido especialmente entrenado, desde el principio, para la silla lateral, en tanto que Thunder jamás la ha llevado y es demasiado viejo para acostumbrarse a ella.

Lord Maynard miró a su hijo con una mezcla de odio y desprecio. La mano que tenía sobre la mesa aferró la servilleta con fuerza. La soltó y dio un puñetazo en la mesa.

—¡Ya he escuchado suficientes tonterías! —explotó—. Tú te has asegurado de que no corre peligro. Tú juzgas que es una amazona excelente. Tú, que apenas eres capaz de mantenerte sobre la silla de un penco castrado. Le dirás a tu mujer que debe prescindir de ese caballo, Edgar puede darle mejor uso.

—Siento disgustarle, señor, pero no voy a hacerlo.

El asombro dejó paralizado a su padre. El rojo subido de su tez fue decayendo lentamente, hasta llegar a su color habitual. Aún permaneció en silencio unos segundos, asimilando la inesperada insubordinación.

—De acuerdo —masculló, sentándose de nuevo—. Si tan empeñado estás en darle gusto a tu esposa, que se quede con el caballo. Supongo que también ella hace sus esfuerzos por darte gusto a ti.

El tono y el gesto daban al comentario un tono insolentemente procaz. Ashley se limitó a sonreír y levantar la copa hacia su padre, celebrando el entendimiento alcanzado. Esto hizo enrojecer de nuevo al anciano, pero no tuvo tiempo de expresar su indignación antes de que Ashley dejara la copa en la mesa y se despidiera, alegando que tenía que revisar una conferencia que debía leer ante la Royal Society. Los otros dos hombres le vieron salir en medio de un espeso silencio que se prolongó mientras Edgar cogía una copa limpia del aparador, la llenaba para su padre y rellenaba la suya. Bebieron en medio de un silencio que rompió Edgar para comentar:

—Las cosas han cambiado mucho en Maynard Hall desde la última vez que estuve. Recuerdo que antes su palabra era ley, señor, pero parece que ahora es la hija del tendero la que lleva la batuta.

—Calla, estúpido —casi escupió su padre—, no entiendes cómo están las cosas.

—Es cierto, no lo entiendo... ¿Cómo están?

—¿Cómo están? ¿Cómo están? Tú precisamente deberías saberlo mejor que nadie. ¡Siempre que apareces por aquí es para pedirme dinero! Estamos arruinados, ¿entiendes? ¡Arruinados! ¡Todas nuestras propiedades están hipotecadas, y en todas ellas estoy retrasado en los pagos! Lo único que ha detenido a nuestros acreedores ha sido el matrimonio de Ashley, si no ya nos habrían sacado de esta casa y yo estaría en la cárcel por deudas.

Edgar se sobresaltó. Creía conocer el desastroso estado de las finanzas de su padre, pero la mención a una hipoteca sobre Maynard Hall le dejó impresionado: Maynard Hall y las tres granjas que de ella dependían eran propiedades vinculadas, según lo dispuesto por el tercer vizconde debían pasar de padre a hijo sin cargas. Para conseguir hipotecarlas su padre tenía que haber ocultado este hecho y se vería en problemas si se descubría.

—¿El dinero de la dote no ha sido suficiente para tapar los agujeros? —preguntó—. Cien mil libras es una cantidad apreciable.

—¡Cien mil libras! —se exasperó Maynard—. ¡Menuda estafa! El maldito dinero está atado

de tal forma que solo es posible disponer de los intereses. El capital es intocable, sería para Helen, si se quedase viuda, y luego para sus hijos. Ese es el resultado de entrar en tratos con comerciantes, llevan las de ganar siempre.

—Esperemos que nuestros acreedores no se enteren de esas disposiciones.

—¡Bah! A nuestros acreedores no les importan esas cien mil libras. Esas sanguijuelas saben que hay mucho más. El verdadero botín es la herencia del abuelo.

—¿La herencia del abuelo?

—Del abuelo materno. El viejo es un magnate de la industria, no se vende por menos de un millón de libras.

—¡Un millón de libras!

—Y todas irán a parar a Helen, es su única nieta, hija de su única hija. ¿Comprendes ahora por qué hay que aguantar? Si espanto a la chica ahora y se queja a su abuelo, el viejo puede cambiar su testamento y dejar el dinero amarrado de una forma tan infernal como lo dispuso en la dote. Cuando él muera y me haga con su fortuna ya tendré tiempo de atar corto a esa arpía.

—Hay un detalle que parece olvidar, señor: la fortuna del burgués pasa a manos de Ashley, no a las tuyas.

—¿Qué diferencia hay? Ashley hará lo que yo le diga. Él no entiende de finanzas, ni le interesan.

—Nuestro dulce Ashley está cambiando —señaló Edgar, pensativo—. Parece que ahora hay alguien más diciéndole lo que debe hacer.

—¿Helen? —se burló Maynard—. Puede que ahora le tenga atrapado con sus encantos, pero esas cosas no duran, y menos con un pez frío como tu hermano. Dentro de unos meses habrá vuelto a sus estudios y se olvidará de que está casado.

—Dentro de unos meses los encantos de Helen pueden haber dado frutos irrevocables —insistió Edgar—, y eso arruinaría mis expectativas.

—¿Temes que Helen nos sorprenda con un bebé? —Maynard soltó una carcajada—. Imposible. Ese inútil no sirve ni para eso. Lo sé, maldita sea, intenté ser un padre como es debido con él. Lo llevé a los dieciocho años al mejor burdel de Londres y le pagué una noche con la chica más deseable que tenían. No lo conseguí, Edgar, una noche entera y no conseguí follársela ni una vez.

—Ahora puede probar todas las noches.

—No lo hace. ¿Crees que no me entero de lo que pasa en mi casa? Ashley no la visita en su dormitorio sino un par de veces por semana, y no dura ni cinco minutos en él. Es posible que le deje manosearle las tetas, pero eso es todo lo que consigue con ella, te lo aseguro. Si hubiera pensado que había riesgo, jamás hubiera consentido esa boda. No estoy dispuesto a que herede el título el hijo de un tullido y una tendera.

Edgar no dijo nada más, pero mantuvo un silencio sombrío mientras su padre se divertía ridiculizando los posibles intentos amorosos de su primogénito. Cuando ambos se retiraron a sus habitaciones, la licorera había sido rellenada dos veces más.

Fue un Edgar malhumorado y de ojos pesados el que bajó a desayunar al día siguiente. No encontró a nadie a la mesa y, tras dar cuenta en soledad de un desayuno sustancioso, se encaminó hacia las cuadras pensando que un paseo le libraría de los restos de la resaca. Había venido en un coche de alquiler, así que ordenó que le ensillaran uno de los caballos de su padre y, mientras esperaba, se acodó en una de las vallas que acotaban el picadero rumiando sus problemas. Estos no eran solo económicos, aunque esos fueran los más acuciantes. Tenía cada vez más claro que

el ejército, con sus rigores y su disciplina, no era el sitio ideal para él. Deseaba abandonarlo pero, ¿qué otra cosa podía hacer un segundón de buena familia como él? La marina le atraía aún menos que el ejército, pasar meses y meses encerrado en un barco en el mar, sin mujeres ni caballos, se acercaba mucho a su idea del infierno. Y en cuanto a la iglesia... No pudo menos que sonreír para sí. No, Edgar Cadoux no era hombre de iglesia. Ashley probablemente sí. Ashley no debía haber sido el primogénito. Ashley, con ese pie zopo de los Gordon que su madre había traído a la familia, no debía ser el próximo vizconde Maynard, no debía dársele la oportunidad de pasar su lacra a un hijo. Su enfado iba en aumento, los puños se le habían cerrado sin que se diera cuenta. Oyó un silbido cercano y vio a Anthony cruzar frente a él, de vuelta del bosque, con un bulto entre las manos.

—¿Qué haces aquí?

—Nada —respondió Anthony, reticente.

—¿Qué es eso que llevas?

—Nada —repitió Anthony, batiéndose en retirada.

Edgar extendió el brazo y le agarró por el cuello de la camisa, arrastrándolo hacia él. Como de costumbre, la sensación de poder le puso de mejor humor. Le arrancó de las manos el saco que llevaba y lo abrió para investigar su contenido. Una cría de zorro ya crecida, de unos cinco o seis meses, le mordió un dedo y saltó fuera, perdiéndose en la maleza. Edgar soltó una maldición y arrojó el saco vacío tras el animal.

—¡Mira lo que has hecho, se ha escapado por tu culpa!

—¡Me ha mordido! Maldito animal, seguro que tenía la rabia.

—¡Ojalá que la tenga!

Edgar agarró a su hermano por los hombros y lo sacudió con fuerza. Anthony lo soportó sin quejarse, lo que le enfureció aún más y, fuera de control, le golpeó contra la valla de madera. Dos mozos de cuadra que habían salido atraídos por los gritos corrieron hacia él y le sujetaron por detrás. Él intentó quitárselos de encima sin soltar a Anthony.

—¡Por favor, señorito Edgar, va a matarlo!

Edgar sintió que Anthony era un peso muerto en sus manos. El chiquillo había perdido el conocimiento. Sereno de repente, lo dejó en manos de uno de los mozos de cuadras y sacó del bolsillo un pañuelo con el que envolvió el dedo herido.

—Llévalo a la casa.

Al darse la vuelta para ir a por la montura ya ensillada, vio a Helen que, de vuelta de su paseo y aún a caballo, había contemplado la escena. Tenía la cara crispada por una expresión en la que se mezclaba el horror con un profundo desprecio. La odió por eso.

Capítulo X

Pasaron las semanas y llegó el otoño. Los brezales se cubrieron de flor y la perdieron, los álamos de ribera se vistieron de amarillo y luego de marrón. Con la llegada de las monturas, los paseos por la mañana con John Rayton se habían hecho casi cotidianos. Los dos jóvenes descubrieron que tenían el mismo interés por la literatura y, especialmente, por la poesía romántica. Helen sabía escuchar y John acabó hablándole de sus propios intentos como autor, que sus padres no aprobaban. Empezaron a intercalar en los paseos a caballo largas caminatas a pie, en las que el mozo de cuadras que les escoltaba les seguía con los animales mientras ellos discutían interminablemente sus obras favoritas. Como resultado, los ratos que pasaba dibujando en el jardín se redujeron, y a veces Helen volvía a la casa con el tiempo justo de cambiarse y unirse a lady Maynard para el almuerzo. El único miembro de la familia Cadoux que pareció preocupado por esta intimidad fue lord Maynard, cuyas referencias a los «estúpidos botarates que dejan que un cuco les ponga un huevo en el nido» iban haciéndose cada vez más frecuentes y menos veladas, y quizá hubiera provocado una situación desagradable si al llegar octubre John no se hubiera visto obligado a volver a Oxford para continuar sus estudios, con lo que Helen tuvo que pasear con la única compañía del mozo de cuadras u, ocasionalmente, la de Anthony. Edgar se embarcó hacia el continente para incorporarse al tercer regimiento de dragones, lo que no mejoró el humor de su padre. Afortunadamente, la temporada del faisán y la becada dio comienzo, y eso hizo que este pasara la mayor parte del día cazando en sus tierras. Más tarde, en noviembre, dio comienzo la caza del zorro y lord Maynard fue invitado por sir Hector Edgworth a cazar con la jauría de Holcombe. El día en que se ausentó, Anthony propuso a Helen hacer una excursión a caballo hasta la zona, en la ribera del Ribble, en la que unas graveras abandonadas habían creado un rosario de charcas donde abundaban las aves. «Para celebrar», añadió, sin más explicaciones. Aun así, todos le comprendieron perfectamente y, aunque lady Maynard esbozó un reproche, lo hizo sin ninguna convicción. Al contrario, expresó su deseo de acompañarlos en su carruaje.

—¡Oh, no, madre! —exclamó Anthony—. Si vienes tú, Helen querrá ir contigo en el coche y yo cabalgaré solo.

Helen calló. Le apetecía mucho más hacer el paseo a caballo que encerrada en el carruaje de su suegra, pero la más elemental cortesía la obligaba a acompañarla. Ashley levantó la mirada del periódico que leía y la miró gravemente.

—Sería mejor que Helen cabalgase —dijo—. Si vamos tres en el coche, uno de nosotros deberá ir de espaldas al camino y se perderá las vistas.

—¿Tú también vienes, Ashley? Entonces ya no será una aventura de Helen y mía —se quejó Anthony.

—Vosotros podéis salir de mañana y explorar las charcas antes de que lleguemos, sabes que nuestra madre no se pondrá en marcha antes del mediodía. Piensa en las ventajas, hermano: en el carruaje podemos llevar mucha más comida.

—¡Un almuerzo familiar en el campo! ¡Hace siglos que no lo hacemos! —exclamó Anthony, reconciliado con la ampliación del grupo.

—¿Hemos hecho alguno y yo lo he olvidado? —preguntó Ashley a su madre, enarcando una ceja.

—Querido —dijo lady Maynard con tono de excusa—, ya sabes que a tu padre no le divierten los niños...

—No, son demasiado inteligentes para él.

—¿Cómo? —preguntó lady Maynard, confusa.

—Que prefiere tratar con caballos y con perros.

La mañana de la excursión era despejada y fría. Anthony y Helen desayunaron temprano y salieron inmediatamente después, acompañados por uno de los mozos. A mediodía, lady Maynard terminó de llenar de almohadas, mantas y vituallas el carruaje y pidió ladrillos calientes para sus pies y los de Ashley, que rechazó impaciente el suyo. Para cuando subió finalmente al coche, Anthony y Helen hacía tiempo que habían llegado a su destino y Tony, incapaz de esperar, convenció a Helen de que dejaran a los caballos con el mozo que los acompañaba y recorrieran las charcas juntos.

—Mi madre no se moverá de este prado, no le gusta caminar por sitios húmedos —arguyó—. Y a Ashley, habiendo pájaros, le sobramos las personas.

—Pero yo debería quedarme a recibir a tu madre —dudó Helen.

—¡Qué va! Ella se entretendrá preparando la comida. Edna puede ayudarla, no te necesita. Ven, yo te llevo la bolsa de las pinturas.

La visión de una focha que alzaba el vuelo desde la charca más cercana la decidió. Siguió a Anthony, que se movía con gran seguridad en aquel terreno engañoso, y se internaron entre los carrizos. Aunque el muchacho procuraba abrirle paso, el vestido de amazona de Helen no era lo más adecuado para caminar por un estrecho sendero embarrado e invadido por la vegetación. Apenas cien metros más allá un largo desgarrón en las enaguas le hizo desistir.

—No puedo seguir avanzando, Tony, voy a hacer jirones la ropa. Vuelvo al prado.

—¡No, no lo hagas! Solo unos pocos pasos más y llegamos a la orilla. Hay una roca en la que te podrás sentar y se ve casi toda la charca.

Helen se dejó convencer y le siguió. Era cierto, poco más allá llegaba a la orilla de la charca y a la roca prometida. Anthony la ayudó a acomodarse en ella y luego la dejó, prometiendo volver en un rato. Helen le vio alejarse con una sonrisa. Anthony le recordaba a su hermano Harry, por lo que le era muy fácil sentir afecto y entenderse con él. Ahora que John se había marchado, era también el único ser humano con quien podía hablar sin reservas.

John. Sus ojos se nublaron al recordarle. Le echaba tanto en falta. Si al menos pudiera escribirle... No creía que a Ashley le importara, pero lord Maynard recibía y repartía toda la correspondencia que llegaba a Maynard Hall y seguro que montaría en cólera. Se sintió enjaulada. Los Cadoux la tenían secuestrada y prisionera, le negaban incluso el consuelo de una amistad. Intentó no imaginar qué habría pasado si le hubiera conocido en Londres la pasada temporada, si hubiera sido él quien que hubiera pedido su mano. Podría ahora ser su esposa, vivir en Rayton Place con su madre, tan serena y cariñosa, y sir Edward. Se secó las lágrimas con las

manos y se obligó a volver a la realidad. Por muy amable que fuera sir Edward, difícilmente hubiera consentido una boda entre su heredero y una burguesa, cuando John apenas había cumplido los veintidós años. «John no es Ashley», se recordó a sí misma con tristeza, «sus padres le adoran, no le dejarían casarse con una plebeya, ni siquiera con una rica».

Un aleteo vino a distraerla de sus amargos pensamientos. Un porrón moñudo había aterrizado en la orilla opuesta y se peinaba las alas, sin importarle su presencia. Helen abrió su cuaderno y empezó a dibujar rápidamente. Llenó la página de esbozos del ave en distintas posturas características. Cuando echó a volar, sacó las acuarelas y dio color a los dibujos mientras aún estaban frescos en su memoria todos los detalles: la forma de la blanca mancha dorsal, el brillante negro de su lomo y cabeza, el absurdo mechón de plumas que le daba el nombre y los ojos como translúcidos topacios. Cuatro líneas más y los patos quedaron situados en su entorno de carrizos y agua. Un ruido a la derecha la interrumpió antes de terminar; al volver la vista hacia allá tuvo que contenerse para no soltar una exclamación de sorpresa: una corza y sus dos crías de esa primavera se habían acercado a beber a la charca. Helen pasó rápidamente la hoja y dibujó a toda página el grupo familiar. Estaba tan concentrada en su trabajo que no oyó llegar a su marido por el sendero. Viéndola ocupada, Ashley no la llamó, sino que avanzó trabajosamente hasta quedar tras ella. Allí contempló en silencio cómo esbozaba y luego daba color, los ojos más fijos en sus modelos que en el papel, hasta que los animales se fueron. Solo entonces Helen se relajó y se detuvo a enjuiciar el resultado.

—Es muy bueno —dijo Ashley.

Helen se sobresaltó y dejó caer el pocillo de agua que tenía en el regazo. Hizo instintivamente el gesto de cerrar el cuaderno, pero Ashley la detuvo.

—No, por favor. Déjame verlo.

Se sentó a su lado y tomó la libreta de sus manos, observando minuciosamente el esbozo de los corzos. Luego, fue pasando hacia atrás las hojas, estudiando con la misma atención cada uno de los apuntes. El pato moñudo, el brezo en flor, el gato de la cocinera, distintas vistas del parque de Maynard Hall, South al galope, Flame asomando por la puerta de su cuadra. La semana en que había estado lloviendo todo el día eran retratos los que llenaban las páginas, lady Maynard, Anthony dormido sobre su libro, el propio Ashley sentado, mirando el fuego. Luego, otra vez escenas de exterior. John a caballo saltando una cerca, John sentado contra un roble en un prado seco, una ardilla, una rama de membrillero cargada de fruto. Y, por fin, el dibujo con que había iniciado el cuaderno, el que hizo el segundo día después de llegar: una feroz caricatura de lord Maynard sentado a la mesa y vaciando glotonamente su copa. Ashley se detuvo en ella largo rato con rostro inexpresivo y repitió:

—Es muy buena.

Cerró el cuaderno y se lo devolvió a su dueña. La ayudó a recoger sus útiles de dibujo y luego se levantó con cierta dificultad y, apoyado en el bastón con una mano, le ofreció la otra para ayudarla a ella.

—¿Vamos? —propuso—. Mi madre nos está esperando con la comida. Hay para alimentar a un regimiento.

Caminaron en fila india, Ashley abriendo la marcha, de vuelta al prado. Su ritmo era lento y cada pocos pasos debían detenerse para desenredar las faldas de Helen o su sombrero de las cañas. Cuando llegaron al lugar donde lady Maynard había dispuesto la comida, esta, que les esperaba cómodamente instalada en una nube de almohadones y mantas, miró a Helen con horror. Solo entonces fue ella consciente de que su aspecto debía de ser deplorable, con el

sombrero torcido y el cabello revuelto, la cara, las manos y todo el vestido embarrados y los bajos de la falda y las enaguas rotos.

—¡Helen! ¿Qué te ha ocurrido, hija mía? —Helen apenas había empezado a balbucear disculpas cuando las siguientes palabras de lady Maynard concretaron la razón de su preocupación—: ¡Tienes sangre en la cara!

—Es solo un arañazo, madre —la tranquilizó Ashley—. Ven, Helen, te la limpiaré.

Cogió una de las jarras que había sobre la manta y empapó en agua su pañuelo. Con suma delicadeza, limpió la cara de Helen de barro y sangre, retirando con cuidado los mechones pegados a la frente. A Helen le perturbó el contacto de los dedos firmes pero leves de su esposo, que apenas rozaban su piel. Le recordaban muy vívidamente el paso de su cuerpo sobre el suyo por las noches, la fugaz pero completa invasión de su ser. En un estallido de repentina comprensión, Helen adivinó que lo que había interpretado como frialdad era deferencia: Ashley la tomaba como la brisa cruza las copas de los árboles, queriendo ser olvidado tras su paso, intentando dejarla incólume. Levantó la mirada hacia él y, por un momento, se le detuvo el corazón: el rostro de su esposo reflejaba una ternura inmensa e inesperada. Fue solo un instante y al siguiente la expresión se desvaneció y Ashley la miró a su vez, con una sonrisa tranquila y amable que hizo inverosímil lo que creía haber visto. Helen dejó que el aire, que había retenido en los pulmones sin darse cuenta, escapara en un suspiro.

—¿Estás segura de encontrarte bien?

La pregunta de lady Maynard, que la observaba ansiosa, la sacó de su estupor. Sonrió y se sentó junto a ella. En un arranque de afecto que las sorprendió a ambas, la besó y le aseguró que estaba muy bien, solo cansada. La felicidad que reflejó el rostro de su suegra ante su gesto de cariño la hizo sentirse culpable por haber deseado a Sarah Rayton como madre política. Era fácil ser una mujer ecuánime y optimista estando casada con sir Edward, y casi imposible serlo cuando se compartía la vida con lord Maynard.

Anthony apareció por el sendero, deshaciendo la intimidad del momento con sus gritos de satisfacción ante el despliegue de comida. Traía los bolsillos llenos de huevos y, en las manos, una rana verde que exhibió ante Ashley con la charla de un tratante de ganado. Su madre, con una energía poco habitual, le ordenó que soltara al animal y se lavara las manos. Anthony obedeció a medias, encerrando a la rana en una de las cestas que habían contenido alimentos y frotándose las manos vigorosamente en el pantalón. Solo la amenaza de quedarse en ayunas le convenció de usar agua y jabón.

—Hay dos charcas más, además de la primera —anunció al sentarse—. Quería dar la vuelta completa a todas ellas, pero me entró hambre.

—¿Cómo son? —preguntó Ashley—. ¿Te parecieron profundas? ¿Alguna tiene islotes?

—Son bastante parecidas a la primera, pero en una de ellas había una especie de playa embarrada, llena de pájaros que picaban en el limo. Uno de ellos muy raro, Ashley, te hubiera gustado verlo: Le salía de la cabeza una cresta de plumas, como a los pieles rojas, y era de un verde muy bonito por arriba...

—Un avefría —le interrumpió Helen.

A la vez que hablaba, abrió la bolsa en que llevaba sus pinturas y extrajo otro de sus cuadernos. Pasó rápidamente las hojas hasta llegar a una de ellas, que mostró a Anthony. Mostraba, en el suelo cubierto de hierba seca, un nido de avefría con cuatro huevos moteados. Uno de ellos estaba ya roto, y el polluelo que lo había ocupado se acurrucaba junto a él. La madre estaba a dos pasos, contemplándolo. Un bello dibujo, mucho más elaborado que los

apuntes de campo de la primera libreta, que hizo que Ashley, que se había inclinado a verlo, lanzara una exclamación de sorpresa y admiración. Anthony, con mucha menor vehemencia, reconoció el pájaro que les había estado describiendo y siguió hablando, pero había perdido la atención de Ashley, que pasaba una a una las hojas del cuaderno con intensa concentración. Al final Anthony renunció a su relato y se limitó a mirar los dibujos que su hermano iba pasando por encima de su hombro, haciendo comentarios.

—Esta también estaba.

—Una agachadiza —identificó Ashley, alzando la mirada hacia Helen, como si pidiera confirmación.

—Y esta también.

—Un correlimos blanco.

La expresión de Ashley seguía siendo seria, casi grave, y Helen tuvo la impresión de estar pasando un examen. Había creído adivinar que él admiraba su habilidad en el dibujo, pero era incapaz de decidir si su interés por las aves le parecía igualmente admirable o una rareza poco femenina. Se reprochó el que su orgullo por su trabajo le hubiera llevado a sacar el segundo cuaderno; sabía que esos dibujos no eran las acuarelas de intención artística que se esperaba de una joven dama, sino que evidenciaban a la naturalista. Eran el fruto de sus excursiones con el último de sus preceptores, un vicario de Mánchester estudioso de la Historia Natural que, como muestra de gratitud hacia un feligrés excepcionalmente generoso, había aceptado dar clases a su nieta y acabado trabando una buena amistad con ella. Hubiera debido regalarle a él el cuaderno, o al menos, dejarlo, como los anteriores, en casa del abuelo; sabía que su padre reprobaba con todo su ser cualquier comportamiento o interés suyo que la apartara de la norma de conducta para una joven de la nobleza, y que pudiera exponerla al ridículo o el rechazo de la buena sociedad en la que él deseaba introducirla; no tenía razones para suponer que los Cadoux fueran más liberales.

—¿No quiere un poco más de la tarta? —preguntó a su suegra, intentando al menos apartar la atención de esta de los dibujos—. Está deliciosa.

—Gracias, hija, solo un poco más. —Lady Maynard miró alrededor con satisfacción antes de añadir—. Me encantan estas comidas informales en que puede una prescindir de criados y es todo tan sencillo y natural.

Helen disimuló una sonrisa. La comida había sido preparada por una cocinera y tres o cuatro pinches, trasladada en un carruaje con cochero y dos lacayos, y dispuesta por estos y por Edna sobre la manta en la que se sentaban. Era cierto que los cuatro últimos mencionados, por indicación de su señora, esperaban ahora a respetuosa distancia, pero le hacía gracia que esta no pareciera darse cuenta de hasta qué punto dependía de sus servicios.

—¡Yo he terminado! —dijo Anthony, poniéndose en pie de un salto—. Voy a seguir explorando.

—Voy contigo —anunció Ashley.

—Ashley, querido, ¿no crees que ya has forzado demasiado tu pie?

—¡Madre! —rechazó Anthony—. Ashley aguanta mucho más de lo que crees. El viernes me llevó con él al páramo y estuvimos caminando más de seis horas.

—¿Fuisteis solos? Eso es correr mucho riesgo, si...

—¡Madre! —exclamaron a coro los dos hermanos.

—No hay razón para que se preocupe, señora —aseguró Ashley, poniendo la mano sobre el hombro de Anthony—. Yo cuidaré del pequeñín.

El «pequeñín» le saltó encima, amagando un puñetazo en el estómago de su hermano mayor. Este le agarró por el cuello de la camisa y le separó toda la distancia de su brazo, dejando que golpeará al aire. Los dos reían mientras su madre, a medias risueña, a medias escandalizada, les llamaba al orden. Era una escena familiar muy distinta a las que los Cadoux tenían acostumbrada a Helen. Era evidente que los hermanos se querían y que Ashley, aparentemente seco y distante, ejercía sobre el menor una influencia no desdeñable. Las dos mujeres los vieron alejarse por entre los carrizos, aún discutiendo.

—Bueno, allá van —sonrió lady Maynard—. Quizá también podríamos dar un paseo tranquilo por el camino nosotras, cuando hayamos terminado de recoger todo esto.

Hizo un gesto con la mano que recorrió las fuentes con restos de comida distribuidas sobre la manta. Interpretándolo correctamente, Edna y los lacayos se acercaron a llevárselas.

Capítulo XI

A finales de noviembre, el otoño, que había sido especialmente benigno, dio paso bruscamente al invierno. Durante varios días se sucedieron las tormentas, dejando el terreno embarrado y peligroso. Lord Maynard se vio obligado a dejar de cazar y recorría la casa como animal enjaulado, con un humor de perros que pagaban indiscriminadamente su familia y la servidumbre. También Helen tuvo que renunciar a sus paseos a caballo y, lo que le resultó más duro, a salir a dibujar. Los días se le hacían eternos y, cuando recibió carta de su abuelo proponiéndole que fuera a visitarlo, no lo dudó un momento. Fue a buscar a su marido de inmediato pero, como solía suceder, no era posible encontrar a Ashley en ningún rincón de la casa. Tuvo que esperar a que subiera a vestirse para la cena y llamar a la puerta que comunicaba sus dormitorios. Ashley la abrió casi inmediatamente. Tras él, Helen pudo ver la expresión asombrada y curiosa de su ayuda de cámara. Sintió que se ruborizaba y, enfadada con él y consigo misma por ello, se irguió y dijo en voz más alta de lo necesario:

—He tenido carta de mi abuelo, Ashley. Querría que fuera a pasar con él unos días. ¿Crees que tu padre tendría inconveniente en que el coche me llevara a Mánchester?

—Lo hablaré con él —Ashley sonrió y añadió—: Es una invitación de lo más oportuna, llevas demasiado tiempo encerrada en casa. Con este tiempo tormentoso Maynard Hall no es un sitio agradable.

Helen le miró, sin tener claro si se refería solamente al tiempo. La sonrisa de Ashley se ensanchó, comprendiendo su duda, y ella se convenció de que había aludido al mal humor de su padre. Sonrió, hizo un gesto de asentimiento y se alejó de la puerta, dejando que fuera él quien la cerrara. Tardó unos segundos en hacerlo.

Esa misma noche, cuando las señoras se retiraron a la sala dejando a los dos caballeros sentados a la mesa frente al oporto, Ashley abordó el asunto.

—Helen se propone pasar unos días con su abuelo, señor. ¿Ve posible que el coche la lleve a Mánchester?

Su padre levantó la mirada del vaso de oporto que había estado contemplando cejijunto. Su expresión era extrañamente calculadora. Ashley había esperado una negativa fulminante y contaba con tener que discutir y negociar largo rato para vencerla. Le desconcertó su contención. No imaginaba que su padre había tenido esa negativa en la punta de la lengua, que la tenía todavía y deseaba expresarla con todas sus fuerzas. Pero del abuelo de Helen, de que le dejara a ella su herencia libre de trabas que le impidieran a él disponer libremente del dinero, dependía cada vez más que pudieran conservar Maynard Hall. Había que tenerlo contento, el viejo debía confiar en la buena voluntad de los Cadoux hacia su nieta. Si dudaba, el maldito burgués era capaz de dejarlo todo en fideicomiso.

—Puede cogerlo, si lo necesita —refunfuñó. Y, porque su derrota no fuera completa, añadió —: Supongo que el coche no podrá volver hasta el día siguiente. Te harás cargo de los gastos.
—Por supuesto.

No había esperado otra cosa. Lord Maynard reservaba el poco dinero del que disponía para sus propios caprichos, haciendo vivir al resto de la familia con una gran austeridad. De todos los hermanos, era Ashley el único que no dependía enteramente de su padre. No manejaba los intereses de la dote de su esposa, cuya administración se había arrogado Maynard, pero sí los de la pequeña herencia que había recibido de su abuela paterna. A lord Maynard le enfurecía que su madre hubiera legado a favor de Ashley y procuraba revertir esa injusticia haciendo pagar a este todos los gastos en que incurría y algunos de los que no le hubiera correspondido pagar, entre ellos, los libros de estudio de Anthony o algunos de los vestidos de lady Maynard.

No tenían mucho más que hablar y el humor de Maynard era peor que nunca después de haberse visto obligado a una concesión no deseada, así que su hijo se excusó y fue a reunirse con su madre y su esposa para anunciarle a esta que podía planificar su viaje sin obstáculos.

Dos días después, con las maletas preparadas en un rincón del dormitorio y previsión de salir al día siguiente en cuanto hubiera suficiente luz, Helen bajó a cenar de mucho mejor humor que los días precedentes. Las voces que discutían en la sala la hicieron detenerse. No le sorprendían, los gritos y descalificaciones eran moneda corriente con su suegro en casa, pero necesitaba hacer acopio de serenidad y valor para soportarlas. Encontró a su suegra sollozando en un sillón y a su suegro de pie ante la chimenea, rojo de ira y con los restos de un jarrón a sus pies. Su marido, de pie junto a la ventana, miraba a su padre con el rostro pálido como el papel y los labios sin sangre apretados. Que Maynard perdiera los estribos era habitual, que su hijo se le enfrentara abiertamente, por el contrario, era excepcional. El asunto debía ser grave.

—No cabe la discusión, hay que ir a recogerle —decía Ashley con voz queda pero firme.

—No voy a tirar mi dinero en mimar a un hombretón que puede perfectamente cuidar de sí mismo —respondió su padre.

Helen se sentó discretamente junto a lady Maynard, tomó su mano entre las suyas y susurró:

—¿Qué ocurre?

—Es Richard —respondió ella también en susurros—. Su barco ha llegado a Londres. Está malherido... y Maynard se niega a dejarme ir a por él. ¡Ni siquiera está dispuesto mandar el coche a buscarle!

Por lo que Helen recordaba, Richard, el tercero de los hermanos, tenía apenas dieciocho años. Difícilmente se le podía calificar de hombretón. Helen no lo conocía, pero sabía que era guardiamarina y estaba asignado a la fragata *Aeolus*, que patrullaba aguas canadienses. ¿Qué padre podría, sabiendo que su hijo estaba herido en Londres, negarse a ir a buscarlo? Lord Maynard, al parecer.

Los hombres seguían discutiendo, lord Maynard empeñado en que Richard podía perfectamente llegar a la casa paterna viajando por etapas en la diligencia y Ashley, cada vez más tenso, insistiendo en que, si no se le iba a recoger en el carruaje familiar, él pagaría de su bolsillo una silla de postas. Helen no pudo contener un gesto que era casi de dolor: su esposo había cometido un error grave. El orgullo de lord Maynard le impediría aceptar que su hijo se mostrara generoso donde él había sido avaro.

—Pero, Ashley, tu padre tiene toda la razón —intervino sin detenerse a pensarlo mejor—, es absurdo gastar un montón de dinero en traer a Richard en una silla de postas, cuando mi abuelo y yo viajaremos a Londres pasado mañana.

La discusión cesó de forma fulminante. Maynard la contempló atónito y Ashley, tras un instante de desconcierto, con un rostro completamente inexpresivo. Bien por él, no parecía que la fuera a desautorizar, al menos por el momento.

—¿Qué dices, muchacha? —preguntó lord Maynard.

—¿No se lo había dicho Ashley? Mi abuelo tiene que ir a Londres por negocios y me pidió que le acompañase. Gracias a su amabilidad —agradeció con una sonrisa radiante— voy a Mánchester mañana y desde ahí viajaremos en el coche de mi abuelo. No estaremos en Londres más de un par de días. Cuando volvamos podríamos traer a Richard con nosotros, hay sitio de sobra. Además, viajaría atendido por el médico personal de mi abuelo, que siempre le acompaña.

Mientras hablaba, apretó con fuerza la mano de lady Maynard y le dirigió una rápida mirada de aviso. Ella comprendió y reprimió a tiempo la exclamación de entusiasmo que le acudía a los labios.

—No me parece buena solución —dijo en cambio—, a Richard debe ir a recogerle su madre, eso es lo correcto.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señora —remachó Ashley—; es una idea bienintencionada pero absurda, Helen.

—¡Yo diré lo que es absurdo en esta casa! —saltó Maynard—. Y vosotros lo sois, no ella. Helen es la única con algo de sentido común. ¿Qué es más correcto que el que sea su nueva hermana la que, estando en Londres, se haga cargo del chico y lo traiga? No voy a escuchar más sobre este asunto, está ya decidido.

Tanto lady Maynard como Ashley intentaron protestar, regalando a lord Maynard la oportunidad de cubrirlos de improperios y burlas. Eso le puso de tan buen humor que ofreció su brazo a Helen para pasar al comedor y llegó a darle golpecitos en la mano asegurando que era una muchacha sensata. Durante la cena regaló a su familia con el recuento de todas las veces que él mismo, herido o enfermo, había soportado estoicamente el dolor para no causar trastorno a su familia y, al final de la misma, conmovido por su propia abnegación e irritado por el egoísmo de los suyos, decidió retirarse a la biblioteca con el oporto, dejando a Ashley solo en el comedor. No por mucho tiempo: cinco minutos más tarde Ashley entraba en la sala de estar de su madre, para encontrar a Helen dando a su suegra los detalles del viaje que podían tranquilizarla sobre el bienestar de Richard: la comodidad del moderno carruaje de su abuelo, la seguridad de que este mantenía caballos de reemplazo propios en las principales paradas de posta del trayecto a Londres y la destreza del médico que los acompañaría. Se sentó en una silla cercana a la ventana, algo apartado de ellas, y escuchó en silencio. Para cuando llegó la bandeja del té su madre estaba reconciliada con la idea de esperar a Richard en la casa. Cuando Helen le acercó una taza, Ashley comentó en voz baja:

—No sabía que tu abuelo pensara ir a Londres.

Helen vio la risa en sus ojos y se atrevió a responder la verdad.

—Él tampoco lo sabe.

Los dos rompieron en una carcajada espontánea. Ashley cogió la taza de té que ella le tendía.

—Gracias —dijo en voz alta. Los dos sabían que no era por el té.

Más tarde, ya en la cama y esperando, como cada noche, la posible visita de su marido, Helen reflexionó una vez más sobre sus dos existencias paralelas e irreconciliables: durante el día, su relación con su esposo empezaba a ser de un compañerismo casi afectuoso, pero a la noche recibía en su cama a un Ashley totalmente distinto, silencioso y casi impersonal, que reducía el contacto al mínimo indispensable para procrear. La fugaz intimidad de sus cuerpos, la

obligación que ambos había asumido con su matrimonio, les distanciaba, destruyendo en la noche la mutua comprensión que creían haber alcanzado durante el día. Dejó pasar los minutos de tensa y desolada espera hasta que las campanadas del reloj de pared marcaron las doce y supo que esa noche Ashley no la visitaría. Entonces, solo entonces, cuando la tensión se relajó, se dio cuenta de que no lo había hecho desde hacía más de un mes. Y, sin entender por qué lo hacía, lloró silenciosamente hasta dormirse.

Cada dos días durante los siguientes quince, y por cortesía del señor Robinson, lady Maynard recibió noticias puntuales del progreso de Helen hacia Londres y de su vuelta con Richard. Eso le permitió superar con tranquilidad relativa las dos semanas de espera hasta que, por fin, apareció en la avenida el enorme y lujoso carruaje que los transportaba. El último correo, el día anterior, les había advertido de su inminente llegada, por lo que la familia al completo estaba al pie de las escaleras antes de que los lacayos abrieran la portezuela. El primero en apearse fue un caballero de mediana edad cuya ropa y porte proclamaban su profesión de médico. Tras él y con su ayuda lo hizo Richard, que fue inmediatamente trasladado a su dormitorio, y por fin lo hicieron Agnes y Helen. Lord Maynard, que había prestado a su hijo mucha menos atención que a los cuatro magníficos caballos que tiraban del coche, se dignó saludar a su nuera y preguntar por su abuelo. Ella explicó que, cansado por el viaje desde Londres, había decidido quedarse en Mánchester y, al oírlo, Maynard prefirió acompañar a los caballos a las cuadras antes de volver a la casa con su familia. Lady Maynard y Anthony habían subido con Richard, lo que dejó a Helen sola ante Ashley al pie de la escalinata.

—¿Me equivoco al suponer que tu abuelo encontraba tan cansado el viaje que no llegó a salir de Mánchester? —preguntó Ashley ofreciéndole su brazo.

—No, pero no hay que preocuparse —respondió Helen, cogiéndolo para subir las escaleras —: tanto Dickie como el doctor Enderby saben que en realidad nos acompañó.

Subieron hasta la habitación de Richard, que había sido confortablemente acomodado en su cama, semienterrado entre almohadones y mantas, y estaba regalando a su madre y a Anthony con el relato de todos los lujos y extravagancias con los que había sido agasajado en el camino.

—Teníamos las mejores habitaciones en todas las posadas, con una sala privada y comedor solo para nosotros... y, Tony, no hemos usado caballos alquilados en ninguna etapa, el señor Robinson había estacionado un tiro de sus caballos en las principales casas de postas. Y en su casa de Mánchester tiene... ¡Hola, Ashley!

—Hola, rufián, veo que estás en plena forma.

Era una apreciación optimista. Richard estaba extremadamente delgado y el sufrimiento había marcado sus rasgos, pero era evidente que se hallaba en vías de recuperación.

—¡Ja! Tenías que haberme visto hace un mes. Pero el doctor dice que las cicatrices están cerradas y limpias, y los huesos casi soldados.

El doctor Enderby corroboró sus palabras, añadiendo una serie de explicaciones sobre las heridas y el tratamiento seguido que hicieron que lady Maynard palidciera. Helen se dio cuenta y posó discretamente la mano en el antebrazo del médico, haciéndole interrumpirse.

—Ha sido horrible, pero ya pasó. Ahora Richard está fuera de peligro, ¿verdad, doctor?

Capítulo XII

Se acercaban las Navidades. El estado de Richard, aunque mejoraba constantemente, fue excusa suficiente para que Maynard se escabullera de la mayor parte de las invitaciones de sus vecinos, y de corresponder a ellas con reuniones o fiestas en Maynard Hall. Acostumbrada a las Navidades de Bradford Park, en las que su padre conseguía reunir tanto a los tíos Lomas como a los Dufour y que eran una sucesión de paseos, juegos de cartas, cenas y bailes, Helen sentía que estas iban a ser solitarias y extrañas. El invierno estaba siendo duro; se sucedían las nevadas y, salvo los escasos días en que era posible salir a caballo o pasear con Ashley a la tarde, pasaba casi todo el tiempo dentro de la casa. Para Richard, su presencia en ella fue la salvación. Lady Maynard adoraba a su hijo, pero su conversación se centraba en el tiempo, las huertas y los problemas de intendencia doméstica, Ashley desaparecía todos los días hasta la hora del paseo y a Anthony, si conseguía escabullirse de sus lecciones, no lo detenía dentro de la casa ni la peor tormenta. Helen, en cambio, era poco mayor que Richard y, sobre todo, Harry, su hermano, era de la misma edad que él y también guardiamarina. Con Helen se podía hablar, Helen distinguía babor de estribor y una fragata de un navío de línea. Además, aunque fuera mayor y estuviera casada, no le importaba pasar una tarde jugando a los palillos chinos, a las cartas o incluso a las adivinanzas, que era casi lo único que podía hacer un convaleciente aún atado a un sofá.

Estaban enfrascados en una reñida partida de ajedrez cuando Ashley entró para anunciar que el cielo estaba claro y era posible dar el paseo diario. Richard no quiso oír hablar de interrumpir el juego.

—¡Me faltan tres jugadas para el mate! —aseguró.

—¿Cómo puedes decir eso? —rebatió Helen—. ¡Estás a punto de perder tu dama!

—¿Mi dama? ¿Has amenazado mi dama?

Richard se inclinó ansioso sobre el tablero. Ashley se dio cuenta de que sería imposible despegarlos de él y fue a sentarse junto a su madre a esperar. En ese momento abrió la puerta Burton.

—El señor Rayton.

John entró tras él, y avanzó con la mirada puesta en Helen. Ella dio un salto y, con expresión radiante, hizo un amago de adelantarse hacia él que contuvo casi de inmediato. No suficientemente rápido, sin embargo, como para que pasara desapercibido para los dos hermanos Cadoux. El rostro de Ashley se mantuvo indiferente, pero Richard, tras una rápida mirada de reojo a su hermano, frunció el ceño con desaprobación. John se había acercado a saludar a lady Maynard e intercambiaba con ella noticias familiares. La dejó para ir hasta el sofá y alargar la mano hacia Richard.

—¿Cómo estás, Richard? Me han dicho que has pasado tumbado una buena temporada.

Richard estrechó con frialdad la mano que le tendía y farfulló una respuesta casi ininteligible mientras aparentaba estar completamente concentrado en el tablero. John no pareció darse cuenta del desaire, se volvió a Helen y le sonrió.

—No quiero interrumpir la partida —desoyó o fingió no oír la voz de Richard que mascullaba «lo estás haciendo» y continuó—, solo venía a trasladar a lady Maynard, bueno, a todos, la invitación de mi madre. Os esperamos a cenar el sábado.

—Ya le he dicho a John que estaremos encantados —intervino lady Maynard desde su sillón—, pero que tú no podrás ir, Richard. No voy a arriesgarme a que te enfríes.

—¿He pasado noches de invierno en la cofa de un barco en Canadá y temes que me enfríe por viajar en un carruaje, cubierto de mantas y con un ladrillo caliente en los pies?

Lady Maynard y Richard se enzarzaron en una discusión sobre los cuidados que necesitaba el convaleciente, lo que dejó a Helen y a John frente a frente y aparentemente olvidados de los demás. Las sonrisas de ambos se ensancharon y se contemplaron con los ojos brillantes. Richard se volvió en ese momento hacia Helen para pedir su apoyo y se quedó paralizado en medio de su perorata. De nuevo lanzó una mirada furtiva a su hermano y le asustó ver su cara, vuelta hacia la atractiva pareja que formaban Helen y John. Era un rostro pétreo y pálido en el que solo los ojos expresaban algún sentimiento, pero este era tan intenso, tan desolador, que Richard sintió frío a pesar de todas sus mantas.

—Quizá haga mal tiempo estos días para salir a caballo —estaba diciendo John.

—¡Oh, no! Ha habido algunos días duros, pero salgo siempre que puedo, aunque un poco más tarde que en verano, claro.

—¿Te parece bien que venga mañana a recogerte?

La sonrisa de Helen debió parecerle respuesta suficiente, porque sonrió a su vez, e iba a añadir algo cuando el bufido de Richard le hizo volverse.

—¿Seguimos jugando? Se va a hacer tarde y Ashley quiere que salgáis de paseo.

La mañana siguiente amaneció fría y clara. John entró en el patio de las cuadras a las diez en punto y encontró a Helen observando cómo un mozo de cuadras ensillaba a South. No llegó a descabalgarse y cinco minutos más tarde los dos se encaminaban hacia la avenida principal, seguidos a respetuosa distancia por el mozo. Los caballos estaban deseosos de ejercicio, y durante la primera media hora tuvieron que estar pendientes de ellos, pero en cuanto les hubieron desfogado los llevaron al paso e iniciaron una conversación que, al poco rato, derivó en monólogo de John. El joven había recibido una dura reprimenda de su padre, disgustado por sus malos resultados académicos y por la vida de disipación que, en su opinión, llevaba su hijo en Oxford. ¿Qué esperaba sir Edward? ¿Que John se quedara estudiando todas las noches, como hacían las ratas de biblioteca que necesitaban los estudios para encontrar empleo? John, como cualquier joven de la buena sociedad, salía por las noches y, sí, claro, bebía y jugaba, como hacían todos. ¿Qué sentido tenía la vida si no se exploraban los límites? Un poeta necesitaba experiencias para poder escribir. Helen le escuchaba comprensiva pero, por primera vez, se sintió mayor que él, como si los tres meses pasados desde que se vieran por última vez la hubieran convertido en una adulta mientras John seguía siendo un universitario sin responsabilidades. No podía menos que divertirse imaginando cómo habría reaccionado sir Edward frente al afectado descuido bohemio con el que se vestía John, con un colorido pañuelo sustituyendo a la corbata y el pelo cuidadosamente desordenado para que un rizo cayera sobre la frente; en cualquier caso, no había conseguido convencer a su hijo de que volviera a una vestimenta más convencional.

Reflexionaba sobre esto a la vez que escuchaba a medias a John, que exponía con acentos casi trágicos la incompreensión paterna mientras enfilaban de nuevo la avenida de los tejos, camino de Maynard Hall. Levantó la vista del camino hacia la casa y descubrió a su esposo, que se había detenido al verlos acercarse, cerca de la desviación a la Casa de la Viuda. Erguido e inmóvil, con su oscura silueta recortada contra el blanco de la nieve que cubría el camino y las ramas de los tejos, ofrecía una estampa de solitaria dignidad. La impresión la dejó casi sin respiración. Con sensibilidad de artista, comparó al hombre que tenía enfrente con el que cabalgaba a su lado: uno se esforzaba en teñir su vida de drama, el otro sobrellevaba con elegancia el drama que había teñido la suya desde su nacimiento. John jugaba a ser un héroe romántico; Ashley, se dijo Helen con sorpresa, se acercaba mucho a serlo.

La cena con los Rayton marcó el inicio de una serie continua de invitaciones. Además de sir Edward, lady Rayton y John, estaban en la casa las dos hijas mayores de la familia, ambas casadas. Lucy, la mayor, tenía un pequeño de un año y esperaba el segundo; Amanda, que era solo un año mayor que Helen, había ido a casa de sus padres sola: su marido, militar como Edgar, estaba también destinado en Francia. Ella y Helen intimaron rápidamente y su compañía hizo que esta última se diera cuenta de lo mucho que había echado de menos a Annie. Por más que lord Maynard lo deseara, era difícil distanciarse educadamente de los Rayton, amigos íntimos de la familia desde hacía varias generaciones, y dado que ellos trataban con toda la nobleza del condado, Helen hizo más amistades en esas dos semanas de las que había hecho en los cinco meses anteriores. Casi todos sus nuevos conocidos vivían a una distancia que hacía imposible la relación cotidiana, y más en pleno invierno, pero Rayton Place estaba a menos de media hora a caballo y no era raro que los paseos de la mañana acabaran allí y que Helen fuera invitada a comer con las señoras y no volviera a Maynard Hall hasta las tres o las cuatro de la tarde. Su suegro contemplaba esta intimidad con su desconfianza habitual, que no parecía encontrar eco ni en Ashley ni en su esposa. A Richard, que compartía los sentimientos de su padre, la indiferencia de esta última le resultaba incomprensible.

—¡No puede ser que no te des cuenta! —saltó una mañana en que ambos dejaban pasar las horas a solas en la sala, a la espera de la vuelta de Helen, que una vez más comía con las Rayton.

—¿De qué, hijo? —respondió su madre, contando distraídamente los puntos de su labor de media.

—¡John se ha enamorado de Helen!

—Oh, yo no diría *tanto*, aunque es evidente que se siente muy atraído por ella. ¿Era inevitable, no? Helen es encantadora y no hay muchas chicas de la edad de John por aquí.

Richard contempló asombrado a su madre, que seguía contando puntos sobre la aguja con toda tranquilidad.

—Entonces... ¡Te habías dado cuenta!

—Hijo, es difícil no darse cuenta. —Lady Maynard dejó escapar una sonrisa divertida—. No hay más que ver cómo la mira. ¡Los muchachos tienen ese aspecto tan gracioso de pollitos desamparados cuando viven su primer amor!

—Y vas a dejar que Helen y él...

—Dickie, querido, no te alteres, no es bueno para ti. No va a pasar nada, es solo un enamoramiento juvenil.

—¡Helen está casada con Ashley! ¿Te parece bien que se enamore de otro?

Esta vez lady Maynard levantó la cabeza de su labor, sorprendida. Miró a Richard y la expresión escandalizada de su hijo la hizo sonreír de nuevo.

—Pero Helen no está enamorada, Dickie. Es él quien lo está. Se le pasará pronto.

Richard se dejó caer sobre los almohadones, a medias exasperado, a medias tranquilizado por la seguridad de su madre.

Los Cadoux no eran los únicos que habían advertido la situación. Amanda, que pasaba mucho tiempo en compañía de la pareja, también lo había hecho, y en los últimos días dedicaba mucho tiempo a pensar cómo separarlos. Estaba encariñada con Helen y la hubiera aceptado gustosa como cuñada cualquiera que fuera la ocupación de su padre, pero Helen estaba casada y eso era irremediable. John estaba empezando a interesarse demasiado por ella, era una historia que podía acabar mal. Le daba vueltas al problema mientras miraba cómo los dos jugaban en el suelo con el pequeño Tommy, bajo la mirada complacida de Lucy y lady Rayton. No veía otra solución que advertir a su madre, ella sabría cómo actuar. Hacían muy buena pareja, se dijo con pena, y era una vergüenza que Helen, tan cariñosa, hubiera sido obligada a casarse con Ashley Cadoux, tan frío y reservado. Suspiró con pena, no le gustaba el papel que le tocaba hacer.

—Está empezando a bajar el sol, deberías pensar en acompañar a Helen a casa —dijo.

John y Helen asintieron y se pusieron en pie. Tommy, decepcionado, empezó a hacer pucheros.

—Pobre pequeño, anda, toma. —Le consoló lady Rayton tendiéndole una pasta.

—Voy a ocuparme de que ensillen los caballos —dijo John, saliendo de la habitación.

Helen se había acercado a despedirse de lady Rayton cuando un grito le hizo volverse.

—¡Tommy! ¡Tommy!

Lucy estaba arrodillada al lado de su hijo, que tenía la cara congestionada y hacía esfuerzos por respirar. Amanda y lady Rayton se quedaron paralizadas, pero Helen corrió hacia ellos, cogió en volandas al niño y, sentándose en el sofá, lo colocó boca abajo sobre sus rodillas y le dio fuertes palmadas en la espalda. Después le enderezó y presionó repetidamente con firmeza su abdomen, justo por debajo de las costillas. La tercera vez, los restos de la pasta saltaron al suelo y Tommy, aliviado, aspiró ruidosamente y luego rompió a llorar. Lucy lo cogió en brazos y lo estrechó con fuerza.

—Ya pasó, hijo, ya pasó —murmuró. Aún con el niño en brazos, se volvió hacia Helen y añadió—: Le has salvado la vida, no sé cómo agradecértelo. No sabía qué hacer.

—Yo tampoco hubiera sabido, si no lo hubiera visto ya una vez. Mi hermana pequeña, Eliza, se atragantó también durante un picnic. Afortunadamente, había un médico en el grupo, y él le hizo lo mismo que acabo de repetir yo.

—Aun así —dijo lady Rayton, acercándose a Helen y dándole un beso en la mejilla—, has demostrado una enorme presencia de ánimo. Te estamos infinitamente agradecidos, querida.

Amanda contemplaba inmóvil la escena, con el corazón encogido. Hubiera querido abrazar a Helen, pero no era capaz de hacerlo sintiendo que esa misma noche la iba a traicionar. John entró diciendo que los caballos estaban preparados y Lucy, con acentos trágicos, le contó lo ocurrido. La mirada que John dirigió a Helen decidió a su hermana. Aquello no podía continuar.

Esa misma noche habló con su madre. Lady Rayton se quedó silenciosa unos momentos, con la mirada fija en las manos que tenía entrelazadas sobre el regazo. Cuando levantó la vista, su expresión era seria y determinada.

—¿Estás segura, hija?

—No te lo diría si no lo estuviera, mamá. No tengo dudas.

—Has hecho bien en advertirme... No sé cómo he estado tan ciega.

—Tú y Lucy no los veis más que cuando estamos aquí todos juntos, yo los veo cuando solo estamos los tres... Y creo que a veces se olvidan de que estoy yo.

Lady Rayton actuó con rapidez. Al día siguiente anunció su preocupación por el estado de salud de su madre y su intención de visitarla en su casa de Leicester. Sir Edward no podía acompañarla, pero tendría la escolta de John, que permanecería con ella hasta que tuviera que regresar a Oxford para el trimestre de invierno. Los preparativos fueron tan rápidos que John apenas pudo hacer otra cosa que acompañar a su madre esa tarde a Maynard Hall para despedirse. En la sala, con otras cinco personas delante, su adiós a Helen tuvo que limitarse a desearle un feliz año y darle la mano. Los visitantes se marcharon poco después, despedidos por Ashley y Richard al pie de las escaleras y observados tristemente por Helen desde el ventanal de la sala.

—Vas a echarle de menos —dijo con ternura lady Maynard, acercándose también a mirar.

Helen asintió con la cabeza y siguió mirando al coche que se alejaba con los ojos brillantes. Una lágrima resbaló por su mejilla sin que intentara enjugarla y, hablando casi para sí misma, murmuró:

—Mis padres se quejaban de que tengo un carácter arisco e insociable. Yo también creía que prefería la vida en el campo a la de la ciudad, que me abrumaban las fiestas y bailes. Pero no es verdad. *El campo* en Bradford Park no es *esto*. Ahora se va John y dentro de dos semanas lo harán Amanda y su hermana... ¿Con quién voy a hablar? —De repente tomó conciencia de que estaba acompañada y se turbó—. Oh, lo siento, no quería decir...

—No te disculpes, querida, te entiendo perfectamente.

Helen miró a su suegra con aire de duda. Ella le sonrió y, dejando caer la cortina que había separado para ver salir a los Rayton, volvió a su sillón. Cogió la labor que siempre tenía en la mesa inmediata, pero la dejó caer sobre el regazo para dirigir a su nuera una mirada comprensiva.

—Hace ya mucho tiempo, yo también tuve veinte años. Y antes dieciocho, y fui considerada una de las más bellas debutantes de la temporada. Hubiera podido casarme con un duque, pero me enamoré de Algernon Cadoux. —Sonrió tristemente al ver la expresión de Helen—. Era muy guapo, ¿sabes? Tanto como Edgar. Y también el mejor jinete y el mejor bailarín. Tenía su genio, ya entonces, pero a mí su apasionamiento y sus celos me parecían románticos. Como un personaje de novela. A mi padre no le gustaba, pero me empecé y acabó cediendo.

Segura de que había conseguido su objetivo de captar la atención de Helen, alzó el bastidor que había dejado caer en su regazo y retomó el bordado.

—Yo también creía que estaba cansada de la vida social, pero no era así. Vinimos a vivir aquí y pronto me di cuenta de que, por muy enamorada que estuviera, quería la compañía de otras personas, charlar con mis amigas, alternar en sociedad. Quizá te parezca muy frívolo, pero echaba de menos entrar en una habitación y que alguien contemplase con admiración mi nuevo vestido... o a mí. —Lanzó una mirada furtiva a Helen, que había enrojecido, confusa—. Supongo que es natural, es absurdo esperar que una jovencita que lleva un año siendo el centro de la atención de todos en la ciudad se encierre en una casa de campo y no lo eche de menos.

Lady Maynard cogió unas tijeritas del costurero que estaba sobre la mesa y cortó el hilo que acababa de rematar. Durante unos momentos su atención pareció centrarse en enhebrar el siguiente. Cuando volvió a hablar, procuró que su voz sonara natural, pero no consiguió evitar que la tiñera cierta melancolía.

—Tú, claro, tienes ventaja sobre mí: el enamoramiento de Algernon pasó pronto, pero el

afecto que te tiene Ashley es duradero.

Helen había vuelto la cabeza hacia la ventana, atraída por la puesta de sol. Se alegró de que su suegra no pudiera ver sus lágrimas. Creía, sí, que su esposo le tenía afecto, no muy diferente del que sentía por Anthony o Richard; pero con veinte años, y habiendo soñado con amar y ser amada apasionadamente, le era difícil conformarse con eso.

Capítulo XIII

Helen desmontó y acarició el cuello de Flame antes de dejarla en manos del mozo que la había acompañado en su paseo. Recogió los bajos de su traje de montar con el brazo izquierdo para protegerlos del barro del patio de las caballerizas y salió de ellas hacia la casa. Burton la esperaba con la puerta abierta.

—El señor Ashley me encargó que le dijera que cuando a usted le venga bien le gustaría verla, señora. La espera en la biblioteca.

—Dígale que iré en cuanto me cambie de ropa, Burton, por favor.

Subió dándole vueltas al anuncio de Burton. No sabía en qué ocupaba Ashley su tiempo, pero era raro que se encontrara en casa antes de las cinco, la hora a la que frecuentemente le ofrecía ir a pasear. Por lo que Anthony le había comentado, a veces salían los dos hermanos muy de mañana y dedicaban el día a lo que Tony describía como «buscar bichos»; que en otras ocasiones iba hasta Preston lo sabía porque habitualmente preguntaba a su madre, a Richard y a ella misma si deseaban que les hiciera algún recado. ¿Qué tendría que decirle? Se le ocurrió repentinamente que se hubieran recibido malas noticias de su familia y el corazón le dio un vuelco. ¡El abuelo! No, el abuelo no podía ser: esa misma mañana había recibido carta de Brownie. ¿Su padre? Preocupada, se lavó y cambió de ropa sin atender a lo que hacía y bajó casi corriendo las escaleras hacia la biblioteca.

Ashley estaba sentado ante el escritorio, ocupado en la redacción de una carta, pero dejó de inmediato la pluma cuando la oyó entrar.

—Burton me dijo que querías hablar conmigo. ¿Ocurre algo? —preguntó Helen agitada—. ¿Mi padre?

—No, no, no es nada de eso. Siento que hayas podido asustarte. Solo quería comentarte... Bueno, en primer lugar, que llegó un paquete para ti. Yo esperaba uno, y abrí el tuyo por error, leí: «Señor Cadoux», en vez de «Señora». Lo siento —explicó Ashley, señalando al paquete que permanecía abierto sobre una mesa auxiliar.

Era de su abuelo y contenía media docena de libros que cubrían sus muchos intereses: el de Lamark que ella le había pedido y el *Essai sur la géographie des plantes* de Humbolt, pero también *La novia de Abidos* de lord Byron y *El castillo de Otranto* de Walpole. Helen echó un vistazo rápido y se le encogió el corazón. La única vez que su padre interceptó uno de los envíos de su abuelo, quemó los libros y le prohibió visitarle durante casi un año. Se irguió y sostuvo la mirada de Ashley con toda la dignidad que era capaz de reunir.

—No tiene importancia. Son unos libros que le había pedido a mi abuelo.

—Cuando vi tus dibujos sospeché que te interesaba la historia natural, pero no que estuvieras hasta tal punto introducida en ella. Es una lástima que te haya mandado la *Philosophie*

zoologique, porque te la podría haber prestado yo. Tengo una buena biblioteca de historia natural, tienes que aprovecharla. En cambio, yo tendré que pedirte prestada la obra de Humbolt, no la conocía.

Helen le contempló atónita. Ashley no solo no le reprochaba sus lecturas, sino que le ofrecía libre acceso a sus libros.

—Gracias, me gustará mucho verla. Me apasiona la historia natural —acertó a decir.

—¿Querías venir conmigo ahora?

Ashley se levantó y recogió el bastón. Se encaminó a la puerta y la abrió para dar paso a su esposa, que la cruzó un poco desconcertada. Él cruzó el recibidor y abrió la puerta principal. Iban a salir al exterior.

—Iré a coger mi sombrero y los guantes.

—No hace falta, son unas pocas yardas nada más.

Una vez en la avenida, Ashley le ofreció su brazo y los dos caminaron lentamente, repitiendo en silencio el paseo que habían dado la tarde de su llegada. Cuando llegaron a la bifurcación hacia la Casa de la Viuda, Ashley la tomó.

—Ya antes de que mi abuela muriera instalé mi gabinete en su casa —explicó—. A mi padre le ponía de mal humor verme siempre con la cabeza metida en los libros, y a mi madre le horrorizan los esqueletos. En cambio, a mi abuela le interesaban. Ella era como tú: tenía interés por todo.

A Helen le costaba creer que lo que estaba pasando fuese real. Desde que era una niña había aprendido a ocultar a los demás su enorme curiosidad por el mundo que la rodeaba. Su abuelo había sido el único ser humano que no se escandalizaba porque preguntara, cuestionara o tuviera intereses «poco femeninos». Era totalmente inesperado que la segunda persona en aceptarla como era, incluso en valorar esa curiosidad, fuera el marido de conveniencia que se había visto obligada a aceptar. Llegaron a la casa y Ashley, pasando de largo la puerta principal, la rodeó para llegar a una pequeña puerta lateral abierta en la pared al nivel del suelo. La abrió con su propia llave y pasó al interior.

—Espera un momento —pidió—. Encenderé un par de palmatorias. Estas escaleras son peligrosas en la oscuridad.

Helen esperó hasta que Ashley le tendió una palmatoria con la vela encendida. Entonces pasó ella también al interior del edificio. El lugar en el que se encontraban era poco más que un descansillo. Por la derecha, media docena de escalones llevaban a otra puerta, que sin duda conducía a las habitaciones principales de la residencia. Al frente, una estrecha escalera descendía hacia los sótanos.

—Agárrate al pasamanos —recomendó Ashley, comenzando el descenso.

La escalera desembocaba en un pasillo sin ventanas, con puertas a ambos lados. Avanzaron por él hasta llegar a un muro en el que se abría una puerta algo mayor que las otras. Ashley se detuvo, puso su palmatoria en una repisa de la pared y sacó del bolsillo otra vez el manojito de llaves.

—Todas esas puertas —dijo mientras rebuscaba entre ellas— dan a almacenes y bodegas. No tienen casi ventilación y resultan muy húmedos. Esta última estancia la descubrí por casualidad.

Había seleccionado una llave del manojito mientras hablaba, la metió en la cerradura y la giró empujando la puerta. Helen dejó escapar una exclamación de sorpresa: en contraste con la oscuridad del pasillo, que le había llevado a sentirse bajo tierra, la habitación a la que entraban estaba bañada en luz. La estancia tenía unos cuatro metros de fondo y abarcaba toda la longitud

de la fachada trasera de la casa, unos cuarenta metros. Tres de los lados tenían grandes ventanales que iban desde el techo hasta una altura de metro y medio, que correspondía en el exterior al nivel del terreno. El último metro y medio de pared estaba cubierto en los tres lados por vitrinas llenas de animales disecados y esqueletos cuidadosamente montados. La última pared, aquella en la que estaba la puerta, quedaba cubierta de suelo a techo por una librería repleta, salvo en el tramo en el que se abría el hogar de una chimenea. Frente a ella se situaban dos viejos sillones y algo más allá un gran escritorio. En la esquina contraria había lo que parecía un lavadero pegado a una mesa de mármol. Formando un ángulo recto con esta había una de madera, llena de papeles y con un atril. Dos cajones semiabiertos dejaban ver su contenido: pinzas, cuchillos y bisturíes. Era una estancia sobria, una habitación para la lectura y el estudio, pero no le resultó sombría, al contrario. Así que era ahí donde Ashley pasaba sus días. Le envidió, hubiera deseado tener un refugio como aquel. Se acercó a las mesas de la esquina. Adivinaba su función, era allí donde Ashley realizaba las disecciones. La mesa de mármol estaba escrupulosamente limpia, pero sobre la de madera quedaban las pruebas de su último trabajo: esquemas y dibujos explicando la disposición de los distintos tipos de plumas en las alas de una lechuza. Un suave ululato le hizo volver la cabeza; la que sin duda había sido modelo de los dibujos la contemplaba desde una amplia jaula colgada de una percha en el rincón. Tenía una de las alas, hábilmente entablillada, extendida sobre la paja que cubría el fondo, pero no parecía sufrir por ello. Los restos de un ratón que aún le colgaban del pico atestiguaban que no había perdido el apetito.

—Me la trajo Melton, uno de los aparceros. La encontró en su granero, los chiquillos la habían abatido a pedradas. Sabe que me interesan los bichos y que los prefiero vivos, así que apareció aquí con ella en una cesta.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—He intentado recomponer el ala dañada copiando la disposición de la que tiene sana. Cuando hayan cerrado las heridas, la soltaré para ver si es capaz de volar. Si no, tendrá que quedarse conmigo. Espero que no sea así, me veo obligado a pagar a tres pilluelos que cazan para ella.

Ashley se había acercado a la mesa y tenía en la mano uno de sus dibujos.

—Como ves, no son muy buenos, no tengo tu habilidad. Es de eso de lo que en realidad quería hablarte. Tengo algo que pedirte, o mejor, una propuesta que hacerte.

Hablaba con una timidez que Helen nunca le había visto hasta entonces. Su esposo era introvertido y reticente, y podía mostrarse sorprendentemente pasivo ante las agresiones o injurias, pero no le había parecido tímido o inseguro antes. Esperó en silencio, dejándole tiempo para elegir las palabras.

—Estoy preparando un libro sobre las aves de Lancashire —explicó por fin—. No quiero hacer solo la descripción anatómica del animal, quiero describir también dónde vive, cuáles son sus costumbres, qué come, cómo se reproduce. Esos dibujos que me enseñaste... están vivos. Serían la mejor forma de mostrar lo que quiero.

Se detuvo y jugueteó con sus propios esquemas, observándolos con desaprobación. Al final, hizo un único rollo con ellos y lo dejó sobre la mesa. Levantó la vista y la miró a los ojos.

—Quería pedirte que me ayudaras. No, que colaboraras conmigo. Querría que ilustraras tú el libro.

Helen enrojeció de placer, era la primera vez que alguien se tomaba tan en serio sus dibujos. Aquello era una ocupación real, algo que iba a quedar, una obra que otros consultarían.

Representaba un gran salto respecto a las interminables horas bordando zapatillas y toallas. Miró alrededor y pensó que esa habitación maravillosa iba a ser también, por lo menos temporalmente, un poco suya.

—¿Podré traer aquí mis cosas de dibujo, mis cuadernos y el caballete? —preguntó insegura.

—Tendrás que traerlos. Tenemos que pensar dónde te será más cómodo trabajar. Hay espacio de sobra para que elijas. Podríamos poner otro escritorio junto a los ventanales, para que tengas mejor luz, y quizá necesites que libere algunos estantes para cuadernos o incluso libros.

—¿De tu biblioteca? —dijo sorprendida.

—Me gustaría que la consideraras nuestra biblioteca.

El hombre con el que se había casado, al que consideraba casi un desconocido, le estaba ofreciendo compartir una parte de su vida a la que a muy pocas esposas le era permitido asomarse. Helen no supo qué decir.

Capítulo XIV

Se acercaba el inicio del período de sesiones en el parlamento, pero lady Maynard decidió retrasar su viaje a Londres hasta que Richard estuviera lo suficientemente recuperado para acompañarla. Sin necesidad de discutirlo, se dio por sentado que Ashley y Helen se quedarían con ellos, y la perspectiva de pasar un periodo libre de trabas familiares y sociales puso de tan buen humor a lord Maynard que los últimos días antes de su partida estuvo inesperadamente amable y generoso. De resultas de ese estado de ánimo, lady Maynard se pudo hacer un abrigo nuevo y Helen fue obsequiada con una cachorrita de *spaniel* de la última camada de la perra Bess. Cuando la familia se reunió para despedirle la mañana en que emprendió el viaje, el ambiente era más cordial de lo que había sido en los últimos meses y los buenos deseos que intercambiaron sonaron lo bastante sinceros como para que cuando el coche se hubo puesto en marcha y lord Maynard se retrepó en el asiento, reflexionara con satisfacción sobre su papel de patriarca.

La vida en Maynard Hall siguió en su ausencia por unos cauces tranquilos y relajados. Helen y Ashley pasaban en el gabinete todas las mañanas en las que el tiempo era demasiado inclemente para permitir el trabajo de campo. Helen había hecho traer de casa de su abuelo sus cuadernos de dibujo y seleccionaron de entre ellos los que podrían servir para ilustrar la obra, pero había que completarlos con dibujos de los huevos, de los esqueletos montados y de detalles anatómicos sobre la base de los croquis de Ashley. A mediodía, el matrimonio se separaba y Helen volvía a comer con lady Maynard y dedicaba la tarde a acompañar a Richard. Este, que recobraba fuerzas por momentos, empezaba a salir a caminar y a dar cortos paseos a caballo y estaba cada vez más inquieto e irritable.

—¿Qué te pasa, Richard? —dijo Helen, sorprendida, cuando este lanzó al extremo del sofá el libro que había estado leyendo sin el menor interés—. Has empezado tres libros en una tarde y has dejado los tres tras diez minutos de lectura. ¿Prefieres jugar a algo?

—¡Jugar! —exclamó Richard con amargura—. Tendría que estar navegando y, en cambio, no tengo otra cosa que hacer que jugar al ajedrez y leer novelas estúpidas.

—Bueno —respondió Helen, apaciguadora—, el doctor dijo que en un par de semanas podrías viajar. Iremos a Londres y a corto plazo volverás a embarcar.

—¿Eso crees? No creo que vuelva a pisar un barco en toda la guerra.

Richard se había levantado y paseaba inquieto por la habitación. Al pronunciar las últimas palabras, se detuvo y golpeó con el puño en la repisa de la chimenea. Su frustración era evidente y profunda.

—¿Por qué? Creí que el capitán Andrews estaba muy satisfecho contigo.

—El capitán Andrews y la *Aeolus* deben estar ya en medio del Atlántico, camino de Canadá.

Helen miró de soslayo la carta que permanecía abierta sobre la mesa, junto al sofá, y adivinó que esa era la fuente de información de Richard.

—Pero hay otros barcos.

—Hay muchos más guardiamarinas en tierra que barcos para acogerles. Los capitanes eligen a los que tienen relaciones influyentes, o son familiares, o hijos de amigos. Mi padre no tiene conocidos en el Almirantazgo, ni influencia política. Y, si la tuviera, la emplearía para ayudar a Edgar, no a mí.

Richard volvió a dar paseos por la habitación como un tigre enjaulado, mientras Helen le observaba con creciente preocupación.

—¿Qué pasa si no encuentras barco? ¿Qué harías?

—Nada, ¿qué puedo hacer? —respondió Richard con desesperación—. Me embarqué por primera vez con once años. No he estudiado, como Ashley, o como hará Anthony. Navegar es lo único que sé hacer.

Dos semanas más tarde, el médico declaró que Richard ya no precisaba sus cuidados y podía viajar sin problemas. Lady Maynard empezó a hablar de la temporada en Londres y Ashley, tras una mirada a Helen, que la escuchaba anhelante, propuso el siguiente lunes como día para la partida. Lord Maynard había mandado de vuelta el coche de viaje de la familia; se decidió que los cinco viajarían en él hasta Mánchester y que allí se separarían: Helen y Ashley se quedarían unos días en la casa de Chorlton Row y luego seguirían viaje hacia Londres en el coche que este ponía a disposición de su nieta. El señor Robinson envió una amable carta a lady Maynard ofreciéndole su casa para descansar la primera noche del trayecto, y la dama, que sentía una enorme curiosidad por conocer al anciano, aprovechó la libertad de elección que le daba la ausencia de su marido y aceptó encantada. No tenía que recomendar a sus tres hijos discreción, todos ellos sabían que había cosas que era mejor no comentar a su padre.

La primera etapa del viaje, con el coche atestado, se hizo incómoda, pero la casa de Chorlton Row estaba lista para recibirles. Brownie condujo inmediatamente a lady Maynard a una habitación grande, amueblada con un lujo discreto que la sorprendió. Había esperado encontrar la ostentación del nuevo rico y, por el contrario, su dormitorio destilaba sobriedad y buen gusto. También confort: en la chimenea ardía alegremente un fuego que la había estado caldeando desde horas antes de su llegada y el suelo estaba cubierto por coloridas alfombras de Axminster. Aún estaba admirando el conjunto cuando la señora Brown le preguntó:

—¿Querrá tomar un baño caliente antes de la cena?

—¡Oh, sería maravilloso! Pero quizá no dé tiempo a calentar el agua y subirla a tiempo.

—Está todo preparado, por si lo deseaba.

Mientras hablaba, Brownie abrió una puerta en la pared contraria a la ventana. Daba a un amplio vestidor, en medio del cual, sobre una gruesa alfombra, había una gran bañera de patas. El fuego de una chimenea mantenía calientes dos tinajas de agua humeante, junto a las que un criado colocaba en esos momentos una tercera.

—¿A qué hora cenaremos? —Se limitó a preguntar lady Maynard.

—A las seis, miladi, queda aún más de una hora.

Lady Maynard suspiró feliz.

—Por favor, que llenen la bañera. Y, si no le importa, dígame a mi doncella que suba. —Si esa era la vulgaridad burguesa de la que abominaba Algernon, creía que podía convivir con ella sin ningún esfuerzo.

Cualquier hombre que mostrara interés por sus hijos tenía ganada la simpatía de Mary

Cadoux y Theodore Robinson lo hacía, con sinceridad e inteligencia. Aún no había pasado al segundo plato y ya conocía las aficiones y preocupaciones de Anthony, al que se había permitido excepcionalmente y a solicitud del propio señor Robinson cenar a la mesa de los adultos, y a los postres había conseguido que Richard, mucho más reticente que su hermano menor, le hablara de su temor a quedarse, según su expresión, varado en tierra. También ella habló más de lo que solía, y encontró en Robinson un oyente atento y aparentemente interesado en la jardinería. Ashley, que había pasado ya por la experiencia de caer bajo el embrujo de encantador de serpientes de su abuelo político, dedicó la noche a observar su técnica y llegó a la conclusión de que su éxito se debía principalmente a que sentía un auténtico interés hacia la persona a la que dedicaba su atención. Pero no se engañaba a sí mismo: aquello tenía un fin. Theodore acumulaba conocimiento sobre los miembros de la nueva familia de su nieta con el objeto de asegurarse de que fuera feliz. Sería un firme aliado de aquellos que lo fueran de Helen, y el peor enemigo de los que intentarían hacerle daño. De momento, su madre y sus dos hermanos parecían contar con su aprobación. No estaba seguro de qué opinaba de él, cuánto sabría de lo que era su relación con Helen y qué pensaría de ella. Durante un momento de locura, mientras escuchaba hablar de hortalizas, sintió el deseo de confiarse a él, de pedirle el consejo que nunca podría pedir a su padre. No iba a hacerlo, claro. Hablar de Helen con otro ser humano le resultaba tan imposible como presentarse ante ella a plena luz, desnudo, mostrando su triste cuerpo deforme.

Lady Maynard, Richard y Anthony partieron a la mañana siguiente hacia Londres y Ashley y Helen debían hacerlo dos semanas después. El señor Robinson se esforzó en hacerles esos catorce días agradables, llenándolos de conciertos y teatro, reuniones y cenas con los naturalistas con los que mantenía amistad y visitas a sus gabinetes. Helen conocía a la mayor parte de ellos desde niña, y en aquel ambiente en el que se sentía plenamente aceptada, perdía su retraimiento habitual y se mostraba como era, inteligente y vivaz. Era difícil no ceder a su encanto y Ashley no lo intentaba, aunque se esforzaba en disimular sus sentimientos. Hacía tiempo que había decidido que no iba a imponer a Helen unas relaciones que a ella le repugnaban, no quería que ella adivinara cuánto la deseaba y se sintiera forzada a cumplir un contrato que se había visto obligada a firmar.

No podía saber el interés y desconcierto con los que su matrimonio era observado y analizado, tanto en el dormitorio principal de la casa como en la cocina. El señor Robinson no tenía con quién compartir sus reflexiones, pero Brownie podía hablar con Agnes, y lo hacían, con muchos más datos de los que disponía su abuelo, todas las noches.

—No lo entiendo, él está loco por ella, eso no tiene vuelta de hoja.

—No —corroboró Agnes.

—Y ella le tiene afecto —continuó su tía, con menor seguridad.

—Le aprecia mucho —remachó su sobrina con cierta melancolía.

—Lo del chico ese, el vecino... ¿se lo ha tomado muy en serio?

—No me lo parecía. Lo mismo le daba que viniera con su hermana como que apareciera solo él.

Se miraron desconcertadas. Ambas conocían a Helen desde la infancia y hubieran asegurado que no podía tener secretos para ellas y, sin embargo, no eran capaces de interpretar sus sentimientos hacia Ashley. Algo había pasado tras su matrimonio que había hecho que Helen se cerrara, como hacen algunas flores para protegerse del frío de la noche.

—Tú estás segura de que él la visitaba por las noches.

Agnes se limitó a asentir con la cabeza.

—Y de que ya no lo hace.

La joven volvió a asentir.

—¿Quizá ella lo ha echado de su cama?

—No lo sé —dijo Agnes, desolada—. No sé lo que pasa. Cuando él iba, ella estaba triste por las mañanas; ahora que no va, está triste también.

Capítulo XV

Llamaron a la puerta y Trewellian acudió a abrir componiendo mentalmente la excusa para los inoportunos que elegían para las visitas una hora tan cercana a la del almuerzo. No llegó a pronunciarla. Un torbellino envuelto en pieles se coló por ella y subió revoloteando las escaleras sin esperarle y sin dejar de hablar.

—¡Cuánto me alegro de verle otra vez Trewellian! ¿Cómo sigue de su reúma? ¿Está arriba mi madre? No hace falta que me acompañe, aún no me he olvidado de cómo llegar a su sala de estar.

—¡Señorita Helen!

—¡Después bajaré a la cocina a saludar!

Con estas palabras, a medias promesa y a medias alegre amenaza, Helen desapareció de la vista del mayordomo y corrió por el pasillo hasta la puerta de la sala, que abrió sin llamar. Durante un momento se quedó inmóvil recreándose en una escena que conocía y amaba: Alice sentada en su sillón junto a la ventana, bordando, mientras que Annie, junto a ella, leía en voz alta. Las dos habían levantado la vista al oír la puerta y se habían quedado paralizadas por la sorpresa. Annie fue la primera en recuperarse; con un grito de felicidad, se levantó de un salto y corrió a abrazar a su hermana. Dieron juntas tres vueltas sobre sí mismas con las que cruzaron la habitación hasta la ventana. Ahí, Helen se deshizo del abrazo de su hermana para dejarse envolver en el de Alice, que se había puesto en pie.

—¡Has venido, has venido, has venido! —canturreó Annie, bailando por la habitación.

—¡Helen, mi niña!

Helen tembló emocionada. Cuánto había necesitado ser abrazada así, sentirse desbordante de afecto e inundada por el de su familia. Alice la separó de sí y la observó atentamente. Helen sonrió feliz. Tranquilizada, su madrastra deshizo con delicadeza el lazo que anudaba a su cuello la capa de pieles que llevaba y la dejó sobre una silla. Hizo sentarse a Helen a su lado en un sofá, la abrazó por el talle y la besó en la sien.

—Qué alegría verte.

—¡Os he echado tanto de menos! ¡Y estoy tan contenta de volver a veros!

Annie se sentó en el suelo frente a Helen y entrelazó sus manos con las de su hermana mayor.

—Anda, cuéntame —le dijo Helen sonriente—, he venido a enterarme de todo. ¿Te va a presentar tía Louise en la corte?

La pregunta desencadenó una serie de explicaciones entusiasmadas. Sí, la tía Louise, casada con lord Bantry, había ofrecido presentar a Annie junto con su hija Henrietta. Su traje de corte estaba ya encargado, era una confección impresionante, Helen iba a reírse cuando lo viera. Annie

no entendía por qué en la corte se usaba ropa tan anticuada. También habían encargado decenas de trajes más, y zapatos y sombreros, Helen tenía que subir a verlos a la habitación de Annie. Sobre todo, tenía que ver el traje que se había hecho para el baile en honor de Henrietta y Annie en casa de los Bantry. Helen iría, claro, sería el último viernes del mes.

Alice hizo un amago de frenar el torrente de noticias y comentarios de Annie, pero se dio cuenta de que Helen disfrutaba enormemente escuchándola. Recordó que su hijastra había pasado más de seis meses en una residencia en el campo y que la familia Cadoux solo tenía hijos varones. Probablemente hablar con su hermana sobre modas y bailes era justamente lo que le estaba haciendo falta. Había muchas cosas que Alice hubiera deseado saber sobre la vida de casada de Helen, cosas de las que no se había hablado nunca en las cartas que cruzaban, pero nunca se atrevería a preguntarlas. Debía ser Helen la que hablara de ello si lo deseaba, pero dudaba que lo hiciera. Como Agnes y la señora Brown antes que ella, Alice percibía el cambio en Helen, antes tan transparente. Lo que ofrecía en primer plano era la imagen alegre y comunicativa de siempre, pero tras ella había corrido una cortina, y lo que hubiera detrás quedaba oculto incluso para los que mejor la habían conocido. A diferencia de Agnes y Brownie, Alice creía adivinar lo que era.

Comieron las tres juntas en el comedor de mañana y pasaron una tarde feliz revisando el nuevo vestuario de Annie y discutiendo qué complementos realzarían mejor cada traje. Hicieron listas de los compromisos sociales a los que ya estaba invitada y eligieron la ropa que sería más adecuada para cada ocasión. Como Helen había supuesto, los Dufour estaban haciendo todos los esfuerzos posibles por introducir a Annie en los mejores círculos. Lady Bantry, en especial, había cobijado a Annie bajo su ala y la llevaba consigo a todas partes. Era un comportamiento especialmente generoso, reflexionó Helen, porque su propia hija, Henrietta, se presentaba también esa temporada y nadie que conociera a las dos primas juntas dedicaría una segunda mirada a Hetty. Miraba a Annie y le parecía que nunca la había visto tan bella. No solo bella, era también alegre y cariñosa. ¿Cómo podría nadie resistírsele?

—Vas a ser la sensación de la temporada —dijo con convicción.

—¡Oh, no! Será Hetty la debutante del año... Ella va a casarse con un duque, al fin y al cabo. —Annie advirtió la expresión de sorpresa de su hermana y explicó—: Va a casarse con su primo Albert. Lo decidieron este verano, pero el tío Andrew no quiso que se comprometieran oficialmente antes de que Hetty fuera presentada en sociedad. Lo anunciarán al final del baile.

—No te lo conté por carta porque tus tíos nos habían pedido discreción. Deberían habérsela pedido también a Hetty, corrió a contárselo a tu hermana.

—Hay otra cosa que mamá no me dejó contarte por carta —destapó Annie con picardía.

—¡Annie!

—Mamá, a ella no le importa, ¿verdad, Helen?

—No sé de qué me estás hablando —protestó Helen riéndose—. ¿Cómo voy a saber si me importa?

—Sir Thomas Ruton se comprometió con Susan Hartman... ¡Una semana después de tu boda!

Susan Hartman era la hija única de Ronald Hartman, uno de los principales socios y amigos de su padre. A Helen no le sorprendió la noticia. Ruton andaba a la caza de una esposa rica y Hartman tenía una fortuna considerable y las mismas ganas de ascender socialmente que el señor Bradford. También Susan las tenía, quizá su matrimonio pudiera funcionar.

—Me alegro por ellos y, desde luego, no me importa. ¿Cómo me iba a importar?

—Fue una grosería, no habían pasado ni dos meses desde que pidió tu mano —dijo Alice.

—Todos sabemos por qué lo hizo. Lo prefiero así a que estuviera meses sufriendo por mi rechazo —respondió Helen de buen humor.

El tiempo pasó rápidamente y se sorprendieron cuando entró una criada a encender las velas. Unos minutos después, Trewellian entró para anunciar que el coche, que Helen había pedido que la recogiera a las cinco, estaba ya en la puerta esperándola.

—¿Ya? —exclamó Annie.

—¿No esperas a que vuelva tu padre? —preguntó Alice.

—No.

La respuesta, rotunda, dijo más a Alice de la felicidad de su hija en su matrimonio que una larga conversación.

—Él creía que era lo mejor para ti —le dijo en un susurro.

—No, creía que era lo mejor para él, pero se equivocó.

Su madre no insistió. Se despidieron con un abrazo y Helen salió con Annie, que se empeñó en acompañarla escaleras abajo. Estaban ya en el recibidor cuando llamaron a la puerta y Trewellian dio paso a su padre. Los tres, padre e hijas, se quedaron momentáneamente mudos. Su padre reaccionó, puso su sombrero, abrigo y bastón en manos de Trewellian y sin acercarse, saludó:

—Qué sorpresa, hija. Me alegro mucho de encontrarte aquí.

—Es demasiado amable, señor. En realidad, ya me iba.

—Me gustaría que habláramos un momento. ¿Quieres pasar a la biblioteca?

—Tengo el coche esperando en la puerta —se excusó Helen, nerviosa—, los caballos van a enfriarse.

Su padre, reprimiendo un gesto de enfado, se volvió hacia Trewellian.

—Por favor, indique al cochero que la señora Cadoux volverá a casa en el coche de sus padres.

Luego, se volvió de nuevo a su hija, hizo un gesto con la mano señalando el camino y la siguió a la biblioteca. Helen entró la primera y avanzó hasta situarse de pie junto al escritorio.

—¿No te sientas?

—No puedo estar mucho tiempo.

El señor Bradford se acercó a la chimenea y se calentó las manos al fuego, que estaba ya encendido. Helen le observó en silencio. Su padre parecía haber envejecido. Era una impresión más debida a su porte, a la forma en que se movía, que a algún rasgo físico concreto. Mientras le miraba, él se pasó la mano por la frente y cerró un momento los ojos antes de levantarlos con expresión triste, pero segura de sí, hacia ella.

—Tenía la esperanza de que te hubieras librado de esas fantasías románticas y hubieras puesto los pies en el suelo. De que hubieras entendido y apreciado las ventajas de este matrimonio...

Helen sintió una enorme tristeza y luego rabia. Tenía veinte años y estaba casada, pero nunca un hombre la había abrazado con pasión, no la habían besado, jamás le habían dicho «te quiero». Ya nadie lo haría y el culpable de eso estaba sentado frente a ella, hablándole de su esperanza de que apreciara tantas «ventajas».

—Tengo que irme —acertó a decir conteniendo las lágrimas.

—Soy tu padre —insistió el señor Bradford, empezando a enfadarse—. ¿No tengo derecho a...?

Helen no le dejó acabar. Negó con la cabeza, se dio la vuelta para ocultar el rostro a su mirada y se llevó el puño a la boca para ahogar los sollozos. El señor Bradford contempló acongojado la figura de su hija convulsionada por el llanto. No recordaba haberla visto llorar anteriormente, ni ante los castigos ni ante el dolor físico, ni siquiera cuando era pequeña. Le impresionó mucho más profundamente de lo que lo habían hecho su rebeldía e incluso su frialdad.

—Helen, hija...

Avanzó para poner las manos sobre sus hombros. Helen se quedó rígida un segundo, luego se soltó bruscamente y salió corriendo de la habitación, cruzó el pasillo y el recibidor y abandonó la casa. Su padre no la siguió. Desde la ventana, vio cómo se alejaba corriendo calle abajo y paraba un coche de alquiler.

Capítulo XVI

El salón de baile de los Lessay estaba iluminado por grandes lámparas de araña de las que colgaban lágrimas de cristal que titilaban movidas por las ligeras corrientes. Hacía tiempo que el baile había dado oficialmente comienzo, y en los sofás y sillas situados junto a las paredes, las madres de las jóvenes debutantes charlaban entre ellas sin dejar de estar atentas a las evoluciones de sus hijas. Pese a lo avanzado de la noche, la anfitriona seguía recibiendo invitados en la puerta acompañada de su hija Margaret, en cuyo honor se celebraba el baile. Los principales invitados, como la condesa de Lessay sabía muy bien, llegarían los últimos, estaba de moda llegar tarde. El mayordomo anunció a lady Maynard y el señor y la señora Cadoux, y Deborah Lessay sonrió con calidez. Mary Cadoux no era una invitada importante, pero sí una amiga muy querida. Alargó la mirada para ver quiénes eran los Cadoux que la acompañaban y se sorprendió de ver a Ashley llevando del brazo a una joven deslumbrantemente vestida. Al raso de suave azul plomo del vestido se superponía una seda blanca ligerísima, casi transparente, con minúsculas flores blancas bordadas, que parecía envolver su silueta en un jirón de niebla. El escote, bajo como exigía la moda, dejaba ver una piel blanca y perfecta, desde la punta de la barbilla hasta el nacimiento de los pequeños senos, cuyo volumen acentuaba, inmediatamente debajo, una ancha banda de un raso dos tonos más oscuro que el vestido. Las mangas, de apenas un palmo de longitud, estaban ribeteadas, igual que el cuello, en raso del mismo tono que la banda, y se recogían sobre el brazo con pequeños broches de diamantes orlados de aguamarinas. La experta mirada de la condesa pasó de los broches a los pendientes a juego y al espectacular collar con que se acompañaban y sintió que se le cortaba la respiración. La muchacha llevaba encima el rescate de un príncipe.

Mary estaba ya a su lado y la saludaba con el afecto de siempre. Le presentó a la joven como su nuera Helen, la esposa de Ashley, y Deborah los saludó a ambos con amabilidad. No podía dedicarles mucho tiempo, los siguientes invitados llegaban ya, así que los dejó al cuidado de su hijo Adrian y se volvió hacia los recién llegados con una parte de su mente todavía puesta en la joven.

Lady Maynard y sus hijos entraron en el salón coincidiendo con los compases finales del baile, una cuadrilla. Adrian les dirigió hacia un sofá libre en uno de los extremos, pero antes de que se sentaran en él, una de las jóvenes que habían estado bailando se separó de su pareja y casi corrió hacia ellos.

—¡Helen!

—¡Annie! —exclamó esta, extendiendo las manos para tomar las de su hermana.

—¿Cuándo has llegado? ¡No te había visto! ¡Ven, corre, está aquí mamá!

Annie hizo ademán de llevarse a su hermana y solo entonces se dio cuenta de la presencia de

lady Maynard y Ashley. Se frenó en seco e hizo una apresurada reverencia, a la vez que balbucía un saludo y disculpas.

—No te preocupes, querida —le quitó importancia lady Maynard—, es muy agradable ver cómo te alegras de ver a tu hermana. ¿Está aquí tu madre? Me encantaría saludarla.

—¿Voy a buscarla? —preguntó ingenuamente Annie.

—Es Helen la que debe ir contigo a verla. Corre, hija, ve.

Las dos hermanas se fueron, cogidas del brazo, hacia donde se sentaban Alice y Louise Dufour. Lady Maynard se sentó en el sofá e hizo un gesto a Ashley para que lo hiciera a su lado.

—Qué par de criaturas tan encantadoras, ¿verdad? Cada una a su modo, muy distinto, claro. La pequeña es rubia y delicada como un querubín, mientras que Helen... nuestra Helen, es más bien una ninfa del bosque.

No fue la única que se fijó en las dos hermanas cuando cruzaban el salón hacia su madre. Hubo muchas miradas que las siguieron porque ofrecían, en efecto, un contraste seductor, pero también porque, dentro del reducido círculo de la buena sociedad londinense, donde todo el mundo se conocía, las dos muchachas resultaban una novedad.

—¿Quién es la muchacha que llegó con Mary Maynard? —murmuró lady Elizabeth Drummond a la prima que la acompañaba.

—Es la esposa de su hijo Ashley. Se casaron a final de la temporada el año pasado.

—¿Ashley Cadoux casado? ¡No me había enterado!

—No, tú ya te habías ido a ya a Ramsgate. Fue un asunto casi escandaloso, la chica es de extracción burguesa y Maynard llevó el asunto con una discreción rayana en el secretismo, lo que hizo suponer... bueno, que *tenían* que casarse rápidamente.

—No parece que *tuvieran* que casarse. Sería evidente con ese vestido.

—Algernon Maynard es un imbécil. Se comportó como si la chica fuera una lechera y salta a la vista que no es en absoluto vulgar. Su padre estuvo con Robert en Oxford y su segunda esposa es una Dufour. Con los tiempos que corren a mí no me avergonzaría en absoluto que mi Charles se casara con una joven con cien mil libras de dote.

—¿Cien mil libras?

Su conversación había sido escuchada con discreción por las matronas que las rodeaban, pero la cifra hizo que dos de ellas olvidaran su educación hasta el punto de volverse a mirarlas.

—Mira, fue a saludar a Alice y Louise Dufour. Muy apropiado —aprobó la prima Brigid.

Katherine Wollstone aprovechó su amistad con Elizabeth Drummond para intervenir en la conversación:

—¿Sabes quién es la belleza rubia que se cuelga de su brazo?

—Es su medio hermana, la hija de Alice. La han presentado este año.

—¿También tiene cien mil libras? —Katherine tenía un hijo soltero y un marido jugador al que empezaban a agobiar las deudas.

—No creo que llegue a tanto, las cien mil de la primera le llegaban de su madre, pero seguro que la dote es respetable.

En el extremo opuesto del salón de baile, un grupo de jóvenes caballeros se había fijado también en las dos muchachas, si bien con otro interés. La rubia belleza de Annie era quizá la más admirada, pero Helen tenía sus partidarios, y la discusión entre unos y otros era animada. Solamente uno de los jóvenes permanecía en silencio, contemplando con los ojos muy abiertos a las hermanas. Uno de sus compañeros lo advirtió y, señalándolo a los demás, bromeó:

—Mirad, seguro que John está componiendo un poema... lo que nos gustaría saber es en

honor a cuál de las dos beldades.

—¡Confiesa, John! —exclamó otro—. ¿Cuál es tu musa?

John Rayton no pareció oírlos. Dejó la copa que tenía en la mano sobre una mesa y caminó hacia el grupo de damas.

—¡Maldita sea tu alma, John! —le intentó retener su amigo—. No me digas que las conoces. ¡Preséntanos!

En el grupo formado alrededor de Alice Bradford, lady Bantry se interesaba amablemente por la nueva familia de Helen. Su diferencia de edad con lady Maynard hacía que su relación se redujera a la cortesía del saludo cuando se cruzaban, pero tenía un hijo de la edad de Edgar también destacado en Francia y eso hacía que sintiera una espontánea simpatía por ella. No le llevó mucho tiempo intuir que Edgar debía estar hecho de otra pasta que su querido Michael y que quizá no fuera tan añorado en el seno de su familia como lo era este. Afortunadamente, la conversación quedó interrumpida por la llegada de un joven que se situó educadamente a unos pasos de distancia, esperando a ser visto.

—Creo que ese joven desea hablar con alguna de vosotras, queridas.

Las hermanas se volvieron a la vez. Helen soltó una exclamación de alegría y extendió la mano hacia John, que se inclinó sobre ella. La formalidad del gesto le hizo recordar a Helen dónde y con quién se encontraba; se volvió hacia las dos damas que observaban sentadas y procedió a presentar a su amigo, haciéndolo a continuación con Annie.

—John es nuestro vecino y un gran amigo. Me ha acompañado en muchos gratos paseos este verano.

—¿Es amigo de la familia, entonces? ¿Ha saludado ya a lady Maynard? —preguntó lady Bantry con intención.

—No, señora —respondió John, confuso—. Estaba con unos amigos, vi por casualidad a Helen y me sorprendí tanto que me acerqué de inmediato a saludar.

—¿Por qué se sorprendió? —preguntó Annie con ingenuidad—. Era casi inevitable que se encontraran antes o después, ¿no?

—Mi madre me había escrito que la familia se había quedado en Lancashire porque el estado de Richard no le permitía viajar.

—Así fue, pero ya está bien. Su principal deseo ahora es poder embarcar cuanto antes.

—Esa es una noticia estupenda. Debo ir a saludar a lady Maynard. ¿Me reservarías luego un baile, Helen? —John se dio cuenta de la incorrección cometida y añadió apresuradamente—: ¿Me haría usted también ese honor, miss Bradford?

Annie, en absoluto ofendida, le aseguró que se lo concedería encantada. John se despidió educadamente de las señoras y fue en busca de lady Maynard.

—¿No os parece muy guapo? —comentó aprobadora Annie siguiéndole con la mirada.

—¡Annie, por favor! —recriminó blandamente su tía—. ¿Qué comentarios son esos en una jovencita?

Hetty, una muchacha regordeta y saludable, con un invariable buen humor que compensaba la vulgaridad de sus rasgos, acababa de despedirse de su pareja de baile y volvía al lado de su madre.

—¿Quién es ese hombre tan guapo que estaba con vosotras? —preguntó con gran interés, haciendo que sus primas se echaran a reír.

Las jóvenes no permanecieron mucho tiempo junto a las señoras. Albert apareció enseguida reclamando a Hetty y lady Lessay se acercó poco después acompañada de dos jóvenes que

presentó como los hermanos Jonas y Herbert Moulins, que solicitaban a las dos Bradford para el siguiente baile. Después de ese, ninguna de las tres jóvenes tuvo un instante para sentarse hasta la hora de la cena, un buffet servido en el comedor principal. Cuando se anunció, Ashley reclamó a su esposa y la condujo hasta la mesa que había buscado para lady Maynard y Alice Bradford. Lady Bantry se sumó a ellas casi inmediatamente y poco después acudieron también Annie y Hetty, acaloradas y felices, escoltadas por John y Albert. Lady Bantry las contempló con benevolencia y sugirió que estarían más tranquilos si los jóvenes se buscaban otra mesa. La propuesta fue acogida con entusiasmo y las dos parejas se alejaron charlando animadamente. Lady Maynard vio que Helen, cuya piel estaba sonrosada por el ejercicio, les seguía con la mirada.

—¿Qué hacéis aquí vosotros dos? —reprendió—. No tenéis edad para sentaros con los chaperones, ¡id con ellos!

Ashley cruzó una rápida mirada con su madre y la comprendió al instante. Se levantó de la mesa y tendió la mano libre hacia su esposa.

—¿Vienes?

Helen aceptó la ayuda para levantarse con una sonrisa. Los dos se alejaron, Helen cogida de su brazo y Ashley ayudándose con el bastón, en pos de los otros cuatro.

Lo ocurrido no había pasado inadvertido para Alice Bradford, y la tranquilizó. Desconocía la causa de la infelicidad actual de Helen, pero al menos sabía que tenía el afecto de Ashley y su familia. Puede que sintiera atracción por el apuesto joven que les había presentado; su reacción al verle y lo poco que había contado apuntaban a un idilio pero, como Alice sabía muy bien, el enamoramiento juvenil tenía cura. Antes o después, Helen lo superaría, y entonces aún tendría a su esposo, y quizá hijos. Era un futuro resignado, pero en el que cabía la felicidad, una felicidad modesta y cotidiana, sin la exaltación del amor: aquella a la que podían aspirar las mujeres de su clase social.

Capítulo XVII

En la sala de estar de lady Maynard, Richard y Anthony jugaban con desgana a los palillos chinos mientras Ashley leía el periódico y su madre y su cuñada, con las cabezas inclinadas sobre las páginas de *La Belle Assemblée*, discutían ideas para el nuevo traje de baile de Helen. Ninguno levantó la cabeza cuando se abrió la puerta.

—El señor Bradford —anunció Burton.

Ashley plegó el periódico y miró a su esposa con aire inquisitivo. Helen, a la que el corazón se le había detenido un segundo, vio entrar a un joven alto, de cabello castaño y alegres ojos verdes, muy parecidos a los suyos, y de un salto se arrojó a sus brazos. Anthony acogió esta manifestación de afecto con un silbido admirativo. Richard, más discreto, se limitó a mascullar: «¿Otro?», con aire de exasperación. Helen, con los ojos radiantes, se volvió a su suegra y presentó:

—Mi hermano, Henry Bradford, mamá. Harry, ella es lady Maynard, la madre de Ashley.

—Me alegro mucho de conocerle, señor Bradford. Sentí no hacerlo en la boda.

—Desgraciadamente, me encontraba en Terranova, señora. Es un honor conocerla ahora.

—Y él es Ashley —continuó Helen, volviéndose hacia su esposo—. Y ellos, Richard y Anthony, sus hermanos. Harry, mi hermano pequeño.

Harry estrechó las manos de todos ellos y, siguiendo la muda invitación de Richard, tomó asiento a su lado. Anthony se apartó del sofá y se acercó a su cuñada.

—¿A nosotros no es un honor conocernos? —preguntó en un susurro perfectamente audible.

Ashley le dio un pescozón y le conminó a callarse. Harry, que no había podido evitar soltar una carcajada, preguntó al pequeño si era él el que había estado enfermo. Anthony alardeó de su perfecto estado de salud y señaló a Richard.

—¡Perdone! —se disculpó Harry—. Annie me escribió que Helen no había venido en enero porque uno de ustedes estaba muy enfermo.

—¿Cuándo has llegado? —desvió Helen la conversación, viendo que Richard estaba molesto.

—Atracamos hace tres semanas en Liverpool. ¡Casi no conseguimos llegar! Sufrimos un temporal horrible en mitad del Atlántico que nos destrozó la jarcia y nos desvió muy al norte de nuestra ruta original y, cuando ya avistábamos la costa de Irlanda, nos encontró el *Égalité*, un navío francés de setenta y cuatro cañones. ¡Dios mío, nos hizo trizas! No hubiéramos podido huir si no hubiera sido porque un disparo afortunado le destrozó el palo mayor. La pobre *Arcadia* no volverá a navegar, tiene más agujeros que madera en el casco.

Los caballeros hubieran querido preguntar detalles del combate, pero Helen tenía otras preocupaciones y no dudó en interrumpirles.

—¿Atracasteis hace tres semanas y no apareces hasta hoy? —dijo indignada—. ¿Cuándo llegaste a Londres?

—Anteayer —respondió sin inmutarse Harry—. Fui primero a Mánchester, tenía que hablar con tu abuelo.

Harry y el abuelo Robinson habían sido grandes amigos desde que el chico apenas caminaba, pero eso no era excusa para que le visitara antes que a sus padres. Hasta él entendió que debía una aclaración a su hermana.

—La *Arcadia* no volverá a navegar, me había quedado sin barco. Tenía que hablar con el abuelo.

Su explicación no resultó tan clara para los demás como él esperaba. Una mirada en derredor se lo hizo evidente, lo que le llevó a añadir:

—Me dijeron que el *Adventure*, un navío de setenta y cuatro, acababa de salir del astillero y que se lo habían dado al capitán Rodgers. —La mirada de su hermana seguía siendo de incompreensión, así que dio más detalles—: El padre del capitán Rodgers es diputado por Mánchester.

Para los Cadoux el enigma quedaba sin resolver, pero no para Helen. Cualquiera que quisiera ser elegido en Mánchester tenía que contar con la buena voluntad del señor Robinson y sus amigos empresarios.

—¿Te dio una carta de recomendación? ¿Te sirvió?

La inmensa sonrisa de su hermano fue más respuesta que su gesto afirmativo.

—Se la entregué en Portsmouth hace tres días. Tengo que embarcar en una semana.

La felicitación de Helen murió en su boca al observar la expresión de desconsuelo de Richard. Tras un momento de silencio, fue este el que sonrió con esfuerzo.

—¡Enhorabuena! Hoy en día es más difícil conseguir un barco que ganar a la banca en la ruleta.

—¡Muy cierto! ¡Enhorabuena a usted también, señor!

El silencio que siguió a estas palabras fue mucho más largo, preñado de desconcierto y, para Richard, de un sentimiento de ofensa.

—¡Oh, Harry! No creo que quisieras decir eso —dijo Helen—. Richard no ha conseguido barco aún.

—¡Pero sí lo tiene, el *Adventure*, como yo! El capitán Rodgers dijo que nos acompañaría Richard Cadoux y me preguntó si le conocía, sabía que te habías casado con su hermano.

Había solo una persona que podía haber llamado la atención del capitán Rodgers sobre Richard, la misma que había recomendado a Harry. Todos lo sabían pero nadie lo dijo en voz alta.

—¿No se lo han comunicado todavía? —preguntó Harry—. Imagino que el nombramiento no tardará en llegarle.

Lo hizo dos días más tarde, en una carta del Almirantazgo, sellada y lacrada. La siguiente semana fue de enorme trabajo para lady Maynard, que la pasó dedicada en cuerpo y alma a preparar toda la ropa y enseres que su hijo necesitaría en un viaje de varios meses. No así para Richard, que dejó todo en manos de su madre y dedicó esos últimos días a disfrutar de Londres con Harry, convertido de la noche a la mañana en su mejor amigo y compañero de tripulación. Boxearon en Jackson's, fueron a las peleas de gallos, y solo bajo la presión de Helen y Alice se decidieron a acudir al baile en honor de Hetty y Annie, dos días antes de su partida. Llegaron

tarde y no permanecieron allí más que tres horas, pero a Richard le bastaron para enamorarse perdidamente de Annie. Su nuevo amigo no encontró mejor medicina para curar su corazón herido que llevarle a beber a la taberna de Cribb, el famoso exboxeador, donde, con los ánimos sobrecitados por el amor y la ginebra, Richard inició una pelea con dos caballeros igualmente borrachos. Los cuatro acabaron ante el juez de guardia, del cual los dos jóvenes tuvieron que ser rescatados por el señor Bradford a costa de una importante suma.

Después de esa hazaña, incluso madres tan amantes como Mary Maynard y Alice Bradford sintieron cierto alivio cuando los dos chicos subieron al coche correo que los llevaría a Portsmouth. Las dos casas parecieron quedar vacías de pronto y los días siguientes se les hicieron a todos mucho más largos.

Pero no era posible caer en la melancolía, porque la temporada londinense estaba en su punto más alto. En las casas privadas se sucedían los desayunos venecianos, las fiestas de cartas, los conciertos, bailes y *soirées*. Cuando no se tenían otros compromisos, se iba a exposiciones, al teatro o a los jardines de Vauxhall, y los miércoles, si se era lo suficientemente afortunado para haber sido admitido en ese exclusivo club, se bailaba en Almack's. Helen, que no lo había sido en sus dos primeras temporadas como una desconocida señorita Bradford, y había accedido sin problemas como Helen Cadoux, se llevó una desilusión la primera noche. Pese a su fama, los salones del club no eran suntuosos, y la oferta de refrescos y comida se limitaba prácticamente a té, limonada y pan con mantequilla.

Tanto encuentro social no podía dejar de dar sus frutos, entre ellos, y no el de menor importancia, un goteo constante de compromisos matrimoniales. Como había previsto Annie, el más sonado hasta el momento había sido el de Henrietta y Albert, pero no el único: cada semana aparecía alguno más en el *Morning Post*. Con tanta campanada nupcial repicando alrededor, ni Alice ni Helen, pese al interés con que la observaban, podían identificar en Annie ninguna preferencia marcada. Parecía disfrutar plenamente de su primera temporada, hablaba y bailaba con todos, flirteaba muy discretamente, pero no mostraba un interés especial en nadie. Por supuesto, no hubiera sido correcto que lo mostrara abiertamente, pero su madre y su hermana estaban convencidas de que ellas lo hubieran notado.

Era quizá ese año el primero en que Helen, libre ya de las presiones sociales y limitaciones de una joven soltera, disfrutaba realmente de la temporada londinense. Recibía muchas más invitaciones de las que podía atender y, al principio, unas veces junto con su madre y su hermana, pero las más acompañada por su esposo o su suegra, salía casi todas las noches. Al poco tiempo, sin embargo, notó el cansancio de su suegra, que hasta entonces nunca se había visto obligada a seguir el ritmo de una joven, y eso le llevó a reflexionar sobre el sacrificio que imponía, no solo a ella, sino también a Ashley. Que ella supiera, era el primer año en que Ashley residía de forma estable en Londres durante la temporada. Más de una vez alguna de sus anfitrionas había expresado sorpresa y satisfacción por verle en su casa. A partir de entonces, aduciendo cansancio, eligió pasar los fines de semana en casa, limitándose a pasear por el parque con su esposo o acompañar a su suegra a los servicios religiosos. No era del todo falso su cansancio, porque entre semana rara vez se acostaba antes de las dos de la madrugada, y sus días estaba ocupados por las visitas, las compras y las sesiones de modista y peluquería. El acuerdo matrimonial le adjudicaba un dinero de bolsillo propio que su suegro consideraba, con razón, desorbitado. A lord Maynard le hubiera dado un ataque al corazón si hubiera sabido que esa asignación trimestral era más que doblada subrepticamente por el señor Robinson. Con tanto dinero para gastar, Helen se podía permitir todos los caprichos y extendía su generosidad para

renovar el guardarropa de lady Maynard con artículos de mayor calidad. Al marido de esta no le importaba y Ashley, que no hubiera consentido que su esposa vistiera a su madre, era demasiado ignorante en la materia para darse cuenta de los cambios en el vestuario de lady Maynard, más allá de una vaga sensación de que su madre iba mejor vestida desde que tenía a Helen para aconsejarla.

Suegra y nuera descansaban en la sala, después de un fructífero día de compras, cuando Burton anunció a lady Rayton. Era una hora desacostumbrada para las visitas, justo después del almuerzo, pero Ann Rayton era amiga íntima de la familia, lo que hacía admisible que se saltara las normas sociales. Lady Maynard llevó su respeto a las mismas hasta el extremo de enderezarse en el sofá en el que se había echado y recolocarse el gorro de encaje antes de decirle al mayordomo que la hiciera pasar y trajera refrescos.

Lady Rayton entró y saludó a su amiga con mucha menos efusividad de la acostumbrada. Se la veía incómoda, y limitó su saludo a Helen a una inclinación de cabeza.

—Perdona la intrusión, Mary. Tengo que hablar en privado con Helen. Es importante.

Lady Maynard la miró asombrada, pero no preguntó, se levantó del sofá y, con toda la naturalidad que pudo, propuso:

—Será mejor que os quedéis las dos aquí. Yo iré a leer un rato a mi cuarto.

Les sonrió a ambas y salió casi a la vez que Burton llegaba a la puerta con los refrescos. Lady Rayton esperó a que los dejara encima de una mesa y volviera a salir. Entonces, se sentó frente a Helen y empezó a hablar, mirándola a los ojos.

—No sé cómo tratar esto, Helen, es muy violento para mí. Te he tenido siempre mucha simpatía, no, verdadero afecto. Pero hay cosas que son imposibles, no están bien.

—No sé de qué me habla, señora —respondió Helen asombrada.

Lady Rayton la contempló entre la incredulidad y el rechazo. Dudó, tomó impulso y volvió a hablar.

—Estas Navidades advertí claramente que los sentimientos de mi hijo John hacia ti eran demasiado... no eran apropiados. Lo alejé de inmediato. Desgraciadamente, coincidisteis por casualidad en una de sus visitas a la ciudad. Desde entonces, deja Oxford para venir aquí prácticamente todos los fines de semana. No nos dice lo que hace, ni con quién está, pero me consta que le han visto salir y entrar de la casa de lord Bantry. No hay que tener gran imaginación para adivinar con quién se reúne allí. Esto debe acabar, Helen, es inmoral.

Helen la miró con ojos que la sorpresa hacía inmensos. Su mente hilaba ideas y recuerdos rápidamente y el asombro pronto dio paso a la comprensión. Intentó ocultarla, pero una sonrisa luchaba por llegar a sus labios.

—Le aseguro que no he estado viéndome con John a escondidas —aseguró—. No creo que John esté interesado en mí en el sentido que usted parece temer, pero yo, en cualquier caso, no lo estoy en él. Para mí, John es como Richard, le tengo un gran cariño, pero no de esa forma.

Lady Rayton la observaba con mirada penetrante, pero el asombro de Helen y sus palabras destilaban sinceridad. Su rostro expresó el mayor desconcierto.

—Pero, entonces... ¿quién...? —se interrumpió a sí misma. No razonaba a la velocidad de Helen, pero no era tonta y empezaba a tener una idea clara de a quién buscaba John en la casa de los Bantry.

Las dos mujeres se miraron en silencio, entendiéndose sin palabras. De repente, lady Rayton enrojeció violentamente y se llevó la mano a la boca en un gesto avergonzado.

—¡Oh, Helen querida! ¡Y yo he entrado aquí acusándote de inmoral! ¿Cómo podrás

perdonarme?

Capítulo XVIII

Sir Edward Rayton había escuchado a su esposa con creciente descontento. Le había irritado, en primer lugar, que ella hubiera sospechado que su hijo tenía una relación prohibida con una mujer casada y no se lo hubiera comunicado. Él no se hubiera andado con paños calientes y hubiera tomado cartas en el asunto rápidamente. Pero Sarah había seguido hablando y resultaba que su esposa no había tenido mejor idea que ir a hablar con la supuesta amante —la esposa de Ashley Cadoux, un vecino y amigo, lo mejorcito que había dado esa familia en varias generaciones—, a ofenderla en su propia casa acusándola poco menos que de seducir a su hijo. Para que al final todo hubiera sido un malentendido, cosa que él hubiera podido asegurarle a Sarah desde el principio, si ella hubiera tenido el buen sentido de consultarle. Bonita situación, ¿cómo iba a explicarle esto a Cadoux, si su esposa se le quejaba?

—Helen no va a quejarse a nadie, querido —le tranquilizó Sarah—, aceptó enseguida mis disculpas y al final, hasta nos reímos juntas. Es encantadora.

—Lo es, desde luego. Ha sido un acierto por parte de Ashley.

—Las dos estuvimos rompiéndonos la cabeza para averiguar a quién podía estar rondando John en la casa de lord Bantry —adelantó tentativamente lady Rayton.

—No creo que haya que darle muchas vueltas —gruñó Sir Edward—, tiene una hija, ¿no? La presentaban este año. Georgiana, o Henrietta o un nombre similar. Bueno, yo no me preocuparía más. Buena familia, y aunque no son ricos, no andan mal de dinero. Veremos en qué queda todo.

—¡Oh, no, querido, no puede ser Henrietta! Se prometió hace *meses* con su primo Albert.

—¿Hay alguna hija más? —Se sorprendió Sir Edward—. Si la hay, debe estar todavía en manos de la institutriz. Hablaré con John, es totalmente inapropiado que flirtee con una chiquilla que aún no ha sido presentada.

—Henrietta no tiene hermanas, pero sí una prima que ha sido presentada esta temporada con ella —explicó su esposa con paciencia—: Anne Bradford, la hermana pequeña de Helen Cadoux.

—¿Una Bradford? ¡Imposible, que John se olvide de eso! Nadie había oído hablar de Bradford hasta que cazó a Cadoux para su hija, no es más que un tendero.

—Pero acabas de decir que Ashley tuvo un gran acierto al casarse con Helen.

—¡Lo que tuvo es mucha suerte! En esas familias sobra el dinero y faltan modales, la chica podría haber sido intolerablemente vulgar. Cadoux tenía que casarse con una heredera, John no necesita eso.

—Tampoco le vendrá mal. Recuerda que para reunir la dote de Amanda hubo que hipotecar la granja de Longdridge.

Sir Edward gruñó. Las bodas de sus dos hijas, tan seguidas, le habían obligado a rascarse el bolsillo más allá de lo que le permitían sus rentas. Podría haber negociado a la baja en los

acuerdos prematrimoniales, pero era un hombre generoso y no había querido hacerlo. Era consciente de que con ello había reducido significativamente la herencia de John y no le gustaba que su esposa se lo recordara.

—Nos recuperaremos. John tendrá su herencia libre de cargas.

—Anne Bradford no es Helen, claro. No tendrá cien mil libras, solo cuarenta.

Cuarenta mil libras era una cantidad muy importante, muy por encima de las dotes habituales, y lady Rayton lo sabía perfectamente. Dejó que la información calara en la mente de su esposo y continuó:

—Aun así, no es una cantidad despreciable. Yo no tengo cabeza para los números, Edward, ¿cuál sería el interés, mil seiscientas libras anuales?

—No voy a casar a John con una tendera. —Lord Rayton estaba siendo acorralado en su última trinchera.

—¡Edward, por favor! Su madre es una Dufour, la hermana pequeña de Louise Bantry. Y yo fui con Louise al seminario de jovencitas en Bath —remachó lady Rayton.

—¡Estás construyendo castillos en el aire, como siempre! —explotó Sir Edward—. ¡Todo esto porque el chico viene a menudo a Londres y le han visto cerca de la casa de Bantry!

—Tienes toda la razón, querido, es muy prematuro. No sabemos en qué acabará, pero me alegro de que lo hayamos hablado. Es siempre tan cómodo tener las cosas decididas de antemano...

En la casa de los Bradford, Helen y Alice habían sometido a Annie a un interrogatorio exhaustivo hasta sonsacarle todos los detalles del idilio. Mientras recuperaban fuerzas bebiendo un vasito de ratafía, las dos se miraron por encima de la bandeja de *eclairs* y tartaletas de manzana y se entendieron sin palabras. Annie parecía habérselo tomado muy en serio y ellas dos iban a hacer lo imposible para que al menos a ella nadie le robara sus ilusiones.

—¿Por qué no me dijiste nada? —recriminó Alice.

—Porque no sabía qué sentía John por mí —explicó Annie—. No me lo dijo hasta hace dos días. Me daba mucha vergüenza contar que estaba enamorada y que después él no estuviera interesado en mí.

—¿Iba todos los sábados a casa de Henrietta y no sabías si estaba interesado en ti? —preguntó Helen muerta de risa.

El sofoco de Annie le impidió contestar. En el fondo, tanto Alice como Helen la entendían. Era fácil adivinar el interés de un hombre por una mujer cuando lo observabas desde fuera, pero se convertía en algo más complicado cuando era una misma la mujer en cuestión. Entonces, todas las inseguridades y dudas crecían, y el miedo a engañarse y convencerse de que era cierto lo que se deseaba paralizaba el entendimiento.

—Tengo miedo de que a sus padres yo no les parezca aceptable —confesó Annie.

—A lady Rayton se lo parece y creo que sir Edward se dejará guiar por ella. —Helen sospechaba que el enorme alivio de lady Rayton al saber que no era ella el amor de su hijo había influido en su entusiasta aceptación de Annie.

—Mi temor es más bien que sea vuestro padre el que no considere adecuado a John —dijo Alice preocupada.

—¡Pero John será baronet! —protestó Annie.

—George Hartwell vino ayer a hablar con él.

Sus dos hijas se quedaron en silencio, asimilando la noticia. George Hartwell era el

primogénito de lord Westland. Era un hombre serio y callado de más de treinta años, que vivía pegado a las faldas de su madre, a la que acompañaba a todos los eventos sociales. Su timidez era proverbial, rara vez se acercaba por iniciativa propia a una joven, si bien su cortesía le llevaba a bailar con todas las que le eran presentadas. Se decía que en los últimos tiempos su padre había empezado a mostrar cierta impaciencia: George era hijo único, si no se casaba y engendraba un heredero, el título pasaría a manos de algún oscuro primo lejano.

—¿Has coincidido con él frecuentemente?

—¿Y quién no? Lady Westland va a todas las cenas y bailes y él está siempre con ella.

—¿Se ha mostrado especialmente atento contigo?

Annie tuvo que hacer memoria antes de contestar. George Hartwell no era un caballero en el que una joven se fijara en los bailes. Si se daba la ocasión, se bailaba con él, se le sonreía, se aceptaba que ofreciera ir a por una limonada y se le agradecía amablemente cuando la traía. Después se le olvidaba en la emoción del siguiente baile con John, sus miradas, los cuchicheos intercambiados entre paso de baile y paso de baile. ¿Quién podía recordar las atenciones de George Hartwell habiendo recibido las de John Rayton?

—Creo haber bailado con él en todos los bailes, y dos veces me acompañó cuando llegó la hora de la cena —recapitó con esfuerzo—. Y estuvo en la velada musical de los Merrivale. Fue un tostón, porque no estaba John y el señor Hartwell no se separó de mi lado.

—No se separó de tu lado —repitió como un eco Helen.

—Y me presentó a su madre —remachó con rencor Annie. No había terminado de decirlo cuando se dio cuenta del significado del acto—. ¡Oh, no!

—¿Fue *simpática* contigo?

Lady Westland era famosa por su habilidad para alejar de su hijo con desplantes a cualquier jovencita por la que él mostrara interés.

—Fue encantadora —respondió Annie con lágrimas en los ojos.

Las tres se miraron desoladas. Los Hartwell era una de las mejores familias de Sussex. La mayoría de las familias nobles pretendían remontarse en sus antepasados hasta algún caballero normando al servicio de Guillermo el Conquistador, pero en el caso de los Hartwell esa pretensión estaba fundada y documentada. Tenían un enorme castillo y propiedades tan extensas que se decía que ni siquiera su administrador las había visitado todas. Teniendo una oferta del futuro lord Westland, Henry Bradford no iba a recibir de buen grado la de John Rayton.

—¿Te comentó papá algo después de hablar con él? —preguntó Helen a Alice.

—No. Esperaba que lo hiciera, pero no me dijo nada. —Alice dudó un momento antes de proseguir—. Hace días que vuestro padre está diferente. Algo le preocupa, ni siquiera parecía contento.

Durante un rato, cada una de ellas se dejó llevar por sus propios pensamientos. Una criada entró y encendió las velas, devolviéndolas a la realidad. Helen miró la hora en el reloj de pared y se puso en pie.

—Tengo que irme, había quedado en recoger a lady Maynard a las cinco. Voy a decirle a Trewellian que mande sacar el coche.

—Espera, le llamo —dijo Alice, tendiendo la mano hacia el cordón de la campanilla.

—No, bajo yo. Prometí a la señora Hubbard que pasaría por la cocina a despedirme de ella.

La visita era obligada: la señora Hubbard se retiraba después de más de treinta años al servicio de la familia. Conocía a Helen y sus hermanos desde su nacimiento y más de una vez se había arriesgado a incurrir en el reproche de su señor por pasarles comida de contrabando cuando

estaban castigados a pan y agua. Helen bajó las escaleras a toda velocidad y frenó bruscamente para evitar toparse con su padre, que ascendía desde el recibidor. Los dos se quedaron mirándose, incómodos. No habían vuelto a verse desde la primera visita de Helen a la casa, a su llegada a Londres. Helen evitaba en lo posible ir a la calle Berkeley y, cuando lo hacía, elegía las horas a las que su padre solía estar ausente. Quizá por el tiempo transcurrido, el cambio que él había experimentado la impresionó. En la última entrevista le había parecido algo envejecido, pero en ese momento lo encontró derrotado. La mirada que le dirigió era la de un hombre cansado, abrumado por una carga superior a sus fuerzas.

—Hola, Helen —dijo en voz baja.

—¡Papá! ¿Qué sucede? —La pregunta se le escapó, incontenible.

Podía guardar rencor a su padre mientras siguiese siendo el hombre inflexible y dominante que la había abocado a un matrimonio sin amor, pero no cuando lo veía vencido. Decenas de imágenes cruzaron fugazmente su mente: su padre llevando del ronzal el pony sobre el que cabalgaba por primera vez, consolándola tras una caída, escuchando embelesado su torpe ejecución al piano como si fuera la mejor concertista del mundo... Tenía mucho que perdonarle, pero también mucho que agradecerle, y en aquellos momentos lo segundo parecía más importante. Todo aquello debió reflejarse en su cara, porque él se quedó prendido en ella y en sus ojos tristes brilló una luz nueva.

—Me gustaría hablarlo contigo —dijo con timidez.

Helen le cogió del brazo y bajó con él hacia la biblioteca, en la que encontraron a Trewellian, disponiendo en una mesa junto al fuego una bandeja con bebidas. Su sorpresa al ver entrar al padre y la hija juntos fue cuidadosamente disimulada, terminó sin apresurarse sus preparativos y salió cerrando la puerta tras de sí con la suavidad de un aleteo de mariposa. Henry se sentó en el sillón junto a la mesa y Helen lo hizo en el que estaba frente a él. Eso los retrotrajo repentinamente a seis o siete años atrás, a la época en que a una Helen adolescente le empezó a ser permitido, como especial privilegio, compartir un tiempo con su padre antes de la cena. Los dos sonrieron melancólicamente a la vez y su entendimiento mudo hizo más por bajar a barrera que se había levantado entre ellos que un largo discurso.

—Hay algo que tengo que contarte —dijo el señor Bradford con cierto esfuerzo—. No sé cómo hacerlo, disculpa si soy brusco o brutal. Sir Thomas Ruton... tu pretendiente, se casó con Susan Hartman en septiembre.

—Me lo dijo mamá. Temía que me ofendiera su rápido cambio de planes, pero no me importa.

—Susan está de nuevo en casa de sus padres. Discutió con Ruton, él deseaba que se quedara en su casa de campo y ella quería vivir en la ciudad. Le pegó una paliza y la abandonó allí, vigilada por los criados. Su doncella se escapó y avisó a Hartman.

Bradford se levantó y se acercó a la chimenea. Se apoyó en la repisa y volvió a pasar una mano por la frente, como si le doliera.

—Tuvieron que amenazar con denunciarle para que les dejara ir a recogerla. Tenía las costillas y una pierna rotas y ha perdido un ojo. —El hombre dio un puñetazo contra la repisa y añadió con la voz llena de rabia—: Ni siquiera la había visto un médico. ¡El muy cerdo!

Helen sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Sabía que Ruton se casaba a la fuerza y por dinero y que una esposa le suponía un estorbo para seguir con el tipo de vida que deseaba. No era el primero ni el último en verse en una situación así. Tampoco era el único que había previsto solucionar su problema relegando a la esposa a su residencia campestre, pero muy pocos

hubieran llegado a esos extremos de brutalidad.

—Le daba igual que muriera —dijo, reflexionando para sí misma más que para su padre—, posiblemente lo prefiriera. Se hubiera quedado el dinero y hubiera sido libre de nuevo.

Su padre la miró de frente. Tenía los ojos enrojecidos.

—Podías haber sido tú —susurró—. Nunca hubiera podido imaginar... Fui un loco, un mal padre. Tenía obligación de averiguar en qué manos te dejaba y no lo hice, me cegó su posición social.

Henry dio dos pasos hasta situarse frente a su hija. Se inclinó ligeramente para poner su mano sobre las de ella y dijo:

—Por favor, perdóname, Helen.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Helen. No recordaba que su padre se hubiera disculpado jamás, ni con ella ni con nadie. No podía hablar pero apretó la mano entre las suyas.

—No llores, por favor. No soporto verte llorar. Desde el otro día no puedo dejar de pensar... Creo que te he hecho mucho daño y no sé cómo compensarlo. Solo quiero que sepas una cosa más. Si alguna vez Ashley Cadoux te pone la mano encima... No, si él te hace desgraciada, esta casa siempre será la tuya. No me importa el escándalo. Si te hace daño, vuelve.

Helen sonrió entre sus lágrimas a la vez que movía negativamente la cabeza.

—Ashley es un caballero, papá. Se casó conmigo porque le dije que era o él o Ruton, y conocía la reputación de Ruton. No me hace daño, o quizá sí, pero no es su culpa. Es complicado, no lo puedo explicar.

La expresión de su padre era indescifrable. No hizo ninguna pregunta más, pero sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió. Mientras ella se sonaba, recogió con dos dedos un mechón de pelo escapado del moño de su hija y lo llevó con suavidad hacia atrás. En un ataque de timidez, después de hacerlo se retiró hacia la mesa de las bebidas y se sirvió una copa antes de sentarse de nuevo en su sillón.

—Lo que importa ahora —dijo Helen con resolución— es que esto no les ocurra a Annie y a Eliza.

—George Hartwell ha pedido la mano de Annie —anunció su padre—. Le he dicho que no dejaría que nadie hablara con ella hasta el final de la temporada. He empezado a reunir informes sobre él.

—No creo que vaya a ser el único, papá.

—¿Sabes de algún otro?

—Sí, sé cuál es el que ella querría que la pidiera y espero que lo haga. John Rayton.

El señor Bradford no pudo evitar torcer el gesto. De George Hartwell a John Rayton había un salto muy grande. Helen guardó el pañuelo y le habló en tono sereno y firme, muy distinto del apasionamiento de la Helen que él había conocido.

—No creo que George Hartwell sea un maltratador, papá, pero para que una mujer sea feliz hace falta algo más que el que su esposo no le pegue. Sé que no crees necesario el amor en el matrimonio, pero estoy segura de que piensas, como yo, que una mujer debe poder respetar a su marido. Es difícil ser feliz al lado de un alfeñique dominado por una madre odiosa, en una casa de la que no eres la dueña.

—¿Ese es el retrato que me harán de él mis informadores? —preguntó el señor Bradford con una ligera sonrisa.

—Si son sinceros, sí. ¿Por qué crees que lady Westland acepta a Annie, cuando ha espantado a chicas mucho mejor situadas? Porque piensa que Annie, que es una burguesa sin relaciones

importantes, será más dócil, que podrá dominarla mejor.

Helen se inclinó hacia delante y extendió la mano hacia su padre, en un gesto que no podía malinterpretarse. Él se la cogió. Así unidos, las siguientes preguntas de Helen perdieron la agresividad que hubieran podido tener.

—¿Qué vas a hacer si Annie se niega a aceptar a Hartwell, papá, la vas a encerrar en su cuarto también? Si mamá cae enferma, ¿le prohibirás verla? ¿O a mamá sí? ¿Y si fuera el abuelo Dufour?

Su padre se encogió como si hubiera recibido un golpe. Hizo el ademán de retirar la mano y casi de inmediato volvió a aferrar la de su hija con más fuerza.

—Fue una crueldad, papá. No lo pensaste, pero ahora lo sabes y no serás capaz de volver a hacerlo. John Rayton es lo que Annie quiere y es perfectamente aceptable. Creo que hemos tenido suerte.

Capítulo XIX

La alegre risa de Helen cuando entraba en la casa llevó una sonrisa al serio rostro de Ashley e hizo que levantara la vista del libro y esperara expectante a que su madre y su esposa entraran en la sala, lo que sucedió un par de minutos después. Las dos estaban animadas, Helen, más que animada, radiante. Radiante y bellísima, pensó él, con el corazón encogido.

—Parecéis contentas. ¿Fuisteis de compras?

—Hemos estado en casa de los padres de Helen —explicó lady Maynard, dejándose caer en un sillón con alivio—. Estos zapatos no son cómodos, Helen, querida. Son preciosos, pero no son cómodos. Tendré que mandarlos a arreglar.

—¿Visitasteis a los padres de Helen? —Era la primera vez. Su madre y Alice se trataban con afabilidad allá donde se encontraban, pero hasta ahora no habían cruzado visitas.

—Fuimos a dar la enhorabuena a Annie.

—¡Vaya, por fin se ha prometido! Me sorprendía su tardanza, supongo que estando siempre rodeada de admiradores debe ser más difícil decidir. ¿Quién es el afortunado?

—John Rayton —anunció lady Maynard, casi con indiferencia—. No es lo mejor a lo que podía aspirar, pero no está mal. Me alegro por Sarah, echa mucho de menos tener a sus hijas en casa.

Ashley no la escuchaba. Al oír el nombre de John su mirada se había vuelto, casi asustada, hacia su esposa. Helen escuchaba a lady Maynard con la misma cara de felicidad con la que había entrado.

—¿No te importa? —La pregunta se le escapó a Ashley antes de que pudiera pensarla dos veces. Hubiera querido morderse la lengua, pero era imposible retirarla.

—¿Importarme? ¡Estoy encantada! —respondió Helen, abriendo los brazos y girando sobre sí misma de pura alegría—. ¡Annie va a venir a vivir a quince millas de Maynard Hall! ¡Podremos vernos prácticamente todos los días!

Ashley seguía mirando a su esposa, pero su madre le miraba a él y fue testigo de una transformación asombrosa. Tiempo después, recordándola, se dijo que había sido como ver una estatua transformarse en un ser de carne y hueso. Las facciones duras y entrenadas en la imposibilidad de su hijo se suavizaron y tomaron color, sus ojos adquirieron una dulzura que nunca había visto en ellos y su boca se ensanchó en una sonrisa irreprimible. Fue a hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, la puerta de la sala volvió a abrirse y Edgar, con ropa de montar, empapado y cubierto de barro, entró en ella.

—¡Edgar! —exclamó lady Maynard.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó él con brusquedad.

—Nosotros también estamos bien, gracias —murmuró Ashley, haciendo que a Helen se le

escapara la risa.

Edgar los miró a ambos con repulsión durante unos segundos para volverse casi de inmediato a lady Maynard y preguntar de nuevo:

—¿Dónde está mi padre?

—Imagino que en alguno de sus clubes —contestó Ashley en lugar de su madre—, ya sabes que no acostumbra a informarnos de sus actividades.

Sin decir palabra, Edgar dio media vuelta y salió de la habitación dando un portazo. Los tres se miraron.

—Creo que vamos a tener problemas —profetizó Ashley.

—¡Oh, querido, ahora que *todo* estaba yendo *tan bien*! —se lamentó lady Maynard desolada.

La tormenta se desató esa noche, tras una cena silenciosa y cargada de tensión, tan pronto como las señoras dejaron el comedor y el oporto estuvo servido.

—Edgar tiene problemas.

—Eso intuí esta mañana.

—No te hagas el gracioso, Ashley, es muy serio. Ha tenido una mala racha en el juego y no puede pagar sus deudas.

—Es una situación en la que, por lo que tengo entendido, se encuentra con frecuencia.

—Esta vez es muy distinto. No son unos pocos cientos de libras, sino más de seis mil, y jugaba con otros oficiales del regimiento, incluido su coronel.

El asunto era realmente grave. El impago de deudas de honor era inadmisibles en un caballero. Suponía su ruina social, y en un oficial, una catástrofe para su carrera.

—¿Ha hablado contigo? —dijo Ashley, dirigiéndose directamente a Edgar, que había permanecido callado hasta el momento.

—Me preguntó qué pensaba hacer para pagar. Le dije que no tenía liquidez y que tendría que esperar a volver a Londres para visitar a mis banqueros. Me dio permiso para hacerlo de inmediato, por eso estoy aquí. No fue una amenaza abierta, pero mencionó la expulsión.

Edgar hablaba sin dejar de mirar su copa. Ashley era muy consciente de que había estado bebiendo continuamente durante toda la cena, y parecía dispuesto a seguir haciéndolo en la sobremesa. Su padre, que se había estremecido al escuchar la palabra «expulsión», vació de un trago la suya y volvió a llenarla. Edgar hizo lo mismo. Si seguían a ese ritmo, dentro de un rato tendría que discutir con borrachos.

—Hay que vender —dijo lord Maynard con voz ronca.

—¿Vender tierra? —respondió Ashley—. Habría que vender unos doscientos acres libres de cargas para cubrir seis mil libras, ¿los tiene, señor?

—Sabes que no —dijo Edgar con rabia—. Tú aparentas no enterarte, pero sé que el administrador va a llorar en tu hombro. Se ha vendido ya todo lo que se podía vender, la propiedad que queda está vinculada.

—Y no está libre de cargas —añadió lord Maynard en voz baja.

Los tres hombres permanecieron en silencio, sin querer dar el siguiente paso. El oporto volvió a circular. Esta ronda, también Ashley llenó su copa, más por dejar pasar el tiempo que por deseo de beber. Necesitaba conservar la cabeza clara, sería el único que la tuviera.

—Hay que romper el vínculo y vender —dijo por fin Maynard con un esfuerzo.

Romper el vínculo. Lo que estaban exigiendo a Ashley era que renunciara a su derecho a heredar libres de cargas las propiedades vinculadas por su abuelo al título, de forma que su padre

pudiera disponer de ellas para venderlas o testar a su antojo.

—No voy a hacerlo.

—Hay que hacerlo —saltó Edgar, dando un puñetazo en la mesa—. No puedes quedarte sentado mientras mi carrera se arruina.

—Tú lo dijiste antes: Morrison me ha llorado a menudo en el hombro. Sé cómo están las cosas en Maynard Hall, la propiedad que queda apenas basta para pagar los intereses de las hipotecas y permitirnos vivir. Si es que da para eso, porque sospecho que es la dote de Helen la que está cubriendo buena parte de los gastos.

Ashley había empezado a hablar respondiendo a Edgar, pero se volvió para dirigirse directamente a su padre.

—Sabe que si vendemos más tierras la propiedad ya no se sostendrá a sí misma y a la familia. ¿De verdad quiere hacerlo?

—Hay que vender... Edgar... —Lord Maynard parecía a punto de derrumbarse—. Si le expulsan será la desgracia de la familia.

—La desgracia de la familia sería perder Maynard Hall.

Edgar se puso en pie bruscamente, tirando la silla para atrás. El movimiento le hizo perder el equilibrio y tuvo que apoyarse en la mesa con las dos manos para estabilizarse. Se quedó mirando a su hermano en esa posición. Tenía la cara roja y los ojos ensangrentados.

—¡La desgracia de la familia! ¡Tu desgracia, quieres decir! Claro que no quieres vender, es tu herencia, ¿verdad? Pero yo también soy un Cadoux, tan bueno como tú. ¡Mejor que tú, tullido de mierda! No tienes derecho a quedarte sentado hablando como un obispo mientras los demás nos hundimos.

—Precisamente intento que los demás no se hundan. Te recuerdo que Richard y Anthony también son Cadoux, tan buenos como tú y yo. No voy a dejarlos sin hogar para salvarte. Ni tampoco a mamá.

—¡Mamá! —El rostro de Edgar se iluminó de esperanza—. Podemos vender sus joyas. Deberían...

—Hace tiempo que están vendidas —susurró lord Maynard—. Eso que lleva son copias en pasta. No darán nada por ellas.

Los hermanos se quedaron un momento en silencio ante esta nueva confesión. Algunas de las joyas eran reliquias familiares pasadas de suegra a nuera durante generaciones. Maynard había estado despojando a Ashley de su herencia durante años. Los problemas de Edgar eran sin embargo demasiado acuciantes como para que perdiera mucho tiempo en reflexionar sobre ello. La dirección de sus pensamientos se hizo evidente en sus siguientes palabras.

—¡Helen! Maldita sea, su joyero debe ser un cofre pirata: solo ese colgante de perla que tiene vale más de mil libras.

—Las joyas de Helen son su propiedad personal.

—No seas imbécil, todo lo de tu mujer es tuyo desde que os casasteis.

—Según los acuerdos prematrimoniales, mantiene la libre disposición de todos sus bienes personales —Ashley se permitió una sonrisa—, ella misma me lo explicó.

—Entonces, tendrá que *decidir* disponer de ellos. Arréglatelas. Cualquier marido sabe cómo *convencer* a su esposa de que entre en razón.

—No estoy dispuesto a hacerlo. Ni siquiera a intentarlo. —La expresión de Ashley se había endurecido al escuchar la propuesta de su hermano. Dejó la copa en la mesa y se levantó—. No tenemos nada más que hablar. Buenas noches.

Edgar dio un paso hacia él alzando la mano para intentar detenerle, pero había bebido demasiado. Perdió el equilibrio y cayó redondo al suelo, a los pies de lord Maynard, que acodó los brazos en la mesa y escondió la cara entre las manos, sin molestarse en mirarle.

Ninguno de los dos hizo su aparición a la hora del desayuno, lo que permitió a Ashley comer en paz. La prudencia aconsejaba sacar a las damas de la casa antes de que Edgar se levantara y volviera a la carga porque Ashley no dudaba de que intentaría presionar a Helen directamente. Subió de nuevo las escaleras y llamó a la puerta del dormitorio de su esposa. Cuando pasó, la encontró aún en la cama, arrellanada en los almohadones. En la mesilla de noche estaban todavía los restos de su desayuno y en su regazo un montón de cartas aún sin abrir. Alzó los ojos de la que estaba leyendo y se ruborizó al verle.

—Creía que era Agnes.

—Lo entiendo. Perdona que te moleste, pero quería hablar contigo cuanto antes.

—¿Pasa algo?

—La tormenta que Edgar amenazaba con descargar sobre nosotros ha empezado a caer. Venía a proponerte que pasáramos el día fuera.

Helen le miró con una sonrisa pícaro, agitó la carta que tenía en la mano y propuso:

—¿No sería mejor un par de semanas fuera? El abuelo me escribe que tendrá en casa como invitados a algunos de los más interesantes naturalistas del país. No en Chorlton Row, sino en su casa de campo, cerca de Buxton. Nos invita, ¿vamos?

Ashley miró el montón de cartas que quedaban sin abrir sobre la cama. La mayoría eran invitaciones a eventos sociales. Las señaló con la mano.

—¿No te importa perderte todas esas fiestas?

—Me encantan las fiestas, pero Ashley, ¿dice que irá el señor John Latham!

Su esposo sonrió ante el entusiasmo que despertaba en Helen la posibilidad de conocer al renombrado ornitólogo. No podía negar que la propuesta le tentaba mucho y solo le detenía su reticencia a dejar a su madre y a Anthony solos a merced de las iras de Edgar.

—Creo que tú debes ir, eso es seguro.

—¿No vendrás? —Helen sonaba sinceramente decepcionada.

—No me gusta dejar solos a Anthony y a mi madre cuando Edgar está de tan mal humor.

Helen asintió, comprendiendo. La escena de los establos se le había quedado profundamente grabada.

—¿No podríamos volver con ellos a Maynard Hall? A tu padre le parecería muy bien, siempre se está quejando de que aquí, sin las clases del vicario, Anthony no adelanta en sus estudios.

Era cierto, sin la férrea tutela del vicario, Anthony vagueaba. No le gustaba Londres. Deambulaba como fiera enjaulada por la casa y su único deseo era que le permitieran salir solo a la calle. Por otro lado, a lady Maynard, una vez que Richard se había embarcado, tampoco le importaría demasiado pasar unos días en el campo, sobre todo si eso les libraba de Edgar.

—Es una buena idea, lo propondré. Pero tú debes contestar a tu abuelo aceptando su invitación.

—¿No quieres que os acompañe?

—Nada me gustaría más que el que vinieras con nosotros —Había en el tono de Ashley una calidez que Helen no había percibido antes y que le hizo abrir unos ojos inmensos—, pero quiero tenerte completamente fuera del alcance de Edgar. Necesita dinero y cree que puede conseguirlo de ti.

Capítulo XX

Agnes entró en el dormitorio y recorrió un poco las cortinas, lo suficiente como para que la habitación saliera de la penumbra. Se acercó a la cama, dejó la bandeja sobre la mesa y se volvió hacia el sillón para doblar el chal que estaba tirado sobre él.

—Estoy despierta.

—Buenos días, señora Cadoux.

—¿Hoy soy la «señora Cadoux»? ¿Qué he hecho mal?

—Tiene que acostumbrarse, señorita Helen —dijo Agnes con severidad mal fingida.

—¡Bah!

Helen se incorporó y extendió la mano hacia la taza de chocolate. Al levantarla vio un sobre en la bandeja y reconoció inmediatamente la letra. Dejó la taza de nuevo y con una sonrisa de anticipación, cogió la carta y rompió el sello con impaciencia. Agnes, que se había quedado en la habitación solo para poder presenciar ese momento, sonrió para sí, salió de la habitación y bajó corriendo a la cocina para informar: aún había esperanza para el matrimonio Cadoux.

Le hubiera resultado decepcionante el contenido de la misiva porque Ashley, aparte de asegurar que todos estaban bien en una línea y media, la dedicaba por entero a describir el avance del libro en que ambos trabajaban y aceptar entusiasmado la oferta del señor Latham de revisar y comentar su manuscrito. La mirada de Helen recorrió la carta casi en vertical para buscar las líneas de despedida: «Espero que estés disfrutando, pero una parte de mí, la más egoísta, desea también que nos eches de menos. Yo, desde luego, te echo en falta. Tuyo siempre, Ashley». No era una declaración apasionada, pero hizo que apretara la carta contra su pecho como una quinceañera. Saltó de la cama y se dirigió a la ventana. Iba a hacer un día espléndido, de auténtica primavera. Si estuviera en Maynard Hall, esa mañana habría salido con Ashley a observar aves y dibujar. De pronto, ese plan le pareció mucho más apetecible que las ilustradas conversaciones de los sabios amigos de su abuelo. Decidió que acortaría su estancia en Greyson Abbey.

Había una actividad inusual a esa hora de la tarde en las cuadras de Maynard Hall cuando Ashley entró en ellas al volver de Preston. La razón se hizo visible inmediatamente: un gran carruaje de viaje estaba detenido en medio del patio y dos postillones lo limpiaban con esmero bajo la supervisión del cochero del señor Robinson. «Oh, no», pensó. Un mozo de cuadras se acercó a sujetar los caballos y Ashley descendió del carrocín.

—¡Señor Ashley, está aquí la señora! —anunció el mozo de cuadras.

—Ya veo. ¿Sabe si llegó hace mucho?

—Algo más de una hora.

—Gracias, Lexman.

Dejó los caballos en manos del mozo y se dirigió a la casa. Burton abrió a puerta antes de que llamara.

—Señor, la señora Cadoux...

—Ha llegado —le interrumpió Ashley—. ¿Dónde está mi hermano, Burton?

No tuvo que especificar a qué hermano se refería, los dos tenían claro a cuál de ellos era importante tener localizado.

—Salió a caballo a mediodía, señor. Aún no ha vuelto.

Ashley se relajó visiblemente. Dejó que Burton le ayudara a quitarse la capa y le entregó también el sombrero.

—Subiré a cambiarme. Por favor, avíseme cuando vuelva el señorito Edgar.

Antes de entrar en su habitación, llamó a la puerta de la de su esposa. No contestaron a su llamada, pero casi de inmediato Agnes abrió la puerta.

—Buenas tardes, Agnes, ¿está mi esposa?

—Salió a dar un paseo por los jardines en cuanto llegamos, señor. Creo que iba en busca de lady Maynard.

—Gracias. Si volviera, dígame por favor que cuando tenga libre un momento me gustaría verla. Estaré en la biblioteca.

La voz de Ashley imprimió al mensaje la urgencia que las palabras no transmitían. Era imperativo que localizara a Helen antes de que Edgar pudiera ponerle la vista encima. Pasó por su habitación para asearse y bajó rápidamente a la biblioteca. Cogió un libro, pero era incapaz de concentrarse. Al poco rato lo dejó sobre la mesa y se acercó a la ventana. La estancia tenía una magnífica vista sobre la avenida principal. Acecharía la llegada de Edgar.

Había llegado tarde. Helen había salido al jardín, como indicó Agnes, poco después de llegar. Se había encontrado allí con su suegra y habían pasado juntas una hora feliz, de la que Helen había salido con un ramo de anémonas recién abiertas. Decidió de inmediato que el sitio perfecto para él era el gabinete de la Casa de la Viuda, el lugar donde más tiempo pasaban Ashley y ella. Abandonó los jardines y llegó a la avenida diez minutos después de que Ashley entrara en la casa, y estaba ya cerca del desvío hacia la Casa de la Viuda cuando la encontró Edgar, de vuelta de su paseo. Su cuñado detuvo bruscamente el caballo al verla y desmontó, acercándose a pie.

—¡Helen! ¡Ashley me dijo que irías directamente a Londres!

—Yo creía que tú estabas ahí, ¿cuándo viniste?

—Llegué ayer. Me alegro de haberte encontrado, tenía mucho interés en hablar contigo.

—Ahora no puedo pararme, tengo cosas que hacer. Si te parece, hablamos a la hora de la cena.

—No, no puedo esperar. Además, quiero hablar a solas contigo. ¿Ibas a la Casa de la Viuda? Te acompaño.

—Iba a ir hasta allí, pero se me ha hecho tarde. Hazme compañía de vuelta a la casa, si quieres.

La idea de que Edgar entrara en el gabinete que compartía con su esposo le resultaba repulsiva. Dio media vuelta y emprendió el regreso. Edgar caminó a su lado, descontento. Hubiera preferido que el tiempo no estuviera acotado por la longitud de la avenida.

—¿Te ha dicho algo Ashley del apuro en el que estoy?

—Me ha dicho que necesitas dinero.

—Es una forma muy suave de decirlo. Helen, tuve una mala racha con las cartas, estoy

cargado de deudas. Si no las pago pronto, me expulsarán del ejército con deshonor. Mi vida quedará arruinada, pero no solo la mía: va a ser terrible para toda la familia.

—Lo siento mucho, sobre todo por tu madre. Menos mal que tiene muchos y buenos amigos que no la dejarán sola en esta situación.

Edgar se paró a mirarla. No era la respuesta que había esperado. Él había contado con su horror, compasión y lágrimas. No esperaba ese distante interés. La pécora era un pez frío, como Ashley. Estaban hechos el uno para el otro.

—Helen, necesito que me ayudes —dijo en tono conmovido.

—¿Yo?

—Necesito el dinero, lo necesito y rápido. Me están acosando, acabaré en la cárcel por deudas.

—Deberías hablar con tu padre.

—¿Crees que no lo he hecho? Su situación es casi tan mala como la mía. Solo le quedan las propiedades vinculadas.

—Pero esas no puede tocarlas sin el consentimiento de Ashley.

—En cualquier caso, yo no permitiría que se tocaran —aseguró Edgar—. De ellas depende la seguridad de toda la familia. Hay que pensar en Richard y Anthony.

Helen le miró de soslayo con expresión incrédula. Edgar se dio cuenta y su animadversión por ella creció. ¿Tan miserable le creía?

—Necesito que me ayudes, Helen. Tú tienes muchas joyas, bastaría con vender unas cuantas...

—No.

—¿Vas a dejar que me pudra en una cárcel? —preguntó Edgar, atónito y enfurecido—. ¡No lo haré! ¡Me mataré antes! Y cada vez que tú te engalanes con esas baratijas recordarás que eres responsable de mi muerte.

—No puedo ser responsable de tu muerte a menos que te dispare o te clave un cuchillo. Si te matas, te habrás matado tú. Y si estás lleno de deudas, es porque tú te endeudaste, no puedes pedirnos a los demás que nos sacrifiquemos para salir tú a flote.

—¡Una mujer no puede entenderlo! ¡En un regimiento como el mío, un oficial se ve obligado a jugar, todos lo hacen!

—Entonces, estarás mucho mejor fuera de él.

—Estaré muerto —pronosticó Edgar en tono lúgubre.

La carcajada con la que Helen acogió sus palabras colmó el vaso de su indignación.

—¡Pobre Edgar! No seas melodramático, no meten en la cárcel a nadie por deudas de honor. Caerás en desgracia con tus amigotes y te harán el vacío, es cierto, pero, ¿qué más te da? Como tú dices, en ese ambiente te ves obligado a jugar, y tú no tienes dinero para jugar. Debes cambiar de ambiente.

—¿Cambiar de ambiente? —repitió Edgar, asombrado. Helen le hablaba en un tono a la vez tranquilizador y práctico, de hermana mayor. Ni siquiera Ashley le había hablado nunca así—. ¿A qué te refieres, a que lo intente en la Armada? Soy demasiado mayor para ser guardiamarina.

—Es cierto. Richard tuvo que embarcarse con once años, ¿verdad? No, no creo que te aceptasen.

—¿No estarás pensando en que me ordene? Eso está bien para Anthony, a él se le dan bien los libros, pero no es para mí.

—No, nunca se me ocurriría aconsejarte una carrera en la Iglesia —reconoció Helen,

intentando reprimir la risa—. Pero un hombre puede ganarse la vida de otras formas que en el Ejército, la Armada o la Iglesia. Mi padre, sin ir más lejos...

—¡Tu padre! ¿Me estás proponiendo que me dedique al comercio?

—O a la manufactura de coches de caballos, si eso te gusta más. Hay miles de actividades y negocios que puedes emprender.

Edgar se detuvo y la observó, intentando averiguar si se estaba burlando de él. No, no lo hacía, su sinceridad era evidente, realmente pensaba que le ofrecía una solución. En un primer momento no reaccionó, anonadado al constatar el abismo que los separaba. Se había divertido calificando a Helen de *tendera*, pero hasta entonces nunca había apreciado una diferencia real con otras muchachas de la buena sociedad. Sin embargo, bajo sus vestidos exquisitos y perfectos modales la chica había conservado sus valores burgueses, la creencia que era, no solo aceptable, sino una obligación que un hombre se ganara la vida con el sudor de su frente. Le daba igual que él, por nacimiento, perteneciera a la nobleza más antigua del reino; si no tenía dinero propio, debía trabajar, trabajar en lo que fuera, no en una de las tres únicas carreras que la sociedad consideraba aceptables para los caballeros. Su autocompasión creció y se resolvió en un estallido.

—¿Te gustaría, verdad? Verme enseñando carruajes a mis antiguos amigos e intentando convencerles de que el tapizado sea de terciopelo, para obtener mayor ganancia.

La amargura real de su voz era mucho más convincente que los tonos dramáticos de sus declaraciones anteriores. Helen no tuvo que pensar dos minutos para darse cuenta de su error.

—Perdona, no lo había pensado —se excusó espontáneamente—, sería muy difícil para ti tratar como clientes a tus amigos.

Durante unos segundos pareció que podía haber un entendimiento entre ellos. Al siguiente, Edgar se irguió y dio un paso atrás con un gesto de rechazo.

—Es natural que no se te ocurriera... viniendo de donde vienes. Da igual el dinero que hayan derrochado en educarte, nunca tendrás la delicadeza de espíritu de una verdadera dama.

El punto en el que se habían detenido quedaba a la vista de la casa. Sin que ellos, absortos en su discusión, lo advirtieran, Ashley había salido y caminaba hacia ellos con toda la rapidez que le permitía su limitación. Había alcanzado a oír las últimas palabras de Edgar y le bastaron. Dos pasos más le pusieron frente a él y descargó un puñetazo en su mandíbula con toda la fuerza de su brazo hipertrofiado. Casi perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse en Helen para no caer, pero tuvo la satisfacción de ver a Edgar derrumbarse.

—¡Ashley! —exclamó su esposa, asombrada.

—No me había dado cuenta, pero llevaba veinte años deseando hacer esto.

Dos mozos de cuadra, que habían presenciado asombrados la escena, corrían hacia ellos, pero fue innecesario; cuando Edgar se levantó y se enfrentó a su hermano lo hizo con una calma fría que le desconocían y que resultaba más desasosegante que sus accesos de ira.

—Has podido hacerlo solo porque me cogiste desprevenido.

—Por supuesto.

—Y cuentas con que no voy a responder.

—Nada me gustaría más que el que lo intentarás.

Edgar miró a los dos mozos de cuadra, que se habían quedado unos pasos atrás, vigilantes. No tuvo la menor duda de que intervendrían si levantaba una mano.

—No voy a golpear a un tullido —dijo. Y se dio la vuelta para entrar en la casa.

Ashley bajó la mirada hacia Helen, a la que aún tenía sujeta por los hombros, y vio su rostro

radiante fijo en él. Un sexto sentido le advirtió de que tenía espectadores, alzó la vista y con una sonrisa y un gesto despidió a los mozos de cuadra, que se dieron la vuelta y echaron a andar hacia los establos de mala gana.

—¿Ha sido muy desagradable? Quería evitártelo, pero no contaba con que pudierais coincidir aquí —dijo sin soltarla.

Helen negó con la cabeza sin dejar de mirarle con los ojos brillantes.

—¡Ha sido emocionante! ¡Oh, Ashley, no sabía que te podías enfadar tanto!

—Helen, querida, estoy avergonzado del espectáculo al que te he obligado a asistir. Y tú —añadió con una sonrisa Ashley— deberías estar horrorizada. En realidad, creo que tu deber era desmayarte.

—¿Tú crees? ¡Me alegro de no haberme desmayado, no me hubiera perdido el puñetazo que le diste a Edgar por nada del mundo!

—¡Helen!

—Lo sé —dijo ella. Y añadió alegremente—: Creo que Edgar tiene razón, carezco *completamente* de delicadeza de espíritu.

Iba a añadir algo pero no pudo hacerlo, porque Ashley la estrechó contra él y la besó apasionadamente. Cuando se separaron, faltos de aliento los dos, Helen exhaló un enorme suspiro de satisfacción antes de preguntar:

—Pero... ¿Por qué nunca me habías besado?

—Porque pensaba que no lo deseabas.

—Vuelve a hacerlo.

Su esposo la obedeció, ante la mirada lejana pero complacida de dos mozos de cuadra.

CAPITULO XXI

Lady Maynard llevaba toda la cena intentando pasar desapercibida. No parecía un objetivo fácil de alcanzar para una dama más bien pasada de peso que además, como señora de la casa, ocupaba la cabecera de la mesa, pero sentía que podía felicitarse por su éxito. Siendo una mujer de gran sensibilidad, de haber reflexionado hubiera caído en la cuenta de que los otros dos comensales estaban tan absortos uno en el otro que difícilmente hubieran advertido la presencia de un elefante blanco. Pero no reflexionaba; contemplaba el rostro de su hijo, transformado por la felicidad, y se sentía invadida por un gozo que no recordaba haber sentido desde que, minutos después de darlo a luz, la comadrona había reunido el valor para enseñarle su pobre piecillo deformado. Le parecía que el verdadero Ashley había vivido oculto bajo el continuo dolor y humillación en que había pasado su infancia y que por fin había podido salir a la luz. Y que así, iluminado, era con mucho el más atractivo de sus hijos, que su rostro tenía mucho más interés y personalidad que las perfectas facciones que eran la marca de fábrica de los Cadoux. «Y Helen también está preciosa», se apostilló a sí misma con generosidad.

En aquel momento, Helen miró alrededor y advirtió, con algún retraso, la ausencia de su cuñado.

—¿Dónde está Edgar?

La dulce expresión de lady Maynard se nubló. Edgar era un desastre, pero era su hijo y no podía presenciar cómo destrozaba su vida con indiferencia.

—Haciendo el equipaje, vuelve a Londres. No ha querido esperar a mañana, se empeñó en salir hoy, pese a ser ya tarde. Dijo que pasaría la noche en Buxton.

—¿Qué va a hacer en Londres? —preguntó Ashley—. Volvió a Maynard Hall porque

Londres se le había vuelto insoportable desde que corrió la voz de que no pagaba sus deudas. ¿Por qué vuelve ahora?

—Supongo que Maynard Hall también se le ha hecho insoportable —reflexionó en voz alta Helen.

Lady Maynard movió la cabeza con pesar y se puso en pie. Las dos damas se retiraron, dejando a Ashley disfrutando en solitario una copa de oporto y meditando sobre lo sucedido por la tarde y lo que podría suceder en la noche que se acercaba. Cuando se reunió con las señoras, Helen había relatado a su suegra tanto su conversación con Edgar como el enfrentamiento entre los dos hermanos. Tenía que saberlo y se alegró de no haber tenido que ser él quien se lo contara.

—No lo juzgues con excesiva dureza —decía lady Maynard cuando él entró—. Su vida no ha sido fácil.

—¿Habláis de Edgar? Hubiera asegurado que su vida ha sido privilegiada. Ha sido el único de los hermanos por el que mi padre ha mostrado verdadero interés.

—No estoy segura de que eso haya sido una ventaja, querido. ¿Crees que a ti te hubiera hecho bien ser objeto del interés de tu padre?

Ashley contempló a su madre con sorpresa. La quería profundamente y la consideraba una mujer cariñosa y buena, devota de sus hijos y considerada con todo el mundo, pero no una persona reflexiva.

—Tu padre dedicó mucha atención a Edgar, es cierto. Y para Edgar era un ídolo, lo imitaba en todo. Desgraciadamente, tu padre no es un buen ejemplo.

Burton entró con la bandeja del té y la conversación cesó mientras él estaba en la habitación. Cuando la puerta se cerró tras el mayordomo, Helen se acercó a la mesa y empezó a preparar la infusión en silencio.

—No solo eso, tu padre trató a Edgar como si fuera su primogénito. Sé que eso fue doloroso para ti, querido, pero tampoco fue fácil para Edgar. Se le daba la consideración que debía tener el heredero, pero él siempre ha sabido que no lo era. Que todo el respeto que se le mostraba moriría en el mismo momento en que lo hiciera su padre, cuando tú, como es natural, le sucedieras en el título.

Lady Maynard tomó la taza de té que le ofrecía Helen y se la agradeció con una sonrisa triste.

—Edgar no tiene un carácter fácil —concluyó—, pero nadie ha intentado corregírsele durante su infancia. Tu padre, porque no lo consideraba necesario, y yo, porque él no me lo permitió. Me siento muy culpable.

Las lágrimas que habían estado brillando en sus ojos resbalaron por sus mejillas sin que hiciera nada por detenerlas. Helen lanzó una exclamación y corrió a abrazarla. La taza de té, afortunadamente ya casi vacía, cayó al suelo, pero ninguna de las dos se dio cuenta. Ashley las contempló en silencio. Tenía sus dudas sobre las posibilidades de enmienda del carácter de Edgar, pero no iba a exponerlas. Comprendía el pesar de su madre.

La noticia de la pelea de los hermanos y de ese beso casi público se había extendido por los pisos inferiores de la casa rápidamente, y uno de sus efectos directos fue que cuando Helen subió a acostarse encontró extendido sobre la cama su mejor camisón, una confección exquisita, llena de puntillas, que dejó que Agnes le ayudara a ponerse sin darse cuenta de lo que hacía. Soportó con impaciencia que le cepillara el pelo y lo cubriera con un gorrito a juego, pero cuando, ya acostada, la vio deambular por la habitación ordenando la ropa desechada, no pudo contenerse más.

—¡Oh, déjalo, Agnes, ya lo ordenarás mañana!

La joven no discutió, dio las buenas noches y se acercó a apagar la palmatoria que estaba encendida sobre la mesilla.

—No, déjala —la detuvo Helen—, creo que voy a leer un rato.

Cogió el libro que tenía más cerca y lo abrió, aparentando sumergirse en su lectura hasta que oyó cerrarse la puerta. Entonces saltó inmediatamente de la cama para asegurarse de que el cerrojo de la puerta que separaba su vestidor del de Ashley no estaba echado. Escuchó un momento el inconfundible sonido del bastón y volvió rápidamente a la cama, se remangó el camisón y se retrepó expectante contra las almohadas. «Si no viene...», pensó, «Si no viene... ¡iré yo!».

No tuvo que poner en práctica un plan tan impropio de una dama, porque un cuarto de hora después la puerta se abrió dando paso a Ashley, enfundado en una bata de seda floreada de un colorido tan vistoso que los ojos de Helen se abrieron de asombro. Ashley se dio cuenta y sonrió.

—¿Te gusta? Me la regaló mi madre.

—Es... muy alegre.

—Puedo quitármela.

—Será lo mejor.

Ashley dejó la bata a los pies de la cama y, en camisón, se sentó a su lado. Helen se movió para hacerle sitio y él se inclinó para soplar la vela en la palmatoria.

—No lo hagas —le detuvo Helen—. Quiero verte... y que me veas.

—¡Helen, eres lo más impúdico se puede imaginar! —exclamó Ashley, entre risueño y escandalizado.

—Edgar te lo advirtió, no tengo mucha delicadeza —Helen abandonó el tono alegre con que había hablado y, cogiendo una mano de Ashley entre las suyas, prosiguió—: Quiero verte, Ashley, quiero que sepas que te he visto, que me gustas como eres, que no hay *nada* que rechace de ti.

Sin darle tiempo a responder, se sacó el camisón por la cabeza en un solo movimiento y se quedó desnuda frente a él.

—¡Helen, mi amor! —exclamó Ashley con la voz ronca.

Agnes entró en la habitación con una bandeja y, silenciosamente, se acercó a la mesilla donde se encontraba, ya fría, la taza de chocolate que había llevado a la hora habitual. La substituyó por la caliente que traía en la bandeja y dejó esta sobre la cómoda para ir a descorrer parcialmente las cortinas.

—¡Ten compasión! —gimió Helen, tapándose con la sábana.

—El señor Cadoux está abajo esperándola, señorita Helen. Dice que con esta mañana de sol es una vergüenza quedarse en casa.

Helen saltó de la cama, fue hasta el balcón y sacó una mano al exterior. La mañana era fría, pero despejada. Deberían estar ya en el campo.

—¡Señorita Helen, por favor, la van a ver!

—¿Tú crees que reconocerán mi mano? Anda, saca un vestido de paseo y los botines de cuero, los más pesados.

Media hora después había salido de la casa y bajaba de dos en dos los escalones hacia el carrocín que le esperaba al pie de la escalinata. Ashley la ayudó a subir y extendió una manta sobre sus piernas antes de trepar a su lado.

—¿Adónde vamos? —preguntó Helen.

—A las charcas del Ribble. He hecho construir un refugio desde el que se ve la mayor parte de una de ellas. Está semienterrado, disimulado con piedras y ramas y nos permitirá observar a las aves sin asustarlas.

El refugio también ofrecía intimidad a los que lo ocupaban y pasaron una mañana poco productiva pero feliz en él. Habían llevado sándwiches y manzanas, lo que les permitió retrasar la vuelta hasta la caída de la tarde. Al dejar el carrocín en las cuadras, les sorprendió la inusual seriedad de los mozos, que les saludaron casi con timidez. También Burton tenía una expresión seria cuando les abrió la puerta.

—Lady Maynard les espera en su sala, señor. Tiene mucho interés en verlos.

Prácticamente corrieron por el pasillo hasta la sala. En ella encontraron, no solo a Lady Maynard, sino también a Agnes, sentada en el borde de una silla junto a ella, con los ojos enrojecidos de llorar y retorciendo el delantal entre las manos.

—¡Agnes! —casi gritó Helen—. ¿El abuelo?

—No, no señorita Helen —respondió poniéndose en pie—. El señor Robinson está bien. ¡Son sus joyas, señorita, han desaparecido!

Agnes rompió a llorar desconsoladamente, mientras lady Maynard trataba ineficazmente de consolarla dándole palmaditas en una mano.

—Ayer se quedaron sobre la mesa del tocador los pendientes y el broche que había llevado en la cena —explicó entre sollozos—. Me dijo que ya los recogería hoy...

—¿Y ya no estaban?

—Sí estaban, señorita Helen, esos sí. Pero cuando fui a guardarlos en el joyero, no lo encontré. ¡Ha desaparecido!

—¡Si yo misma lo guardé en el cajón antes de bajar a cenar!

Helen iba a añadir algo más, pero un recuerdo vino a su mente y la hizo callar: Edgar no había bajado a cenar, se había quedado en el piso superior haciendo las maletas, y se había obstinado en salir para Londres a toda prisa a pesar de que caía la noche. Edgar, que le había pedido sus joyas para venderlas, que necesitaba desesperadamente dinero. Miró a Ashley y a su suegra y supo que estaban pensando lo mismo que ella.

—Señorita Helen, usted sabe que yo...

—Claro que lo sé, Agnes —la interrumpió Helen, abrazándola—. No tienes que preocuparte por nada. Vete arriba y prepárame un baño, ¿quieres? Y no le des más vueltas, todo se arreglará.

Agnes, la miró sorprendida, pero otro abrazo y unas palabras susurradas de Helen, «luego te lo explico», la tranquilizaron. Cuando salió de la sala, Ashley se dejó caer en un sillón y dio un puñetazo en uno de los brazos.

—Ha sido Edgar, evidentemente.

—Ashley, hijo...

—¿Lo dudas?

Su madre guardó un silencio acongojado. Fue Helen la que habló en su lugar:

—Claro que ha sido Edgar. Intentará venderlas o empeñarlas.

—¿Vas a denunciarle? —susurró su suegra aterrada.

—Sí —aseguró Ashley.

—No —le contradujo Helen con igual firmeza.

Su esposo la miró sorprendido. Helen le indicó con los ojos a su madre, hundida en el sillón. Ashley siguió su mirada y comprendió. Por mucho que Helen deseara dar su merecido a Edgar,

no lo haría si suponía destrozar a su madre. Su esposa se sentó junto a lady Maynard y cogió su mano.

—No importan las joyas. Tenía razón en lo que dijo ayer sobre Edgar, mamá, merece tener una segunda oportunidad.

Capítulo XXII

La siguiente noticia de Edgar les llegó, de entre todas las vías inesperadas, a través de una carta de lord Maynard a Helen. Una carta emocionada y agradecida, en la que la llamaba «hija mía» y ensalzaba su generosidad al sacrificar sus joyas para salvar de la ruina a «su hermano Edgar». La desvergüenza de Edgar indignó a Ashley, desmoronó a lady Maynard e hizo que Helen rompiera en carcajadas.

—Creo que deberíamos aprovechar que gozo temporalmente de la aprobación de tu padre para pedirle la Casa de la Viuda —comentó—. Me encantaría tener una residencia propia y nos daría independencia para invitar a familia y amigos, ¿no crees?

El consentimiento de lord Maynard, aún cegado por el altruismo de su nuera, llegó en el siguiente correo. A ese siguieron nuevos mensajes, ya más meditados, con dudas sobre la conveniencia de la medida y consideraciones sobre el gasto innecesario de mantener dos residencias. Pero el traslado estaba ya en marcha, y la seguridad que recibió de que el gasto de mantenimiento de la Casa de la Viuda sería asumido por Ashley zanjó el debate. Los carpinteros y albañiles tomaron posesión de la Casa de la Viuda las semanas siguientes y solo el gabinete de trabajo quedó a salvo de su invasión. Llegaron de Mánchester piezas y más piezas de todo tipo de telas, tapicerías, mantelería y ropa de cama, y Helen y lady Maynard dedicaron buena parte de su tiempo a elegir las que se utilizarían para cortinas, paredes y muebles, mientras un pequeño ejército de criados pulía suelos y sacaba brillo a los metales. Por fin, la casa quedó terminada y los señores Cadoux celebraron su toma de posesión oficial con una cena a la que asistieron los pocos vecinos que no estaban en la capital. Entretanto, el trabajo en el libro sobre las aves de Lancashire adelantó y el primer borrador fue enviado al señor Latham, que lo devolvió con aportaciones, comentarios elogiosos y una pregunta que hasta entonces no se habían planteado: ¿Habían elegido ya al editor? No, no lo habían hecho. Siguió un intercambio de correspondencia con Latham y otros naturalistas que les convenció de que habría que ir a Londres y visitar personalmente las imprentas. Una carta de Alice les terminó de decidir: se acercaba el fin de la temporada londinense y el señor Bradford que, cumpliendo lo dicho a George Hartwell, se había negado a formalizar el compromiso de Annie y John hasta entonces, quería hacerlo con un gran baile. Se les esperaba, debían acudir. El señor Robinson ofreció su casa para la primera noche del viaje y su hospitalidad fue aceptada con gratitud. Lady Maynard, Ashley y Helen partieron una espléndida mañana de primavera, dejando a Anthony, en absoluto descontento del arreglo, bajo la tutela del vicario. Para el menor de los Cadoux, en plena época de reproducción de la mayor parte de los animales de la zona, la ciudad carecía de atractivos.

Llegaron a Chorlton Row a la caída de la tarde y lady Maynard fue inmediatamente conducida por Brownie a la habitación que, con íntima satisfacción, empezaba a considerar «la

suya». A Helen y Ashley, por el contrario el mayordomo les informó en un discreto aparte de que el señor Robinson agradecería que pudieran dedicarle un momento. Fueron conducidos a la biblioteca, donde él leía cómodamente instalado ante una chimenea en la que ardía un fuego que, con la primavera tan avanzada, tenía un papel simbólico más que funcional. Dejó el libro al verlos entrar y se incorporó con agilidad, abriendo los brazos para recibir a Helen, que se había lanzado sobre él. Ashley, que se había quedado unos pasos atrás para procurarles un momento de intimidad, se asombró de su recuperación. Cuando se separó de su nieta y le saludó, lo hizo con voz fuerte y clara; hasta entonces lo había considerado un anciano, en ese momento se dio cuenta de que no debía ser mucho mayor que su propio padre.

—Bienvenido, hijo mío, me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verle, señor. Tiene un aspecto excelente.

—Ah, sí, no puedo quejarme. Sentaos, por favor. Supongo que os preguntaréis por qué os he querido ver con tanta urgencia.

Se había sentado en el mismo sillón en que estaba cuando entraron y mientras hablaba había cogido una caja de la mesa inmediata.

—En realidad, no es un problema de urgencia, sino de discreción, quería hablar con vosotros sin que tu madre, Ashley, estuviera delante. Creo que esto es tuyo, Helen.

Extendió la mano con la caja hacia su nieta, que la cogió y, mirándole sin comprender, la abrió. Sobre el terciopelo rojo del forro brillaba un pequeño montón de joyas y, sobre todas ellas, inconfundible, el colgante de perla que su abuelo le había regalado al cumplir dieciocho años.

—¡Abuelo! ¿Cómo lo has encontrado?

—Tuve la suerte de que tu cuñado intentara vendérselo al mismo joyero al que yo se lo había comprado. Es una joya singular, no tuvo problema en reconocerla. Sospeché algo raro y se puso en contacto conmigo. Me describió al vendedor y adiviné quién era. Según él, había heredado el colgante de su madre.

Helen y Ashley le miraron angustiados, pero solo Helen habló:

—¿Denunciaste a Edgar?

—No, le dije al joyero que comprara todas las joyas que él le ofreciera y que yo se las volvería a comprar. Estas son las que pude conseguir.

Helen miró el contenido de la caja y luego a los dos hombres, que permanecían en silencio, Ashley tenía el rostro desencajado por la tensión y el señor Robinson le miró con un atisbo de compasión que intentó disimular, sabiendo que le resultaba más difícil de soportar que el enfado o incluso el desprecio.

—Imaginé que tu hermano se había endeudado y que las joyas, o se las había dado mi nieta, o las había robado. Supongo que era la única forma de conseguir una cantidad importante rápidamente. Hizo el tonto, las vendió por menos de la mitad de su valor. Afortunadamente, el joyero es honesto y no quiso cargarme más que la comisión habitual. También es discreto, no hablará.

—Debe decirme cuánto tuvo que pagar por ellas, como comprenderá, tengo que devolvérselo.

—No, no lo comprendo. En todo caso, le correspondería a tu padre. Tú no eres responsable de lo que haga tu hermano.

Ashley se puso en pie y caminó hasta la ventana, alzó con la mano libre la cortina y contempló la calle vacía y en penumbra.

—Usted me lo advirtió —dijo con esfuerzo.

—No estoy orgulloso de nuestra primera conversación. Fui innecesariamente grosero.

—Fue sincero —respondió Ashley con una débil sonrisa—, aunque no exactamente diplomático.

—Veía el peligro e intentaba prevenirlo. No estaba seguro de en qué bando estarías tú y eso hizo que mis advertencias tuvieran algo de amenaza. Lo siento, discúlpame.

Las disculpas del señor Robinson cogieron a Ashley completamente por sorpresa. Había sido criado por un padre convencido de su infalibilidad y, en todo caso, demasiado soberbio como para reconocer el menor error. Que un hombre cuarenta años mayor que él le pidiera perdón le conmovió. Instintivamente, se acercó al sillón y extendió la mano. James Robinson se puso en pie y se la estrechó con fuerza.

—Quiero que sepa que mi bando —dijo Ashley—, ahora y siempre, es aquel en el que esté Helen.

El señor Robinson asintió con la cabeza. Abrió la boca para hablar, pero un educado carraspeo le detuvo. El mayordomo, que cansado de llamar, había acabado por abrir la puerta, avanzó un paso.

—Siento interrumpirle, señor, pero la cocinera pregunta si debe retrasar la cena. Falta un cuarto de hora para las siete y los señores, seguramente, querrán cambiarse.

La cena transcurrió de la forma más agradable, sin que volvieran a mencionarse ni las joyas ni a Edgar, y cuando las damas se retiraron, los dos caballeros permanecieron largo rato conversando en el comedor. Helen llevaba un rato ahogando los bostezos cuando se reunieron con ellas, pero la armonía que existía entre los dos le era tan agradable que le fue imposible reconvenirles y dejó que lady Maynard se la llevara escaleras arriba en su estela inmediatamente después de consumir una taza de té. No se durmió. En camisón y acostada, esperó hasta que el sonido del bastón en el pasillo le anunció que Ashley había subido a su habitación, y a que su deambular por la habitación inmediata cesara. Entonces se levantó de un salto y corrió a abrir la puerta que separaba los dos dormitorios. El pasador, atorado por la falta de uso, se resistió a todos sus esfuerzos por descorrerlo. Lo contempló frustrada unos segundos y después se volvió, salió al pasillo y aporreó la puerta de su esposo. Ashley abrió y la contempló asombrado.

—¡Helen! ¿Qué estás haciendo aquí? —La cogió del brazo y la introdujo rápidamente en su habitación.

—No podía abrir la puerta de comunicación, el pasador está atorado.

—No puedes salir al pasillo y llamar a mi puerta así.

—Pero, Ashley —explicó Helen en su tono más razonable—, claro que puedo. Lo he *hecho*.

Su esposo no pudo evitar una sonrisa. La cogió del talle y la estrechó contra él, dejando resbalar los labios desde el cabello hacia la sien y el cuello, que besó.

—¿Un arrebato de pasión? —le susurró al oído.

—No —respondió Helen en el mismo tono insinuante—, quería saber qué es lo que te dijo el abuelo la primera noche que pasamos aquí.

A Ashley se le escapó una carcajada. Se separó de su esposa lo indispensable para poder conducirla hasta la cama, la acomodó en ella, la arropó y se sentó en el borde.

—Un hombre debería poder tener una conversación personal con su abuelo político.

—¡Ashley!

—Me dijo que eras lo que más le importaba en la vida y que no permitiría que se te hiciera daño —capituló Ashley.

—¿Y?

—Y que, por lo que él sabía, yo era una persona decente, pero no podía decir lo mismo de mi padre y hermano.

—¡Oh, cómo pudo! —se escandalizó Helen—. ¡Si apenas te conocía!

—También dijo que sabía que estábamos arruinados y que tener una rica heredera al alcance de la mano iba a ser más de lo que mi padre y Edgar podrían soportar. Que, por las buenas o por las malas, intentarían exprimirte el dinero.

—¡Por eso dijiste que te había avisado!

—Lo último que dijo es que podía estar seguro de que destruiría al que te pusiera una mano encima o te hiciera infeliz.

Helen le miró impresionada. Algo en la expresión de Ashley le hizo comprender que lo que le había contado era una versión editada de la conversación. Dudó, pero la curiosidad venció a la prudencia.

—¿Eso fue lo último de verdad?

Ashley cogió un mechón suelto que se había escapado del gorro de dormir y tiró suavemente de él.

—Después me dio detalles de cómo pensaba hacerlo.

—¿Y?

—Eran convincentes.

Helen abrió la boca para insistir y volvió a cerrarla al ver que Ashley había fruncido el entrecejo por el recuerdo.

—El abuelo puede ser muy duro —dijo con timidez—, pero nunca es injusto a sabiendas.

—Creo que tiene una mente retorcida y cruel.

—¡Oh, no, Ashley! —respondió horrorizada—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Bueno, nos ha dado habitaciones comunicadas por una puerta atascada, ¿qué otra cosa puedo pensar?

Capítulo XXIII

El carruaje familiar de los Cadoux se detuvo frente a su casa londinense pasadas las seis, y para entonces hacía más de media hora que Burton lo acechaba en el recibidor para abrir la puerta. Del coche que les seguía con el equipaje saltaron dos criados a bajar las escaleras del carruaje y tras ellos desembarcaron Agnes y Edna, cada una de ellas cargada con una sombrerera y un neceser. Lady Maynard descendió majestuosamente de su vehículo y miró satisfecha a su alrededor. La primavera londinense tocaba a su fin y en el jardincillo central de la calle las lilas finalizaban su exuberante floración. Ascendió lentamente las escaleras seguida de Ashley y Helen, saludaron a Burton con amabilidad y subieron de inmediato a sus habitaciones. Tenían el tiempo justo de asearse y cambiarse de ropa para la cena. Cinco minutos después de que Helen hubiera entrado en su dormitorio, llamaron a la puerta y una doncella entregó a Agnes un manojo de sobres: la correspondencia que, sabiendo cercana su vuelta, Burton no había reenviado a Maynard Hall. No hubo tiempo para mirarla, porque un minuto después llegó el agua caliente, pero cuando, después de lavarse, Helen se sentó ante el tocador cubierta con un peinador, empezó a revisarla mientras Agnes se encargaba de su tocado. Algunas facturas, una amable invitación de lady Rayton, que debía saber de su regreso por Annie, a una velada musical en su casa esa misma noche y una carta de Alice. La abrió extrañada: su madrastra le escribía regularmente, pero no parecía tener sentido que lo hiciera sabiendo que debían verse a muy corto plazo. Era una nota cariñosa pero corta, pidiéndole que, en caso de que no estuviera muy cansada, fuera esa noche a casa de lady Rayton, donde se encontraría con ella, que iría acompañando a Annie. La releyó preocupada, ¿qué podía haber ocurrido? Diversas posibilidades pasaron rápidamente por su cabeza: ¿Habría sufrido Harry alguna enfermedad o accidente? ¿Podía ser que su padre hubiera cambiado de opinión respecto del compromiso de Annie y John?

—Agnes, por favor, date prisa —pidió—, tengo que hablar con el señor cuanto antes. Me parece que algo va mal en la calle Berkeley.

Agnes incrustó tres horquillas más en el recogido, lo adornó con una tira de raso verde y desordenó con un movimiento rápido y experto los rizos que había dejado sobre las sienes. Se retiró dos pasos para ver el efecto y asintió complacida.

—Por lo menos no perderemos tiempo en elegir las joyas —dijo con un mohín—, no hay donde elegir.

—Después te contaré un secreto —prometió Helen—, pero ahora, por favor, pídele a mi esposo que venga a verme.

Cinco minutos después, Ashley llamaba a la puerta. Al entrar encontró a su esposa ocupada en arreglar los pliegues de un chal de Norwich que dejaba caer negligentemente desde sus antebrazos.

—Estás preciosa.

—Si te pidiera que cerraras los ojos y dijeras de qué color es mi vestido te verías en un problema —dijo su esposa con severidad.

—No es el vestido el que te hace preciosa.

Helen se ruborizó. Adoraba al nuevo Ashley, capaz de decir esas cosas, pero no acababa de acostumbrarse a él. Sin responder, le tendió la nota de Alice. Ashley la cogió y la leyó con el entrecejo fruncido.

—Tenemos que ir, por supuesto. Voy a avisar para que tengan preparado el coche después de cenar.

—¿No te importa, Ashley? Se lo diría a tu madre, pero estará muy cansada por el viaje.

—No, sería absurdo. Te acompañaré yo.

Fue una cena extraña, dominada por la tensión. Lord Maynard, que no solía alegrarse de reunirse con su esposa e hijo, había mostrado al verles una mezcla curiosa de alivio y temor. La causa les fue revelada cuando, al pasar a la mesa, vieron un quinto cubierto dispuesto a la izquierda de lady Maynard. De estar sola la familia, era el sitio que hubiera correspondido a Edgar; si contaban con un invitado varón, lo ocuparía Ashley. Los tres recién llegados se quedaron desconcertados, era una grave incorrección haber pasado al comedor sin esperar al invitado, por mucho que se retrasara. Lord Maynard los miró con aire de culpa y se dirigió a Burton con voz innecesariamente alta:

—Puede retirar el cubierto del señorito Edgar, Burton, no vendrá a cenar.

No era posible preguntar mientras se servía la cena, con los criados entrando y saliendo de continuo, pero en cuanto padre e hijo quedaron solos en el comedor, Ashley lo hizo.

—¿Cómo es que está aquí Edgar, señor? Creí que volvería a su regimiento en cuanto pudiera para saldar sus deudas.

—Lo hizo —gruñó su padre a regañadientes—, pero ha vuelto otra vez.

—¿Por qué?

La pregunta era demasiado directa para ser esquivada. Lord Maynard miró a su primogénito indignado, pero el enfado dejó progresivamente paso al desconcierto y Ashley leyó en sus ojos algo parecido al miedo y una petición de auxilio.

—Fue y pagó, pero había tardado demasiado —explicó Maynard en voz baja y desanimada—. Hubo además murmuraciones, se dijo que su madre se había visto obligada a vender sus joyas para sacarlo del apuro. Tenía mala fama, los demás oficiales empezaron a evitarle y la esposa del coronel no lo recibía en su casa. Al final no lo soportó y renunció.

Lord Maynard había vaciado ya dos copas de oporto y tras decir eso acabó de un trago la tercera. Hizo un gesto a Ashley para que le acercara la botella y volvió a servirse.

—Llegó hace tres semanas y no ha hecho más que derrochar lo que le dieron al salir del Ejército bebiendo y jugando. Evita los clubes decentes, se pasa las noches en antros de tahúres y prostíbulos. No puedo controlarle, no me escucha. No sé qué hacer con él.

Lord Maynard se quedó en silencio, pensando, antes de añadir, con una profundidad rara en él, la última frase:

—Creo que él tampoco sabe qué hacer.

No parecía que hubiera nada que añadir. Ashley se levantó y se disculpó explicando que iba a acompañar a Helen a casa de Lord Rayton. Dudó y, dando un rodeo, pasó tras la silla de su padre, que contemplaba su copa ensimismado y le puso la mano en el hombro, en un gesto de silenciosa simpatía.

Como ya había previsto, Helen le asaltó con sus preguntas en cuanto estuvieron a solas en el carruaje. Le contó lo que sabía y ambos se quedaron en silencio, pensando en los problemas que se avecinaban.

—Creo que ya sé de qué me quería advertir mamá —dijo Helen, rompiendo el silencio.

Ashley asintió con el corazón encogido. Si el comportamiento de Edgar era tan escandaloso que había llegado a oídos de una dama como Alice, su reputación estaba irremisiblemente dañada.

Lady Rayton les recibió con afecto y les hizo pasar a un salón abarrotado en un momento en que la música había cesado y los asistentes conversaban en grupos. Como si hubiera estado vigilando su aparición, Annie se les acercó casi de inmediato, bellísima y feliz, para llevarlos hasta donde Alice charlaba con Lucy Rayton. Tras los saludos, Alice, con la habilidad de la experiencia, se las arregló para dejar a Ashley con Lucy y Annie y llevarse a Helen a un pequeño saloncito desierto.

—Le dije a Sarah que necesitaba hablar contigo —explicó—. Me dijo que aquí tendríamos tranquilidad. Ella también está muy preocupada.

—¿Por Edgar? —adivinó Helen.

—¿Te lo han dicho ya?

—Sé que ha renunciado a su cargo en el Ejército y que ha vuelto a Londres y lleva una vida de excesos.

—Es una forma muy discreta de describirla. Helen, esta es una sociedad hipócrita. Hay muchos jugadores, borrachos y libertinos alternando en ella, pero disimulan. Edgar no. Se comporta con la gente de su clase como si estuviera en una taberna o... una casa de mala nota. Están dejando de recibirle.

Alice se revolvió, incómoda. No eran temas de los que habitualmente hablara una dama y le resultaba difícil tratarlos con su hija, que había sido criada muy estrictamente.

—No se puede contar con que su padre le pare los pies, pero quizá Ashley tenga influencia sobre su hermano —insinuó esperanzada—. Te lo he querido decir cuanto antes porque es muy posible que precisamente su hermano sea el último en enterarse, y hay que actuar rápidamente, Edgar se está buscando la ruina... si no la ha encontrado ya.

—Edgar odia a Ashley y, en cualquier caso, ¿qué se podría hacer?

—Hay que sacarlo de Londres cuanto antes. Que desaparezca, que no se oiga hablar de él. Hay que dar tiempo a que se olviden sus groserías y desvergüenza.

Helen negó con la cabeza. No veía forma de convencer a Edgar, ni era posible sacarlo contra su voluntad.

A la vuelta, en el carruaje, puso a Ashley al corriente de la situación. No encontraban salida. Pasaron juntos revista a todos los Cadoux y Gordon, buscando a algún pariente que pudiera tener autoridad e influencia sobre Edgar, pero no lo había; parecía que Edgar seguiría su ruinoso camino mientras tuviera dinero para pagarlo. Llegaron a la casa cansados y deprimidos. Burton y los criados se habían acostado ya y los candelabros estaban apagados, así que cogieron dos de las palmatorias que se dejaban sobre la mesa del recibidor para iluminarse en su subida. Se separaron frente a la habitación de Helen con un beso. Cuando ella entró, encontró a Agnes dormida vestida en una silla.

—¡Agnes! ¿Qué haces aquí? Te dije que no me esperaras.

—¿Y cómo pensaba quitarse ese traje, señorita Helen?

Era cierto, el traje que había elegido requería de dos personas y bastante esfuerzo para

librarse de él. Lo hicieron rápidamente y sólo veinte minutos después, Helen estuvo en camisón, con el pelo cepillado y recogido en una trenza, dispuesta para acostarse.

—Muchas gracias, me hubiera sido imposible yo sola —agradeció—. ¡Corre a la cama!

—Buenas noches, señorita —se despidió Agnes ahogando un bostezo—, que duerma bien.

Capítulo XXIV

Helen tenía demasiadas cosas en la cabeza como para dormirse con facilidad. Lo sabía y no lo intentó, sino que cogió un libro y procuró distraerse con él. Diez minutos y un par de páginas después, llamaron a la puerta. Se echó la bata por encima y fue a abrir, esperando que fuera Ashley y pensando que quizá le resultase más fácil conciliar el sueño acurrucada junto a él.

Era Edna.

—¡Señora, venga corriendo, es urgente!

Edna se volvió y empezó a caminar rápidamente por el pasillo sin esperarla, protegiendo de la corriente con una mano la palmatoria con que se iluminaba. Helen no lo dudó y salió corriendo detrás de ella, tropezó con la bata, cayó estrepitosamente y se volvió a levantar sin perder tiempo, remangándose camisión y bata sin ningún pudor para evitar nuevas caídas. Alcanzó a Edna en el rellano de la escalera y, acomodándose a su paso, preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¡Agnes! —jadeó Edna—. El señorito Edgar la tiene atrapada en la sala del servicio.

—¿Atrapada? ¿Pero qué quiere...?

—¿Qué cree...? —respondió Edna con amargura, y siguió, con frases entrecortadas por la falta de aliento—. Está borracho... la encontró sola...

Llegaron al recibidor. Edna abrió la puerta que conducía a las dependencias de servicio y siguió bajando por unas escaleras mucho más angostas y empinadas que las anteriores. Helen, que nunca las había utilizado, se guiaba con la mano en la barandilla, temiendo caer y rodar hacia abajo. La sala de estar era la estancia más cercana a la entrada de servicio y para llegar a ella tuvieron que atravesar el pasillo al que daban las cocinas, despensas y lavandería. Hacía tiempo que los criados se habían retirado a sus habitaciones en el piso superior y todas las dependencias estaban a oscuras y desiertas, pero al acercarse a la entrada encontraron la puerta de la sala cerrada y escucharon ruido de lucha al otro lado. Helen apartó a Edna y abrió la puerta de golpe. Edgar tenía acorralada a Agnes contra una pared y le sujetaba las dos manos por encima de la cabeza con una de las suyas mientras que con la otra le había levantado las faldas y enaguas y trataba de bajar la ropa interior. Agnes se debatía, intentando darle puntapiés, pero el peso del cuerpo de Edgar contra el suyo le impedía los movimientos. Inmersos en su lucha, ninguno de los dos se dio cuenta de que no estaban solos. Helen corrió hacia ellos, cogió una silla y golpeó con todas sus fuerzas la espalda de Edgar con ella. El golpe lo lanzó contra Agnes, a la que aplastó contra la pared, pero luego osciló hacia atrás y cayó de espaldas, arrastrando a la doncella. La muchacha quedó encima de él y Helen, tras soltar la silla, la agarró de la cintura y tiró de ella para separarla del hombre que, borracho y aturdido por el golpe, la había liberado. Las dos jóvenes se tambalearon juntas hasta que Edna las sujetó y pudieron recobrar el

equilibrio.

—¡Llévatela! —gritó Helen, dejando a Agnes en manos de Edna y empujando a ambas hacia la puerta—. ¡Iros las dos!

—¿Y usted? —contestó Edna—. ¡No puede quedarse!

Iba retrocediendo hacia la puerta mientras hablaba, arrastrando a una Agnes conmocionada con ella, pero se resistía a dejar a Helen allí. Vio que intentaba salir tras ellas sin lograrlo, y solo entonces cayó en la cuenta de que Edgar tenía agarrado el borde de la bata de la joven y la retenía por él mientras se ponía penosamente en pie. Cuando lo logró y avanzaba tambaleante hacia ella, Helen se quitó la bata y caminó hacia atrás. Edgar dio unos pasos inseguros, interponiéndose entre su cuñada y la puerta. Parecía haberse olvidado completamente de Agnes y Edna. Toda su atención estaba centrada en Helen; su sonrisa la aterró y, cuando él hizo ademán de acercarse, ella se escudó detrás de la mesa.

—¿Qué pasa, te ha dado envidia? —dijo Edgar con voz espesa y ronca—. ¿Tú también querías saber qué puede hacer un hombre de verdad, un hombre *entero*?

—Lo sé perfectamente. No te necesito a ti, fantoche —respondió Helen con rabia desbordada—. Ashley puede ser cojo, pero es mejor que tú en todo lo demás.

—No seas tonta y aprovecha la ocasión. Al menos tendrás algo que recordar cuando seas una vieja arrugada y estéril.

—Seré vieja y arrugada, pero no estéril.

El cambio de expresión de Edgar cuando asimiló la respuesta fue violento.

—¿Qué quieres decir? —gritó—. ¡No te creo!

—Me creerás dentro de unos meses.

—No puedes hacerlo, no puedes hacerme eso —farfulló Edgar.

Intentó rodear la mesa para acercarse a ella, pero Helen se movía a su vez y los dos giraron lentamente alrededor del mueble, Helen aterrada y alerta, Edgar murmurando amenazas en un semidelirio de furor y frustración.

—Es mi herencia... es mi título... no puedes robármelo.

—Nunca han sido tuyos. Ashley es el heredero, lo sabes muy bien.

—Ashley no debía tener hijos... Mi padre me aseguró... Yo le hubiera sucedido a él, pero tú te metiste por medio, zorra.

Con un esfuerzo súbito, Edgar agarró la mesa por el borde y la volcó hacia un lado. Perdido su escudo, Helen retrocedió hasta toparse con la pared. Sin prisa, Edgar llegó hasta ella y le rodeó con las manos la garganta.

—¿De verdad creíste que el hijo de una tendera podía ser Vizconde Maynard? —dijo en tono incrédulo, mientras sus dedos empezaban a apretar.

—Suéltala.

Edgar volvió la cabeza hacia la puerta sin soltar su presa. Ashley estaba en el umbral, apuntándole con una pistola de cañón doble. Edgar soltó una carcajada despreciativa.

—¿Me vas a matar, hermanito? Te resultará un poco difícil explicarlo, ¿no? —se burló—. «Le maté porque estaba estrangulando a mi esposa, que casualmente se encontraba con él, a altas horas de la noche y en camisón, en una estancia apartada y desierta». Su reputación quedará hundida. Si, como dice, espera un hijo, todo el mundo pensará que es mío.

—Hay otras opciones: «Una doncella vino a avisarnos de que había ocurrido algo terrible; mi esposa y yo bajamos con ella a las dependencias de servicio y encontramos muerto a mi hermano. Se había suicidado».

La explicación era creíble y Edgar lo sabía. Se quedó inmóvil, sin saber cómo reaccionar. Estaba en una situación insostenible. Se había despejado lo suficiente como para entenderlo, pero no era capaz de pensar en una salida. Fue Helen, aunque aún jadeante por la falta de aire, la siguiente en hablar.

—¿Y ahora qué? —repitió—. ¿Qué vas a hacer, Edgar?

—Me da igual morir, estoy arruinado. Al menos te mataré a ti antes.

—No vas a matarme, no seas tonto.

La seguridad de Helen les dejó descolocados a los dos. Ashley la miró un momento a los ojos y luego bajó lentamente la pistola y esperó.

—No ibas a matarme antes tampoco, podías haber apretado mucho más. Solo querías asustarme, castigarme por destrozar los castillos que habías hecho en el aire.

Edgar soltó algo que se parecía mucho a un sollozo, dejó a Helen y se derrumbó en una silla. Ashley dio un paso hacia su esposa, lo pensó mejor y se sentó también a la mesa, enfrente de su hermano. Los dos tenían la vista fija en ella, que los miró por turno, cogió una tercera silla y se sentó también.

—A lo mejor podemos hablar ahora como personas normales y no como si representáramos una tragedia en Drury Lane —dijo en tono cansado. Luego se volvió a Edgar y en el mismo tono conversacional añadió—: Eres un salvaje, pero no un asesino; si no, hace años que Ashley hubiera sufrido un «accidente».

Un movimiento en la puerta le hizo dirigir la mirada hacia allí. Edna, que había seguido el desarrollo del drama desde el pasillo, se había atrevido a asomarse al fin.

—¿Dónde está Agnes, Edna?

—En la cocina, señora Cadoux. Tenía un ataque de nervios, no podía moverse más.

—¿Puedes ir y hacerle un té, por favor? La ayudará. También a ti te vendría bien. —Helen miró a su esposo y cuñado y añadió—: Y a nosotros.

—Sí, señora. Ahora se lo traigo.

—No hay prisa, Edna, tomadlo vosotras primero. Y, Edna... Te estoy infinitamente agradecida. Gracias.

Edna se volvió para salir, con la mano en el picaporte para cerrar tras de ella la puerta. Se detuvo en el último momento y miró a Helen, pidiendo instrucciones. Helen asintió con la cabeza y la doncella terminó el movimiento y se fue, dejando la puerta cerrada. Helen se volvió de nuevo hacia Edgar.

—Tu situación es horrible. Te guste o no, sabes que no vas a heredar, has dejado el ejército y has perdido ya buena parte del dinero que te dieron al salir.

Con cada frase que pronunciaba Edgar parecía hundirse en el asiento un poco más. Puso los codos sobre la mesa y se tapó la cara con las manos en un gesto de desesperación. Ashley, con discreción, alejó de él la pistola que había dejado encima de la mesa.

—He estado pensando en lo que hablamos —continuó Helen—. Es verdad que en Inglaterra solo hay tres profesiones aceptables para alguien que pertenezca a la buena sociedad. Tú no puedes ejercer ninguna de las tres y tampoco puedes dedicarte a otra sin sufrir el desprecio de los de tu clase. No puedes *aquí*... pero si te fueras de Inglaterra...

Edgar levantó la cabeza, pero a continuación hizo un gesto negativo.

—¿Por qué no? —insistió Helen—. Son muchos lo que se han ido a la India y han vuelto con una fortuna. Nadie pregunta demasiado cómo la lograron, y aunque fuera en los negocios... ¡Mi abuelo era un simple escribiente, pero sus nietos son recibidos en todas partes! ¡Y tú eres un

Cadoux, si volvieras nadando en oro a nadie le preocuparía cómo lo conseguiste!

—¡No quiero irme! Quiero vivir como lo he hecho siempre, como lo hacen todos los de mi clase, es mi derecho de nacimiento.

—¡Deja de hablar como un crío mimado!

Su cuñado y su esposo dieron un respingo al escucharla, tanto por sus palabras como por el tono de su voz. Por unos momentos, ambos se sintieron devueltos a la infancia y la tiranía de Nanny McBride, una enérgica mujer que aún vivía como anciana pensionista en un *cottage* cercano a Maynard Hall y reaparecía en sus vidas cuando caían enfermos para imponerles una dieta de gachas poco espesas y caldo de ave.

—Siempre hablas de tus derechos, nunca de tus obligaciones. Eres el segundón de una familia arruinada, tenías obligación de ejercer una profesión y también de no jugarte sumas que no podías pagar.

Edna abrió en ese momento la puerta cargada con la bandeja del té y se detuvo atónita al escucharla. Los tres se enderezaron en las sillas y recompusieron el gesto.

—Aparta... —dijo Helen a su esposo— aparta la pistola, para que quepa la bandeja de té.

Le fue imposible acabar la frase sin empezar a reírse, y siguió riendo durante minutos, sin poder parar. La tragedia que habían estado rozando hacía media hora le parecía una pesadilla y solo la absurda coexistencia sobre la mesa del té y la pistola daba fe de que había ocurrido en realidad. Sin transición, las risas se transformaron en sollozos e hipidos que se fueron apagando poco a poco cuando Edna la abrazó.

—Es la reacción, señorito Ashley —explicó Edna—, es natural.

—Perdóname, Edna, me estoy portando como una tonta —dijo Helen, alzando la cara, que había escondido en el delantal de la doncella y secándose los ojos con una esquina del mismo—. ¿Cómo está Agnes?

—Más tranquila, señora Cadoux. Pensaba llevarla conmigo a mi habitación, para que no durmiera sola, si le parece bien.

—Es una idea excelente. No sé qué habríamos hecho esta noche sin ti.

Edna se despidió y se retiró y Helen se levantó de la silla y sirvió el té en las tres tazas con unas manos un poco temblorosas. Rodeó la suya con las dos manos y dio un sorbo antes de continuar.

—Una vez que se te acabe el dinero, lo mejor que puedes esperar si te quedas es que te mantengan, ahora tu padre y luego Ashley. Ni siquiera puedes esperar que un buen matrimonio arregle la situación, porque después de lo sucedido con los Ruton nadie se arriesgará a entregar su hija a un libertino violento que la acepta por dinero.

—Yo nunca... —Edgar quiso rebelarse ante la comparación con Sir Thomas, pero el recuerdo de sus hazañas de la noche le hizo cerrar la boca a mitad de la frase.

—Tú nunca *antes* habías empleado la fuerza contra una mujer —completó Ashley con suavidad—, por lo menos por lo que yo sé.

Edgar le miró agradecido. En el mundo en el que había crecido, las damas eran seres delicados que había que proteger a toda costa, mientras que las demás mujeres eran presa lícita. Aun así, un auténtico caballero pagaba por sus placeres, no los robaba por la fuerza. Esa noche, él había infringido todas las normas y, al abandonarle la borrachera y la ira, se repugnaba a sí mismo.

—Lo que dice Helen es cierto: envejecerás ocupando una habitación en Maynard Hall y siendo el viejo tío Edgar del resto de la familia.

—¡Eso nunca!

—¿Cuál es la alternativa? ¿Mendigar en la calle, robar, acabar en la cárcel por deudas? —preguntó Ashley—. Tienes que irte, Edgar. A la India, a Canadá o a otra de las colonias. A un lugar donde no te conozcan y puedas empezar una vida nueva. Deja que todos los que ahora están murmurando se olviden de ti. Y si dentro de unos años sigues pensando que tu sitio está aquí, vuelve.

Edgar le contempló largo rato y, por fin, asintió lentamente. Era difícil no sentir compasión por él. El joven adonis estaba pálido y ojeroso, súbitamente envejecido. Los ojos, todavía rojos por el alcohol, se le llenaron de lágrimas.

—Lo he hecho todo mal, ¿verdad? Me he arruinado la vida.

Helen no podía olvidar que el hombre que tenía delante había intentado forzar a Agnes, pero aun así le era imposible no sentir piedad por él. No la demostró.

—Tienes veinticinco años. Aún tienes tiempo de rehacerla, e incluso de arruinarla un par de veces más.

Se habían bebido la segunda taza de té en un silencio agotado y extrañamente apacible, y subieron las escaleras en fila, también sin hablar. Solo al separarse, frente a sus respectivas habitaciones, murmuraron un «buenas noches» casi simultáneo. Helen entró y dejó la palmatoria sobre la mesilla de noche, se sentó en la cama y se quedó quieta ahí, con los ojos cerrados y las manos sobre el regazo, emocionalmente exhausta. Escuchó abrirse la puerta de comunicación y el sonido del bastón acercándose. No se volvió. Sintió que Ashley se sentaba junto a ella y le pasaba la mano sobre los hombros, apretándola contra él. Apoyó la frente contra el cuello de su esposo y suspiró: el mundo se reordenaba otra vez.

—Has estado magnífica. Eres magnífica.

Helen negó con la cabeza, aún sin abrir los ojos.

—Solo hay algo que me ha dolido un poco.

—¿Qué? —dijo Helen, levantando la cara y abriendo los ojos para mirarle.

—Me hubiera gustado enterarme de que iba a ser padre antes que mi hermano. —La cara de Helen reflejó desconcierto y luego culpa, y Ashley, interpretándolo correctamente, añadió—. ¿O quizá no lo voy a ser?

—¡Estaba tan furiosa! Dijo que sería una vieja estéril, así que le dije que estéril no. Y entonces se puso furioso él.

Helen se incorporó y le miró cara a cara. La culpa había sido sustituida por la determinación.

—Lo siento, Ashley, siento haber mentido y que te hicieras ilusiones... ¡Pero te prometo que lo voy a intentar con todas mis fuerzas!

—Lo intentaremos juntos —ofreció noblemente su esposo.

Capítulo XXV

En la sala principal de la Casa de la Viuda reinaba un silencio tenso. Sentados en dos sillones, a uno y otro lado de la gran chimenea, dos hombres ya mayores bebían despaciosamente brandy y contemplaban el fuego. De vez en cuando, una u otra copa quedaba vacía y entonces, el que tenía más cerca la botella la tomaba y rellenaba las de ambos. Les unía una camaradería inusitada, que ninguno de los dos hubiera imaginado unos meses antes, puesto que se trataba de dos hombres en todo distintos por nacimiento, situación y carácter. Uno era un aristócrata, cabeza de una de las familias más antiguas del reino, por más que estuviera en la ruina; el otro, un hombre hecho a sí mismo, extraído de la clase más humilde y millonario por su éxito en los negocios. Algernon Cadoux, que había tenido preceptores a su disposición, había olvidado lo poco que aprendiera de ellos hacía tiempo y era poco más que un iletrado, mientras que James Robinson, sin ayuda, se había convertido en un filósofo de cuya amistad se enorgullecían algunos de los principales intelectos de Inglaterra. Ni siquiera su situación familiar era pareja, puesto que lord Maynard estaba casado y tenía cuatro hijos, en tanto que el señor Robinson era viudo y hacía más de veinte años que había perdido a su única hija. Sin embargo, eran los lazos familiares los que les unían en esos momentos, porque arriba, en el dormitorio principal de la casa, estaba a punto de nacer el primer bisnieto de James y futuro sexto vizconde Maynard. Eso, si se trataba de un varón, algo que, por razones solo de él conocidas, el cuarto y actual vizconde no dudaba.

El ambiente de la habitación era exclusiva e intensamente masculino, porque frente a la ventana y mirando fijamente a la noche a través de ella estaba Henry Bradford. Habían llegado dos semanas antes de Londres para estar con su primogénita en esos momentos y su esposa, Alice, llevaba todo el día arriba, junto con lady Maynard y —y esto se le antojaba escandaloso, pero no se había atrevido a discutirlo— su yerno Ashley.

Los tres hombres aguardaban sin cruzar palabra, sumidos en sus recuerdos de otras esperas. Tampoco llegaban muchos ruidos del piso de arriba, a veces unos pasos o unas voces quedas intercambiando instrucciones, y ese silencio, que se prolongaba desde hacía horas, les asustaba a los tres. Quizá por eso la exclamación, que no llegó a grito, de Helen, la primera, les sacudió como una corriente eléctrica. Otro instante de silencio, en el que Henry Bradford dio un paso involuntario hacia la puerta, y luego, un vagido, el fuerte vagido con el que un recién nacido expresaba la desfavorable impresión que le causaba el nuevo mundo en el que se veía obligado a vivir. Los tres hombres intercambiaron miradas, ahora esperanzadas. Arriba se oyeron más pasos, alguna carrera, y luego exclamaciones alegres. Los hombres se relajaron y James Robinson, tomando conciencia de la palidez de su yerno, se levantó en busca de una copa, la llenó de brandy y se la ofreció. Henry hizo un gesto de brindis y la bebió de un trago.

En el dormitorio principal, Helen, sudorosa y agotada, esperó con impaciencia a que la comadrona y Agnes terminaran de asearla para exigir con firmeza que le trajeran a su hijo. No sirvió de nada que tanto Alice como Mary Maynard intentaran convencerla de su necesidad de descansar y prometieran ocuparse personalmente del bebé, Helen no iba a permitir que la separaran de él. Ashley, que no se había movido de su lado, sin discutir con las señoras hizo una seña a la comadrona, tomó de sus manos a su hijo y lo dejó en el hueco que formaba el brazo de Helen sobre la cama. Ella se apoyó sobre el codo para poder contemplarlo a placer y él levantó con infinita delicadeza el borde de la toquilla que cubría al bebé para mostrárselo. Componían una imagen de felicidad tan íntima, tan completa, que a Alice le pareció impúdico que otros pudieran contemplarla.

—Deberíamos bajar a decirles a los hombres que son abuelos —le susurró a lady Maynard.

Ella se enjugó rápidamente una lágrima y asintió. Salieron sin despedirse, llevándose con ellas a la comadrona, que había quedado rezagada.

Ninguno de los esposos se dio cuenta, ella absorta en su hijo, él en ella. Unos minutos después, Ashley retiró completamente la toquilla, dejando al descubierto dos piececillos enrojecidos.

—Mira, es perfecto —dijo con voz queda.

—Hubiera sido perfecto en cualquier caso.

—Sí. Pero así es aún más perfecto.

Del piso de abajo les llegaron voces de júbilo, risas y el entrecuchar de copas. Se miraron y sonrieron. Ashley cubrió de nuevo a su hijo dormido y le besó en la frente.

—¿Crees que armarán este mismo jaleo todas las veces? —preguntó Helen.

—¿Cuántas veces piensas que sean *todas*? —repuso Ashley fingiendo escándalo.

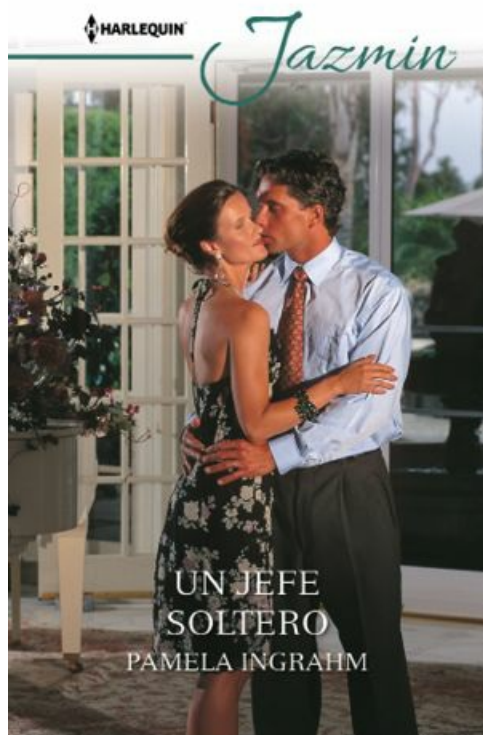
Helen le miró con malicia y se separó un poco de su hijo para arrellanarse trabajosamente contra los almohadones. Cruzó las manos sobre el regazo y compuso una expresión remilgada.

—No muchas, espero. Usted me prometió que no me molestaría con sus atenciones cuando le hubiera dado un heredero, señor Cadoux.

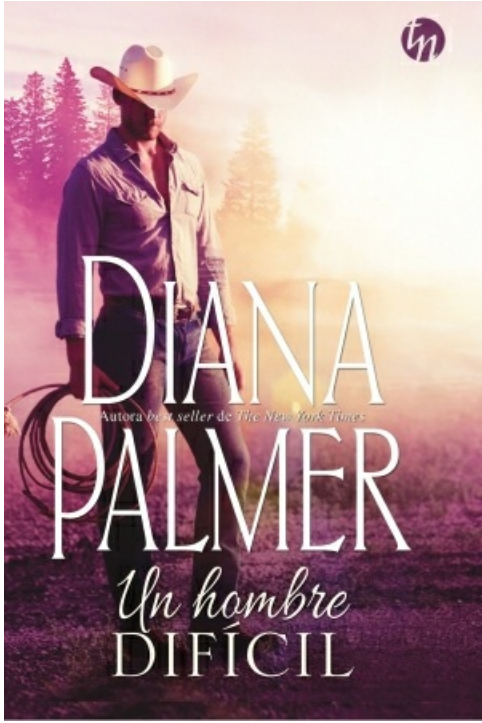
Ashley se arqueó sobre el bebé para besarla apasionadamente.

—No debiste creerme —murmuró—, los Cadoux somos traicioneros.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

“Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento”.

The Romance Reader

“Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser”.

Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e*lit*



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

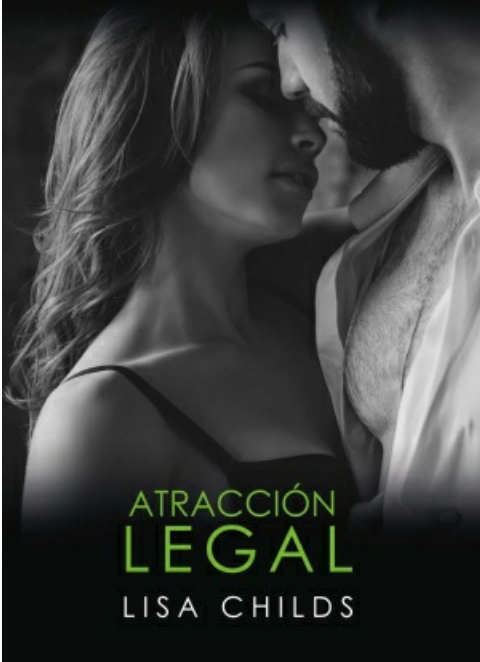
Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

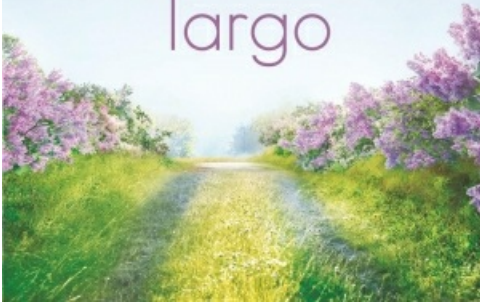
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

SHERRYL
WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)